LUIS GUSMAN

En el corazón de junio

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA

ISBN 950-07-0140-5

a Beatriz
a mi abuela, Gregoria Vázquez

El rostro de la noche, el corazón de las tinieblas, el lenguaje de la llama... Yo había conocido todo lo que vivía y se agitaba y trabajaba bajo su destino.

THOMAS WOLFE

EL HOMBRE DE LOS GANSOS

Hace tiempo que estoy en esta habitación. No podría precisar cuánto. Esta caja de cristal me guarda del menor movimiento, de la menor inquietud.

Desde la ventana puedo ver el parque. Sé que en algunos momentos lo imaginé de nieve. También ahí está el cristal helado. Después comprendí, era algodón lo que me rodeaba. Y nada tenía de frío, sino que comenzaba siendo cálido, muy cálido hasta que se transformaba en una brasa blanca y quemante.

Un cuadro sobre la pared extiende el paisaje. Dos pálidos jinetes cabalgan por un bosque. Visten trajes de montar. Parecen un hombre y una mujer, aunque no se distingue bien porque las dos siluetas se pierden por un sendero oscuro.

Las mujeres vienen a visitarme cada dos días. Las dos me piden que confíe en Dios, que eleve diariamente mis plegarias. Ellas nunca dejan de hacerlo.

Yo, en cambio, espero otras noticias. Saben que no pueden decir nada que haga palpitar mi débil corazón. Pero es necesario que sepa qué va a ser de mí. Qué van a hacer con mi corazón.

Sospecho que esas dos mujeres ocultan cosas. Conocerán ya quién es mi donante. ¿Un hombre? ¿Una mujer? Tal vez habrá muerto de muerte natural, de una penosa enfermedad, o de alguna forma del azar, o del arrepentimiento.

Trato de imaginar esa cara, trato de dibujar ese cuerpo. Los dibujos se acumulan en papeles. Pido entonces más hojas. Una tras otra las líneas inventan un rostro y un cuerpo siempre desconocido. No se parece a nadie. Eso me sume en la desesperación. Si al menos esos jinetes decidieran volver sus caras y mirarme.

Ellas lo anticiparon, un día cuando menos lo esperase entrarían por esa puerta para decir: "Ahora es el momento. Debes estar acompañado por el Señor. Será su mano la que provea el corazón que reemplace la víscera enferma. El se ocupará de eso. Pero ¿quién se ocupará de tu alma si está sumergida en el pecado?".

Esas palabras me confortaban. Yo no era entonces alguien que andaba al acecho de la presa. Pero a cada instante no podía dejar de preguntar si se había realizado la ofrenda. Siempre me respondían con evasivas. Quizás ya hacía tiempo que contaban con la víscera. Por las noches apagaban las luces y la espera se volvía insoportable. El bosque de los caballos y el parque se perdían en la oscuridad. Me desesperaba hasta el extremo de querer salir de la habitación para recorrer el hospital en busca del corazón oculto. Sin embargo, siempre que iba a iniciar el viaje había algo que a último momento me detenía. Tam-

poco podía cerrar los ojos porque esa figura desconocida retornaba una y otra vez.

Comenzaba entonces catálogos interminables. En ellos anotaba los rasgos de los posibles donantes. Características físicas y morales. Incluía también sus posibles formas de morir. Por inanición, ahogo o suicidio. Por eso escuchaba con atención el paso del tren. Así fue durante un tiempo. Hasta que decidí no escuchar ningún ruido que me fuera extraño. Resolví hacer quitar el reloj de la habitación. Apoyaba la cabeza contra la almohada, me llevaba la mano al pecho como en señal de pésame y escuchaba latir. Dulcemente y con mansedumbre los latires se sucedían unos a otros. Era lo único que quería escuchar.

Las mujeres han colocado la imagen de un santo que lleva un niño en brazos con una espiga dorada. A veces la espiga se transforma en una espada resplandeciente que me abre el pecho y me busca el corazón. Me despierto entonces sobresaltado.

¿Cuántos días hace que estoy en esta habitación, cuántos me restan, todavía?

Un día por fin abren la puerta y vienen a buscarme.

Antes de cerrar los ojos vi cómo los que me rodeaban sonreían delicadamente. Sin embargo, nadie contestaba mi pregunta. Supuse que ya sabían quién era mi donante. ¿Por qué ese silencio obstinado? Se trataba de mi cuerpo, de mi destino.

Después fue como un sueño.

Lejano, escuchaba el ruido del tren y comenzaba un viaje por un lugar desconocido. Cada tanto alguien me pasaba un paño húmedo por la frente. Cada tanto una mano, piadosa en su olor santo, mojaba mis labios sedientos.

Al despertar busco con los ojos a las dos mujeres. Exijo una respuesta. Tratan de calmarme. Me responden evasivamente. Sólo quiero que me digan su nombre.

He pedido que coloquen de nuevo los relojes en la habitación. En especial un reloj de pared que produce un sonido estruendoso. No quiero escuchar ahora el latido de este corazón. Al menos hasta saber a quién perteneció. Me han colocado algodones en los oídos y estoy sumido en un silencio frío.

Las mujeres se acercan hasta la cama, me toman de la mano y me piden que rece. Se arrodillan. Esa situación sucede una vez por día. Cada rezo es otro día que ha transcurrido. Espero que terminen su plegaria para preguntarles qué han hecho con mis papeles, quisiera saber si acerté alguna de mis predicciones. Ellas persisten en su silencio. Calculo por los rezos que hace aproximadamente una semana que he despertado del sueño.

Un día, después de haber rezado quizá con más fervor que de costumbre, las mujeres ponen en mis manos una revista. La abro lentamente y trato de hojearla al azar, sabiendo sin embargo qué voy a encontrarme. Lo espero. Por fin: se trata

de un hombre. Donó su corazón para que el mío siguiera latiendo. La circunstancia de su muerte fue dudosa. Era un funcionario público. Una foto borrosa lo muestra poco antes de morir, cerca de los cincuenta años. Frente ancha y despejada como si empezara a quedarse calvo. Por la foto no puedo adivinar el color de sus ojos, tampoco el de su piel. El autor de la nota lo describe como un hombre de facciones duras. No sé por qué se me ocurre la palabra beduino. Inmediatamente me imagino un desierto, huellas de bestias en la arena, dromedarios o una fila de leones crucificados. ¿Leones en el desierto? Y por qué un beduino habría de querer cederme su corazón.

Sin embargo, por su apellido, nada tiene de beduino. El hombre se llama Cigorraga. Sin duda en alguno de sus relatos bíblicos las mujeres me hablaron de una parábola donde aparece cierto beduino rodeado de animales. Sí, el sediento clamaba por dátiles. Nunca supe qué era un dátil; quiero decir, nunca saboreé algo que se le pareciera. Miro hacia el bosque para ver si los jinetes siguen cabalgando. Lo hacen, indiferentes, como si no reparasen en mí. Ese sendero oscuro conducirá sin duda a un lugar de citas, ya que marchan con discreción, un poco separados, fingiendo una conversación banal, como si se tratase de un paseo inocente.

Por la nota puedo enterarme de algunos detalles de su vida. Fecha de nacimiento, estudios, opiniones de sus compañeros de trabajo acerca

de la bondad de su carácter y la perseverancia de su corazón. Los familiares, en cambio, se niegan a hacer declaraciones. Aparece mi nombre.

Me dirijo a las mujeres y les pregunto: ¿Qué es este oprobio? Por pudor mi nombre no puede estar en juego. No pudimos evitarlo, me responde una. La otra agrega: Seguramente fue la mujer. Pensamos que cierta suma de dinero era suficiente para acallar el secreto, pero parece que nos equivocamos. Habrá que rezar para que esa boca fenicia guarde silencio.

Entonces hay un secreto. Y si lo hay, debería ser el primero en saberlo. Ya que tengo que llevar lo oscuro de ese hombre dentro de mi pecho. El secreto que el finado se llevó a la tumba palpita ahora en mi corazón. Y de lo que estoy seguro es de que haré lo imposible para develarlo.

Las magdalenas me piden que me calme. Que no me deje arrastrar por suposiciones. Les ruego que me dejen solo. Necesito meditar sobre el asunto. Antes de que abandonen la habitación vuelvo a reclamar mis papeles. Ahora necesito de ellos más que nunca.

Quiero establecer relaciones a partir de ciertas conjeturas que se han transformado en hechos, dado lo que he sabido últimamente. Eso prueba que algo no marcha como debería marchar. La primera evidencia es que la mujer aceptó dinero. Y si lo aceptó una vez podría aceptarlo dos. Lo que indica que por cierta suma de dinero ella suministró la información con que el periodista hizo su nota. Esto favorece en apa-

riencia la situación porque también yo podría ofrecerle una suma de dinero. Pero sería inútil porque si mintió una vez, que es lo que sospecho, podría hacerlo de nuevo.

No me acerco a ella para tratar de averiguar qué significa esa muerte dudosa sino por qué su marido cometió un acto de tal naturaleza. Así de simple, por qué se le ocurrió donar su corazón. Tiene que haber dejado algún escrito, algún papel, para dar cuenta de cuál fue su voluntad. Una promesa, una deuda, un pecado, lo habrán impulsado a ese final. Hasta que no sepa por qué ese hombre decidió dar ese paso, no sabré qué animal llevo dentro de mi pecho.

Por las noches comienzo a ahogarme. Ahora más que nunca deseo escuchar el ruido del tren para disimular estos latidos que suenan cada vez más horrorosos, y lo que es más cruel todavía, más extraños.

Cigorraga; ese nombre me recuerda vagamente una representación teatral en un pueblo de provincia. Esos insectos que en su vida adulta viven solamente durante el verano. Un diccionario me remite a significados desconocidos para mí. Langosta de mar que vive en el Mediterráneo. Bolsa, saquito para llevar dinero. Por eso la mujer había aceptado dinero. Acaso monedas. Las de Judas. Trato de oír su tintineo. El canto monótono de la cigarra. Entonces no era un animal, era un insecto. Pero un insecto es demasiado pequeño. Si tiene alas y canta debe ser un ave. Me parece escuchar su aleteo en la habitación.

Trato inútilmente de recordar esa obra de teatro. Surgen, incluso, detalles de la representación. Un cielo raso decorado con ángeles y dragones. Una escena bíblica se reproduce cada noche en ese escenario de provincia.

Y ahí estaba yo escuchando a ese gitano de fuego cuyas lentejuelas se contorsionaban hasta provocar el alarido de cientos de mujeres con los ojos en éxtasis que gritaban dominadas por ardores insospechados. Pero esa noche la representación era bien terrenal. Había que esperar hasta el próximo día para que la ira divina lanzara su anatema desde el cielo.

Durante ese baile tomaba la mano de la mujer que amaba. Creo que se trataba de una de las mujeres que viene a visitarme, debiera ser la más joven. La que se dedica al maquillaje de rostros. En qué momento dejó de ser joven para convertirse en una máscara. No es que haya perdido la belleza, la de sus ojos por ejemplo, sino que su cara es una máscara de polvos, pinturas y sombras. Es como si hubiera adquirido una expresión determinada para siempre. Lo extraño es que pueda decir las cosas más opuestas con la misma expresión. Eso es lo que me produce temor en ella. Por lo tanto no puedo confiar en esa máscara.

La mujer que la acompaña, su madre, se ha refugiado en la religión para mitigar un pecado de juventud. Estaba con su amante cuando su marido murió repentinamente del corazón. Nunca pudo perdonárselo y por sus hijos no se de-

cidió a tomar los hábitos. Optó por una íntima reclusión. Estando el corazón en juego no se podía confiar en ella. Vaya a saber qué escenas la atormentan. Sin duda ha puesto su caridad samaritana en esta historia. Me gustaría ponerle una mano sobre el corazón para sentir cómo palpita ante estos recuerdos de amor.

Enciendo la luz. Busco la nota publicada en la revista, recorto la foto de ese hombre para guardarla en la billetera. El artículo sigue resultándome indigno. Su título es en extremo escandaloso: "En vida, un hombre donó su corazón". Poco a poco esto se ha ido transformando en una carnicería pública. Y lo que me parece impúdico es ver el corazón de Cigorraga representado por un dibujo en colores a la manera de un esquema anatómico.

Debo averiguar por qué Cigorraga tomó esa decisión. Me queda una semana para empezar la búsqueda.

Después de muchas dudas, lo más apropiado me parece comenzar por el final. No bien termine mi convalecencia visitaré la tumba de ese hombre. Tal vez halle ahí algún indicio para poder orientarme; algún encuentro fortuito que me ilumine en este camino de sombras.

Dejo atrás el parque helado, el cuadro de jinetes. Ya nunca llegaré a saber adonde lleva ese sendero oscuro. Ahora son otros ojos los que

buscan su presa en la habitación del bosque. Ya no estoy en la caja de cristal.

Desde el automóvil en que me conducen oigo una voz que llega desde altoparlantes colocados en árboles o en postes. Es la de un hombre. Jadea. Subo la ventanilla pero la voz igual nos acompaña durante el trayecto.

Habla de sus durmientes, de sus bellas. Una tras otra ha ido cumpliendo sus promesas. Una de las mujeres dice: Toda vez que lo ha prometido no puede dejar de hacerlo. Ese hombre no habla en vano.

La curiosidad me lleva nuevamente a abrir la ventanilla. Sobre el final de la grabación se puede oír un día y un lugar determinado que la voz menciona refiriéndose a su próxima víctima. Parece ser el nombre de un parque. Murmura algo que no llego a entender acerca de unos cabellos rubios. La mujer más joven me susurra: La voz se oye durante el día y parte de la noche, a intervalos de media hora. Si alguien la reconoce debe llamar a un número de teléfono para informar.

Cierro los ojos y trato de imaginar a quién puede pertenecer esa voz. Parece ser la de un hombre joven. Pienso en esa carne, en esos cuellos marcados por dedos infantiles de los que sin embargo llega la muerte. Inmediatamente surge la idea de que la oí en otro lado. Trato de hacer memoria. Recuerdo vagamente una clase de anatomía. Alguien describiendo el cuerpo humano y señalando cada una de las partes vi-

tales con un puntero, y una voz firme que, al mismo tiempo, nombra científicamente lo que el otro ha señalado.

Afuera, la voz sigue hablando de sus muertas.

Antes de llegar a casa les digo a las mujeres que necesito detenerme en el cementerio para hacer una visita. Se miran entre ellas y parecen dudar. Sonrío dulcemente y les ruego: Es necesario, es una promesa.

Sabía que ante semejante razón no se negarían. Le indican al chofer el camino. Pasamos primero por el cementerio judío. Unos bueyes cruzan rumbo al matadero. Matarifes rabinos asestan el golpe final para que esa carne no resulte impura. Es extraño que un frigorífico pueda estar cerca de un cementerio, tal vez piensen que así se ahorra camino.

Un poco más allá, figuras de yeso en rígidas posturas comienzan a rodearnos. El perfil de una anciana se ha detenido en el hueco de una puerta. Se diría que su cara ya adivinó su mueca difunta. Rodeada de rejas negras y de mármoles blancos, parece que custodiara su propia tumba.

No obstante, sospecho que su corazón late apresuradamente. La vida se escapa y es necesario respirar. La dejamos atrás; sin embargo, esos latidos retumban en mis oídos como campanadas lejanas.

Pido que me dejen a una distancia prudencial de la tumba. Necesito hacer ese recorrido sin que nadie me acompañe; deben entenderlo, es algo íntimo. Las mujeres en vestidos negros me

miran detrás de los cristales. Los han subido lentamente. Muy piadosas, pero quieren evitar los posibles hálitos. Seguramente dirán que el olor de las flores las descompone. Pienso que siempre fueron flores marchitas, o tal vez artificiales, nunca llegaron a corromperse. Aunque tuvieron su pasado de amor, de magnolias, de camelias.

Un montículo de tierra y una cruz con el nombre de Cigorraga me hacen pensar que todavía no hubo tiempo para una construcción de mármol. En ese lugar el cementerio es casi un descampado. Sopla viento y es como si uno estuviera en medio del campo, debe ser por eso por lo que atan las coronas a las cruces. Lo cual no puede impedir que los pétalos atraviesen el aire y golpeen las mejillas. Si son tan livianos ¿por qué se vuelven tan hirientes como si un metal frío lacerara la piel?

Me inclino respetuosamente, sólo un instante. Observo con sorpresa que al lado hay otras tumbas que tienen ya su pequeño monumento angelical. Miro las fechas inscriptas y compruebo que no son anteriores a la muerte de Cigorraga. Qué ha pasado con ésta que no ha merecido la piedad de sus deudos. A lo lejos oigo voces. Busco un lugar para ocultarme. Ya volveré a visitar dignamente al difunto, ahora me han traído otras cuestiones.

Las voces se aproximan. No me queda otra alternativa que arrodillarme ante una sepultura vecina y ocultarme en el arreglo de las flores.

Pero si es justamente la que vienen a visitar los que se acercan; cómo explicarles qué estoy haciendo allí, un hombre de mi edad, sucio de tierra, con olor a flores. ¿Pero si, en cambio, se tratara de los familiares de Cigorraga? Elijo una tumba un poco alejada desde donde, sin embargo, puedo observarlos. Los veo avanzar por la estrecha avenida de tumbas. La viuda, una dama delicada. Sus acompañantes, sus hijos, a los que ni siquiera la muerte parece arrancar de sus ensoñaciones. Estudio sus facciones aniversarias y no descubro signos de dolor en ellas, tampoco de alegría. Mi corazón late por el difunto cuando diviso su carne íntima.

Se detuvieron en el lugar que temía. Siento deseos de inclinarme ante la dama, besarle los pies. No podría hacerlo sin antes decirle quién soy o anunciarme con un breve discurso: señora, agradezco que haya permitido que este pecador permanezca un instante más en este valle de lágrimas. Y sólo después me inclinaría, pero tal vez al hacerlo me encontraría con la turbación de sus pies.

Es preferible ofrecerle dinero para las oraciones. Ella está ávida de dinero y recibirlo en nombre de las plegarias no ofendería su pudor. Velas encendidas eternamente para que ese cuerpo y esa alma no conozcan la oscuridad y estén en perpetua luz.

Pero si él no supo despertar la emoción de sus seres queridos, por qué habría yo de compadecerlo. Acaso ese hombre había utilizado mi cuer-

po para alojar el veneno de su alma, que me parecía cada vez más corrupta. Pero qué será de mí si fue un pecador, ya que ahora arrastro su corazón.

La circunstancia de su muerte fue oscura. Capaz de semejante sacrificio, qué pecado tendría que pagar. ¿Un crimen, una delación? No, el finado no tenía cara de ser inocente. Miro las manos de la dama y noto que no están heridas por las espinas de las flores y que la tumba está bastante abandonada. Por qué esas manos bellas la descuidarían. Y esos jóvenes, siempre entonando sus melodías. Al contemplar deudos tan ajenos al difunto siento latir mi corazón y no sé qué animal llevo ahora dentro de mí.

Me alejo discretamente del lugar. Paso frente a ellos e inclino la cabeza no en señal de saludo, sino para que no me reconozcan. Parecen no reparar en mí. Conversan con animación. La curiosidad casi me detiene pero temo que sospechen que soy un merodeador de tumbas.

Mientras me encamino hacia el coche no puedo dejar de pensar en las manos de esa mujer, demasiado cuidadas. Recuerdo los términos de la nota: muerte dudosa. Pero entonces para qué fueron hasta allí. Querrían cuidar las apariencias, pero no estaban dispuestos a las solemnidades. Si tuvieran algo que ocultar estarían prevenidos y contestarían a mis preguntas con reservas. Y si de alguna manera les recordara a Cigorraga y querían deshacerse de él, mi presencia les resultaría bastante inoportuna. No es por

ahí por donde encontraré el camino de la luz.

Decido apurar el paso porque las mujeres deben estar inquietas. A medida que me aproximo a la puerta comienza a oírse el murmullo de la voz que llega desde la calle. Tal vez algunas de sus muertas descansen aquí. Tal vez sigue hablándoles hasta en la tumba.

Las mujeres no pueden estar al tanto de mis planes, por eso adopto un aire de resignada melancolía. Recuerdo que en la nota se hacía mención a un compañero de trabajo de Cigorraga, creo que hasta estaba su nombre. Es por ahí por donde debo empezar.

La repartición en que el hombre trabaja ha visto reducido su antiguo esplendor de Ministerio. Forma parte de esos organismos que, descentralizados de la administración pública, se ven reducidos a oficinas insignificantes. Lo cual es más patético cuando se trata del Departamento Jurídico y la Sección Archivos.

La persona ocupa allí un cubículo; está rodeada de expedientes en un escritorio atestado de papeles y legajos. Parece tan compenetrado en su trabajo que siento cierta molestia al tener que interrumpirlo. Pero estoy seguro de que si no lo hago jamás levantará los ojos de sus papeles. No es para asombrarse. También yo tengo los míos y cada día que pasa se van acumulando hasta que me doy cuenta de que necesito un

pequeño archivo para poder guardarlos de manera ordenada.

Me decido a hablarle:

—Vengo a verlo porque usted era amigo de Cigorraga.

El hombre me mira a los ojos y, sin duda, me reconoce; sin embargo, tiene la piedad de la discreción.

—¿Amigos? Eso es mucho decir, señor Flores.

—¿Cómo sabe mi nombre? —le respondo sorprendido, mientras pienso que la piedad no ha durado mucho.

—Usted ya es un hombre público. Hasta creo haber visto alguna foto suya en un periódico. Como le decía, quizá nunca fuimos amigos, por lo menos en el sentido que yo le doy a esa palabra. Como funcionarios públicos trabajamos años juntos. Nuestras familias no se frecuentaban. Viajábamos en comisión al interior del país. A lo sumo, en esas ocasiones, íbamos a tomar alguna copa. A algún prostíbulo, usted me entiende, en esos parajes no hay muchos lugares adonde ir. Pero él nunca fue con ninguna de esas mujeres.

—¿Usted presentía que vendría a visitarlo?

—Sí, sabía que iba a venir. Sé que está tratando de averiguar ciertas cosas. En su lugar hubiera hecho lo mismo. Es lógico que quiera saber ciertos detalles de la vida de ese hombre. En su caso es lo más natural. No era un presentimiento, era una certeza. La mujer de Cigorraga me llamó por teléfono para avisarme.

—¿Cómo pudo hacerlo si no me conoce?

—Eso es lo que usted cree. Ella vio una foto suya. También fue a visitarlo donde usted estaba internado. Creo que las mujeres le impidieron entrar. Además, lo vio rondar por el cementerio.

—Pero ¿por qué no me detuvo?

—Me contó que lo notó bastante turbado. Dijo que en su cara había una expresión extraña y que por lo tanto era mejor dejar las cosas de esa manera.

Me siento intranquilo, sé que esa mujer es de cuidado. Pienso en sus manos cuidadas, en la tumba sin flores. Le pregunto entonces al hombre por qué fueron esa tarde al cementerio.

—Porque era la última visita. Al día siguiente se iban al extranjero.

—Seguramente no fueron para dejar una flor en la tumba. Le diré que estaba abandonada.

—No sé a qué se refiere. Hoy las costumbres son otras. Por otra patre nunca conocí su vida íntima.

—¿Usted sabe por qué él tomó esa decisión?

—No. Creo que era un secreto a sobre cerrado. Tal vez la mujer lo sepa.

—¿Esperaba eso de él?

—No sé, era muy reservado. Pero un acto de esa naturaleza siempre resulta sorprendente.

—¿Recuerda algún motivo que lo haya impulsado a hacerlo?

—En nuestro trabajo no hay lugar para las confesiones, sí para las confidencias. Usted sabe,

cualquier empleo público es propicio para las confidencias.

—¿En qué consistía el trabajo?

—Era como el de cualquier oficina de asistencia social. Ahí sólo llegaban menesterosos. Al principio uno siente piedad, pero con el tiempo la piedad va dejando paso a la indiferencia y después al odio. Mueren como moscas. Pueden tomar kerosene en medio de la noche, prenderse fuego, perder los ojos. Todo en un instante, sin poder explicarlo. Cuando se les pregunta qué ha pasado, siempre acude a sus labios la misma palabra: fatalidad.

—Le rogaría que fuera más preciso. Quiero decir, que me diga si hay algún hecho que usted cree que tuvo que ver con esa decisión.

—Escuche, señor Flores, pudo haber sido uno. Pueden haber sido varios, o ninguno. No lo sabremos nunca. Pero ahora le contaré un hecho que recuerdo que lo afectó mucho.

"Cigorraga tenía una sensibilidad nerviosa, casi delicada. Fue algo que pasó hace unos años. Por ese tiempo no nos dedicábamos a tareas administrativas. Eramos jóvenes. Nos atraía la aventura. Viajábamos en avión a buscar enfermos.

"Un día recibimos una orden muy extraña. Debíamos ir a buscar a un oriental que había escapado del hospicio. Estaba en Iguazú. Había que devolverlo a su lugar de origen. Yo iría como empleado administrativo, él como sumariante. Acompañaríamos a un médico de la repartición.

"Como es de práctica en esos casos, se me encomendó que fuese a Tribunales a buscar el expediente del inculpado. Ahí figuraba el relato de cómo habían sucedido los acontecimientos. Estaba recluido en la parte penal. Había matado a un hombre, un pastor de la iglesia de refugiados. El hombre era químico y antes de llegar aquí había viajado por distintas partes del mundo. El pastor estaba tramitando su certificado de residencia. Parece que él creyó que lo engañaban. Desde ese día comenzó a planear cómo eliminar al pastor.

"En el expediente contaba cómo había comprado la escopeta, aunque en realidad ya no recuerdo si la había comprado o la había fabricado. Fue la mañana de un domingo. Desayunó en un bar americano, porque dado su temperamento el hombre prefería servirse su propia comida para evitar entrar en discusiones interminables con quienes lo servían. Parece que peregrinó sin rumbo por la ciudad hasta la hora del oficio religioso. Creo que prebisteriano. En ese punto no recuerdo si visitó una agencia de venta de automóviles, lo que resulta improbable porque era domingo; lo cierto es que a pesar de ser una declaración judicial había datos que se contradecían.

"Parece que esperó hasta el final de la ceremonia. Subió a la parte alta de la iglesia. En su relato hace referencia a la falta de imágenes en las paredes y a la ausencia de cuerpos santos. El canto de un coro lo apaciguó durante un ins-

tante y hasta estuvo a punto de cambiar de idea. Pero al ver al pastor sobre el púlpito diciendo su sermón entendió que se burlaba de él. Mencionaba un versículo que el pastor había dicho durante el servicio. Ahora casi no recuerdo la frase bíblica, pero se trataba de una cita de Catalina de Siena: dulce cordero herido. Fue quizás después de la frase de la santa cuando disparó. Dos balazos que dieron en la cabeza. Parece que quedó destrozada. Después se entregó con una mansedumbre que sorprendió a los que lo fueron a buscar. Estuvo recluido unos meses hasta que pudo escapar. Ahí terminaba el relato que aparecía en el expediente.

"Le conté a Cigorraga lo que había leído y esperamos entusiasmados el viaje. A la mañana siguiente nos embarcamos. Nos sorprendimos cuando nos notificaron que viajaban con nosotros dos agentes especiales. Al principio se sentaron alejados del resto del pasaje. Vestían trajes impecables y tenían las caras recién afeitadas. Sospechábamos que iban armados, lo que se confirmó cuando uno de ellos se quitó el saco y observamos una correa que saliendo de la sobaquera le atravesaba el pecho.

"Cierta curiosidad nos impulsaba a hablar con ellos. Durante el transcurso del viaje la tensión se fue aflojando. De esos dos hombres, estábamos seguros que era el más joven el que iba a hablar. La conversación, que comenzó siendo trivial, se desplazó hacia lo religioso. Creo haberle dicho que era ardiente partidario de la libertad

de cultos. Eso lo sorprendió, pero a su vez lo volvió más comunicativo. Atravesábamos el límite con Brasil y le comenté que en esa zona había muchos centros espiritistas.

"Eso sirvió como pretexto para contarme que había pasado ahí su infancia. Su madre enfermó de una pierna. Le salían llagas, al final decidió acudir a una médium. La mujer tomó la cabeza de la enferma, entró en trance y predijo. Debían marcharse de esa tierra. Lo hicieron en pocos días. Parece que cuando llegaron a Buenos Aires levantaron las vendas y las piernas estaban intactas.

"Por su parte, un día él decidió volver. Se había entrenado en cosas horrorosas. Mientras dormían les arrojaban cadáveres. Decidió alistarse en una expedición que iba al Amazonas. No creía en los espíritus y la naturaleza no lo podía asustar.

"Fue una pesadilla. Un río hirviente y palúdico. Una travesía para la que estaba preparado. Sin embargo, algo lo había llenado de horror: ver cómo una boa se tragaba un buey. La boa se enroscaba silenciosamente alrededor de su presa hasta que un crujido indicaba que al animal se le habían quebrado las patas. Después comenzaba lentamente a tragarlo vivo. Pero lo impresionante no era esto, sino que debido a las astas, la cabeza de la bestia quedaba afuera. Días después cuando regresaron, la boa seguía inmóvil en el mismo lugar con la cabeza de la bestia afuera. Esa tarde al entrar en la descomposición

final la cabeza cayó al suelo. Esa figura combinada lo horrorizó.

"Después que terminó ese relato el hombre entró en un mutismo absoluto. El silencio previsible que sigue a una confesión. Parecía que se concentraba en lo que tenía que hacer.

"En el aeropuerto aguardaba el enfermo. Se querían deshacer de él lo más pronto posible. Mi compañero y el médico se acercaron para hablarle. El hombre reclamaba insistentemente un dinero y una corbata. El vuelo de regreso fue calmo. Poco se podía hablar con él porque no entendía el idioma. Había llegado a Iguazú, compró una canoa e intentó cruzar las cataratas y llegar al Brasil. En ese intento fue detenido.

"Al regreso aguardaban dos vehículos para ir hasta el hospicio. Nadie quería soltar la presa. El enfermo viajaba con nosotros. Al entrar nos recibió el alcaide. Delante de nosotros trataba sin violencia al enfermo, que volvió a reclamar su corbata perdida. El alcaide conversaba con nosotros acerca de nuestros viáticos. No espirituales justamente. No se ganaba suficiente dinero y era necesario sacarlo de algún lado.

"En ese momento entraron los agentes especiales. El mayor de ellos tardó sólo un instante en reconocer al alcaide. Habían sido amigos de juventud. Habían cazado juntos. Caza mayor, también menor, con escopetas, carabinas y hondas. De pronto el alcaide comenzó a imitar el aleteo de un pájaro y apuntando con los dedos simulaba disparar. Volvieron a repetir la escena y

después se abrazaron. Viejos tiempos. Querían celebrar juntos.

"El enfermo mientras tanto seguía reclamando su corbata. Cigorraga se quitó entonces la suya e hizo ademán de obsequiársela. El hombre la observó un instante y se la devolvió sin decir una palabra. No era eso lo que quería. A partir de ese hecho todo comenzó a precipitarse.

"El alcaide volvió a una postura más correcta detrás de su escritorio. No sé a quién dirigió la pregunta pero creo que dijo: '¿Tiene papeles este macaco?'. El médico se acercó al enfermo y en inglés le pidió sus papeles. El hombre entendió. De sus bolsillos extrajo un papel arrugado. Estaba escrito en su idioma y nadie entendía esos signos. Parecía ser un certificado de estudios. Se lo extendió al alcaide que, impaciente, esperaba en el escritorio. Este lo desplegó, trató de leer, luego hizo un gesto de fastidio mientras murmuraba: 'Esto no se entiende, por lo tanto no sirve para nada'. Después de lo cual lo rompió y arrojó los pedazos al cesto. El hombre oriental lo miró fijamente: parecía que su mirada se perdía en los ojos del otro.

"Un instante después cayó al suelo fulminado. El médico y Cigorraga se acercaron al hombre que estaba en el suelo. Había muerto de un ataque al corazón. Nadie podía moverse de ahí, todo habría parecido muy teatral de no haber habido un muerto. De pronto el alcaide salió de su inmovilidad y comenzó a apretar botones. Entró personal vestido de blanco y el cuerpo desapa-

reció. Dijo entonces al médico: 'Despreocúpese, usted lo entregó vivo. Hay testigos. Murió aquí, en el hospicio'.

"Una vez que terminó la parte legal del trámite, Cigorraga y yo caminamos unas cuadras antes de volver al Ministerio. Hablamos de cosas diversas hasta que la conversación volvió inevitablemente a lo que había pasado.

—¿No cree que deberíamos hacer algo?

—Pero ni siquiera lo conocíamos.

—Es verdad, ni sabemos su nombre. ¿Qué es, entonces, lo que podríamos hacer?

—No sé, tal vez velarlo. Una ceremonia religiosa.

—Dada la forma en que murió no creo que sea posible.

—Sin embargo, habría que hacer pronunciar una oración. Quizá ese versículo que repetía constantemente.

—¿Ese que lo llevó a la tumba?

—Sí, aquel que oyó de boca de su víctima.

—¿Cómo decía el versículo?

—Sólo recuerdo cómo empezaba: dulce cordero herido, por qué sangra tu corazón.

—Sabe, ese cuerpo muerto, en esa mesa helada toda la noche, solo. Tal vez hubiera debido dejar mi corbata junto al cadáver.

—Hubiera sido una irreverencia.

—Sí, quizá usted tenga razón.

"Después de haber caminado unas cuadras en silencio, nos despedimos."

El relato me había sumido aun más en la in-

certidumbre. ¿Cuál era el camino que debía seguir? La viuda que se había marchado al extranjero, el oscuro pasado de Cigorraga, dónde estaba la clave.

La voz del hombre interrumpió mis pensamientos:

—Tengo la certeza de que Cigorraga nunca olvidó lo que pasó aquella noche. Quizá eso lo llevó a donar su corazón, como otros donan sus pupilas. El único recuerdo que guardo de él es esta oración escrita, uno de esos papeles que dan por la calle. Después de su muerte lo encontré en su escritorio y se me ocurrió conservarlo. Si lo quiere, señor Flores, es suyo. Está un poco ajado pero se puede leer.

Me entrega un papel rosado. Su mano es como la garra de esas aves de plumas coloridas que en sus picos llevan el mensaje de la fatalidad o de la dicha. Me despido y prefiero leerlo a solas. Un nuevo papel que se agrega a los anteriores:

"Almai, la famosa domadora, va a dar una representación. A su lado colocan un saco lleno de serpientes. Ella toma una flauta de la que extrae sonidos armoniosos y pronto sale del saco una larga procesión de reptiles que, enderezándose sobre sus colas, se entregan a una especie de danza.

"De repente, Almai arroja su instrumento y cruzando los brazos sobre el pecho, espera las serpientes, a las que dirige una centellante mirada. Se acercan, la rodean, la abrazan con sus

anillos, enroscando sus pies, su cuerpo y sus brazos. Y en medio de esos abrazos la domadora permanece impasible, altiva, en la actitud de la victoria.

"Después, la joven india se zafa de tan horrible aderezo, echando a sus pies las serpientes cual lluvia de inmundos harapos. Escogiendo entonces el más peligroso de aquellos reptiles, emprende con él una especie de juego quizá fatal. La serpiente avanza y retrocede; sacando su dardo se lanza hacia ella, pero Almai la paraliza con su mirada magnética, y la echa al suelo como muerta.

"Una salva de aplausos celebra el triunfo de la domadora y una lluvia de flores cae alrededor de ella. Con un gesto lleno de gracia, Almai se inclina para recoger un ramillete pero se endereza de golpe, dando un grito lastimero: ha sido mordida por el reptil en el momento en que éste no se hallaba bajo su mirada fascinante y el animal rodea la muñeca de Almai cual anillo de boda con la muerte.

"Y es así como perecen tantas almas, víctimas del pecado con el que jugaban: él las mata. Las pasiones que se figuraban poder domar cuando les pluguiese y a las cuales les han soltado las riendas, los han matado. Y por grave que sea, poca cosa es la pérdida del cuerpo comparada con la del alma. Esa cosa horrorosa que alcanza al pecador después de esta vida: el gusano que no muere, el fuego que nunca se apaga y las tinieblas de afuera."

Después de leer la oración ya no me queda duda de que Cigorraga era un pecador. Esa alma abrasada por el fuego y las tinieblas se había extraviado quién sabe en qué rumbos. Necesito juntar todos los papeles que poseo sobre ese hombre y estudiarlos para extraer alguna conclusión sobre lo que pensaba. Tal vez deberé dedicarme a profundizar mi conocimiento sobre el culto de Almai. También el versículo bíblico del cordero herido fue importante en la vida de ese hombre. Tal vez las mujeres podrán guiarme respecto a la vida de la santa y el sentido del versículo. Debo buscar un lugar alejado para meditar. Un lugar adonde pueda llevar los papeles para investigarlos minuciosamente. Esto debe permanecer en secreto. Si las mujeres se enteran seguramente se opondrán a mi viaje por razones humanitarias; debo marcharme sin avisar a nadie.

Desde mi habitación puedo oír el graznido de los gansos. De modo que éste es el lugar que he elegido para morir. Grises, los veo agitar sus plumas, sumergir sus cuellos en el agua y al emerger sacudirlos con violencia. Han repetido este movimiento durante horas para iniciar después un recorrido simétrico, prolijo, y retornar posteriormente al mismo lugar. De manera que estas aves oficiarán de cortejo fúnebre. Se diría que vigilan mi propia muerte, ya que al

menor ruido dejan escapar sus ayes lastimeros.

Es al anochecer cuando comienzan sus inquietantes graznidos. Es como un llamado desde el fondo de las aguas. No lo había oído antes, nunca había vivido en una granja. Sólo los recuerdo muertos, colgando fríos de algún gancho de carnicería. Por otra parte, siempre los confundí con los patos; dicen que su hígado es muy valioso, no su corazón.

Hace un mes que estoy en este lugar. Después de mi acceso de ira ante el suceso del cementerio y la visita al compañero de Cigorraga decidí buscar refugio en este sitio. Sé que aquellos a quienes les transplantan algún órgano no viven mucho tiempo; no veo por qué el corazón habría de ser una excepción. No puedo soportar el secreto que ese hombre se llevó a la tumba. En el cementerio los deudos fingían indiferencia. No querían hablar de la cuestión, había sido una voluntad del difunto, ellos la respetaban como respetaban su secreto. Entonces no era un silencio sepulcral digamos, sino un vulgar secreto y más vulgar todavía: parecía ser un secreto de familia.

Por otra parte, no fui yo el que eligió este destino. Esa mujer y la anciana que hace años la acompaña, creo que su madre, decidieron por mí. Ahora me he marchado y soy para ellas un número de una casilla de correos. Por caridad y sabiendo que pronto moriré, envían algún dinero. Debía asistir semanalmente a un médico para hacer un tratamiento especializado pero no

pude resistir y me marché sin avisar a nadie.

Reuní todos los papeles, hasta el mínimo recorte que poseía de ese hombre, y vine a encerrarme hasta que los latidos comiencen a precipitarme hacia el final. Como los gansos, no he avanzado mucho, nado siempre en el mismo estanque y con los días el agua empieza a podrirse lentamente.

Cada día que pasa lo dedico a estudiar la vida del hombre del que he recibido su corazón. Me doy cuenta de que su alma, o tal vez su carne, encierran algún pecado oscuro; a punto tal de convertirlo en un individuo sumiso, un hombre servil, un intrigante de pequeños favores, digno de ser ubicado en una jerarquía burocrática o en una historia de marinos donde siempre hay un hombre arrepentido procurando olvidar algún acto de cobardía.

Anoche he tenido un sueño, se podría decir que fue una pesadilla; creo que a partir de ahora sólo me esperan pesadillas. Había un gran baile, las damas y los caballeros vestían galas que formaban quizá el color de alguna bandera. Tal vez por eso era como si flotasen en el aire. Para llegar hasta ese palacio esperaba un tranvía y cada número que aparecía me llevaba por un recorrido distinto. Ciertas damas se inclinaban al costado de las vías mientras una trataba de recoger un pétalo caído entre los adoquines. Los edificios arrojaban las vías a una línea de sombras. Un tranvía se había detenido y una de las damas se aprestaba a cruzar la calle. La pre-

sencia de faroles iluminados oscurecía el sueño. Todo estaba muy quieto y el reloj de la estación se había detenido en una hora borrosa. En un fondo de montañas, lejana, se podía ver la cúpula de una iglesia. Tal vez las mujeres habían descendido de las montañas y sus pasos breves se habían demorado en llegar. Una de ellas caminaba llevando entre sus manos un corazón palpitante. Fue entonces cuando recordé el relato de una videncia. Una mujer que camina hacia una iglesia para hacer un mal. Camina por una calle cubierta de pétalos. Fue entonces cuando dudé entre si la mujer caminaba hacia la iglesia o regresaba de ella.

Mi corazón latía entre esas manos, bastaba que lo dejara caer para que estallara entre los adoquines de esos arrabales. Mi vida dependía de la que, en videncia, transitaba entre tranvías inmóviles y lo que hacía palpitar aun más mi corazón era que su mirada no estaba perdida, sino que parecía conocer un rumbo fijo. Nunca llegaría a ese baile. De pronto, la dama en videncia subió a uno de los tranvías que se puso en movimiento. Desde la ventanilla engalanada la pasajera me hizo un saludo con la mano. El tranvía, silenciosamente, desapareció en las sombras. Detrás del tranvía que se había marchado, aparecía un espacio iluminado por un palacio. Entré al salón y frente a un espejo me apoderé de uno de los brazos de las bailarinas y comencé a roerlo parsimoniosamente. No me sorprendió darme cuenta de que ese brazo era un choclo

dorado cubierto de granos que mi boca desgajaba sin odio y hasta con cierta dulzura.

Me desperté y fui corriendo hasta la ventana. Allí seguían esas aves extrañas realizando su morosa ceremonia. Decidí que debía informarme sobre sus costumbres. Morirían en el agua y sus plumas se esparcirían para permanecer siempre en ella, mientras sus cuerpos se hundían lentamente en el estanque. Recordé las figuras embalsamadas que el curandero exhibía arriba del ropero y me pareció divisar la figura de un ganso. Recordé vagamente un cuento de Flaubert en que una mujer embalsama un ave en el momento de su muerte para donarla al altar de la que era devota. Creo que su nombre era "Corazón sencillo".

Pensé que los granos dorados pertenecían a esos buches engordados para el sacrificio. Bolsas transparentes que van cobrando las formas del tiempo que les falta para la muerte. La mano del matarife se acerca y soba esa carne colgante de manera más cariñosa que técnica, como agradeciendo que se hayan alimentado con resignación; porque le bastaría mirarlos para calcular los días justos que les quedan de vida, fecha que aparece ya marcada con una cruz en su almanaque; sin embargo, es necesario que esa mano carnosa tantee diariamente el garguero. Creo que suelen emborracharlos. Los alimentan con pequeñas dosis de vino. Viven en brumas hasta el momento de su muerte.

No sucedía lo mismo con el hombre del gazna-

te. Se diría que rebosaba de vida. Un enorme buche colgaba de un lado de su cuello. Una bola de grasa brillante que se movía al compás de esa cabeza que se erguía no sin cierta dificultad sosteniendo semejante peso. Y el hombre, lejos de avergonzarse, exhibía orgulloso su buche que contrastaba con su torso semidesnudo y bronceado; de no haber sido por el color de su piel, su cabeza hubiera parecido surgida de una de esas fotos que sólo hay en los libros de medicina.

Lo encontré en el negocio donde venden alimentos. Inmediatamente bajé la mirada y evité su camino. Temía a cada instante encontrarlo en esas estrechas calles comestibles. Ver surgir su cabeza en medio de botes de goma, latas de conserva, sábanas de colores tropicales. De pronto emergió en un laberinto de fiambres expuestos en heladeras vidriosas y transparentes. Me distraje entonces tocando un ave congelada envuelta en una bolsa plástica; sin darme cuenta, estaba palpándole el cogote, tal vez en busca del maíz dorado.

Pero miré la forma congelada y me di cuenta de que no era un pavo, sino un pollo. Fue en ese instante cuando detrás de un jamón bamboleante apareció la cabeza archimboldesca. No pude dejar de lanzar una breve exclamación mientras veía como mi piel se ponía de gallina. Desde sus ojos acamaronados brilló un destello de indignación. Gotas de sudor caían por su tez que pese al bronceado ofrecía un matiz aceitunado. Sus labios carnosos esbozaron una mueca. De una de

sus orejas pendía un aro collar. Tal vez para que uno desviara la mirada a la belleza de la perla. Una mujer se acercó y le musitó al oído. Las suaves palabras le hablaban a la perla. Aproveché que el hombre se distrajera conversando con la mujer y salí volando. Cuando me di cuenta de mis propias palabras, quedé paralizado.

Durante unos días me recluí en la casa por temor a encontrarme con el hombre abuchonado. Llegué a pensar que vivía en el mismo edificio. Que sus alas mortales podían atravesar el cristal nocturno y estrellarse contra él como una mosca aturdida.

Es necesario conversar con alguien. Me encuentro con un morador en el restaurante del lago. Ha pasado el verano y las mesas blancas se abandonan lentamente en un color indefinido. En medio de ese silencio el graznido de los gansos parece perforar los oídos. Le pregunto si sabe algo acerca de la vida de los gansos y me responde algunas generalidades. Después le digo si ha visto rondar por el lugar al hombre abuchonado. Sin duda, se lo describo emocionalmente, ya que deja de acariciar el vaso y me mira a los ojos para designar el hecho como un tumor inoperable.

Me pregunta por qué me intereso por las costumbres de los gansos. Le respondo que me dedico al estudio de la mitología. El comienza a recordar fábulas, pero ninguna en que aparezcan esas aves. Las fábulas lo llenan de miedo. Me pregunta entonces: "¿Ha leído un libro más san-

guinario que *Cuentos de la selva*? Ahí todo se animaliza".

Es al revés —le respondo—, ahí todo se humaniza. Por eso es escolar. Un tratado de caracteres, exótico, tropical. Una selva exuberante, una geografía lujuriosa, sin embargo cada palabra representa el relato de un vicio o una virtud. El hombre permanece en silencio, y en el instante que habla me parece que desvía su mirada hacia las aguas del lago: "Siempre me asustaron esas figuras combinadas. Pingüinos que visten fracs, garzas enfundadas en finas medias de seda. Tersos cuellos de cisnes transformados en pálidas damas de encajes".

El hombre sigue hablando. Recuerdo entonces que otras eran las aves que volaban en el cielo de la bahía. En su vuelo no formaban una letra que contara la victoria de mi muerte. Pero qué se podía esperar de esas aves: al caminar sus patas rojizas se confundían con las huellas de su propia sangre. No se podía esperar otra cosa de esas aves de corral. Un cisne hubiera encontrado la muerte en la quietud de la nieve liviana. Pero él no podía respirar, un peso enorme le aplastaba el corazón, un animal de lodo se agitaba en su pecho. Un ave que no pertenecía del todo al agua, un ave que no pertenecía del todo a la tierra. Vuelvo entonces a escuchar lo que el hombre me dice.

"Me sucede lo mismo con las cartas españolas. Sobre todo con la figura del caballo. Hay un momento en que pienso que es un jinete mon-

tando un caballo. Después me parece un centauro. Hasta que, con el transcurrir del juego, el naipe se convierte en 'el caballo' que, según el azar, puede alcanzar el brillo del oro o la temible sombra de la espada."

Lo miro a los ojos y se me ocurre pensar que el oscuro pecado del donante puede haber sido una trampa en el juego. Una inocente partida de cartas entre compañeros de trabajo se convirtió, al ser descubierto, en una afrenta insoportable. Nunca más los habrá podido mirar a los ojos. Nunca creyó en las risas alegres que quisieron acompañar lo que para él era el oprobio y que para ellos pronto cayó en el olvido.

Oigo que mi corazón comienza a latir precipitadamente, necesito ir a consultar los papeles, sin duda estoy cerca del secreto. Me quiero levantar y siento que me desvanezco, todo el espejo estancado del lago estalla y pequeñas gotas vidriosas salpican mi cara. Entre brumas veo cómo la mano del hombre me desabotona el cuello de la camisa y con manos seguras busca mi garganta.

¿Habrá estado Cigorraga alguna vez enamorado? Su mujer era un secreto. Pero quizá hubo alguna otra en su vida. Se reparten corazones. Envueltos en finas cajas transparentes. Esas que parecen de cristal. Atadas con grandes moños dorados. O grandes cajas rojas con forma de

corazón. Es mientras me cortan el pelo cuando escucho lo del adivino. Alguien fue a consultar por su corazón enamorado. Pero no son mis manos las que deberá leer. Si lograse que el hombre pusiera una mano en mi pecho o acercara su oído para escuchar los latidos, todo podría cambiar. Por otra parte, es mi última esperanza. Los días pasan.

Mirando el estanque me doy cuenta de que a los gansos se han agregado peces dorados. Comparten el agua. Eso sí, son silenciosos. Pero parecen estar siempre en movimiento. No dejan de nadar. Me pregunto dos cosas. Un pez se detiene en algún momento, se queda quieto, quieto. Sin ahogarse. Cuando cierra los ojos, quiero decir. Pero ¿los cierra alguna vez? Y la otra, la más importante, cuando cierre los míos, qué agregarán al estanque.

Ahora las aves se acercan y picotean migas en las manos extranjeras. No tan extranjeras. Esa mujer, acompañada por su madre. Las dos vinieron a hacerme la última visita. No sé cómo lograron averiguar la dirección. Seguramente por la casilla de correo. La piedad y el dinero vulneran cualquier secreto. Lo cierto es que hicieron el viaje. Sí, pero ellas no tienen piedad cuando hacen acercar a los gansos a la plataforma de madera. Confiadamente les dan de comer en sus manos. Caridad cristiana. No pueden hacer daño, dice la mayor.

Cierro los ojos. Las plumas se animan cada vez más. Si hasta se dan el lujo de desdeñar el

alimento. Orondos, coquetean con las manos que les dan de comer. Cierro los ojos. No puedo soportar semejante sacrilegio. Pero al verlas inclinadas, se diría que, graciosamente, acude a mí un pensamiento oscuro. Cuáles habrán sido las mujeres que hicieron palpitar su corazón.

Recuerdo entonces a la mujer que frente al espejo agitaba un abanico. Tal vez de nácar, tal vez de plumas. Me tomo la cabeza porque siento una puntada insoportable, como si alguien estuviera clavando agujas en alguna fotografía. Tal vez las mujeres posean una. Sólo el corazón dejarán libre.

Pienso en el relato de mi amigo, el cortador de trenzas. No hallaba reposo cuando inclinaba su cabeza sobre el almohadón. Aquel almohadón heredado de sus antepasados judíos y que su madre conservaba para el sueño del hijo. Día a día lo iba cubriendo con nuevas sedas, con suaves tafetanes, retazos de sus vestidos. Ropa pasada de moda. Detrás de cada satén lo aguardaba otro. Pasaba entonces de los colores delicados al morado de la muerte. Creo que muchas veces sintió ganas de despanzurrarlo. Sin embargo, no lo abandonaba nunca. Sé que lo acompañó hasta por el Nilo.

Mi amigo, tan cortés, un día se confesó. Dijo: "Quisiera coserlo a puñaladas". Entonces no quería despanzurrarlo. Por temor a qué. Entonces él también tenía miedo de que las plumas comenzaran a dispersarse. Y qué hacía con ellas el cortador de trenzas. Quizá iban a parar al pe-

queño almohadón que, al contrario del que aparece en el cuento de Quiroga, cada vez se volvía más diminuto en el lecho. Cada funda que se agregaba lo sumía en sueños distintos. Lo enviaba a lugares lejanos que después necesitaba visitar. Como él decía: pisarlo con mis propios pies. Hasta el muro de los lamentos, a buscar las famosas inscripciones, hasta ahí lo llevaron las plumas.

También yo tengo un almohadón. De un antepasado oriental. Mi abuela. Su marido era desertor. Lo metieron preso. Ella estaba embarazada, apenas de un mes. Pidió una audiencia con Yrigoyen. Se la concedieron. Pensaba ir con un almohadón debajo del vestido para parecer más gruesa. Pero antes de la fecha dejaron en libertad al marido. Guardó el almohadón muchos años. Adornaba la cama matrimonial y un muñeco estaba apoyado en él.

Mi amigo me dijo: "Cuando vienen extraños a casa lo guardo, para que no lo manoseen. Cada vez que me visita mi madre trae otra funda, aun cuando todavía no me haya acostumbrado a la última". Recuerdo que le respondí:

—¿Y cuando sea ella, tu madre, la que muera? Cuál será la última funda que te acompañará por el resto de tu vida.

—No lo sé. Un día deberemos ir juntos al río para deshacernos de él.

—Sí, pero en una bolsa, para que no se dispersen las plumas.

Las plumas, ellas son las que veo dispersas

por el lago. En algún momento de la estación deben perder las plumas. Vi por el parque niños que jugaban inocentemente con ellas.

Ahora es un cuerpo el que flota. Ya tienen su comida. Su carne. Su almohadón. Pero con sus graznidos estridentes comienzan a alejarse cuando los que se han dado cuenta del cuerpo flotante gritan y se arrojan al agua. Si ya tienen un cuerpo, para qué quieren el mío. No, las gráciles aves de cuellos aterciopelados han ido a mirar, a ver si era la presa que buscaban. Después se han alejado, no sin antes erguir sus cuellos y otear a lo lejos con sus ojitos de vidrio para ver si divisan la sombra familiar.

Las mujeres, indiferentes, siempre de espaldas, siguen su camino. El mar está próximo. Los gansos están próximos. Me acerco a las mujeres y les digo que partimos esta misma noche. Quiero ir a Uruguayana para ver a una persona. Ellas hubieran preferido la placidez de continuar ese camino de mármoles que las conducía hacia el mar pero estaban dispuestas a no negarme nada, no por amor, sino por mi situación.

Pido a las magdalenas que hagan el viaje conmigo. Que preparen el lienzo para llevarse en él la cara de la muerte. No comprenden. Quieren velar por mi salud. Por eso todas las tardes me invitan a visitar la isla de los gansos.

Ellos tienen su propia casa, su pedazo de tierra. Tímidos, se deslizan por los jardines y picotean el pasto. Tímidos también para arrojarse al agua. Primero una pata, después la otra. Espe-

ran la hora de la noche para descender hasta el lago y nadar cerca de los moradores que pacíficamente les dan de comer. Hasta que alguno un poco borracho comienza a arrojar residuos. Una botella de cerveza, una lata o un cuello. Alegremente, con gritos y con una sonrisa estúpida. A veces son carcajadas, hasta que alguno de ellos termina tirándose al lago e imitando con sus movimientos el nadar de las aves, mientras el coro desde la baranda trata de imitar el graznido de los gansos.

Siguen repitiendo el graznido hasta que el hombre asoma la cabeza fuera del agua. Pero el nadador tarda demasiado en emerger y las risas comienzan a apagarse. Nadie piensa en lo irrisorio de que alguien pueda morir ahogado en medio del estanque. Pero tarda. Y en esa ciudad de batir de tambores comienzan a entrechocar latas de cerveza, para ahuyentar a las aves o a los peces, o para despertar al borracho. Nadie se puede arrojar al agua porque están festejando y no se dan cuenta de que el cuerpo no aparece.

Las mujeres, que dan la espalda a la escena, están contemplando el mar. Un largo camino de baldosas las separa de él. Han salido de la habitación y la mano de la anciana se queda detenida en actitud de incertidumbre contemplando a la más joven, que reposa sobre un almohadón de plumas. Después descienden. Una se queda detenida junto a un farol, apenas un instante. Parece que siempre estuvieren detenidas mirando fijamente algo. A lo sumo, una cabeza inclinada,

por abandono o por espera. Una hilera de faroles tenuemente alumbrados es la distancia que las separa del mar. Las olas golpean una arcada de mármol. Por primera vez, una de las mujeres se vuelve y dice: "El mar está próximo".

Decido postergar mi visita al adivino por un tiempo. Necesito antes reflexionar sobre lo que ha venido sucediendo. Estudiando los escasos papeles íntimos de ese hombre no he llegado a nada. Debo buscar otro camino. He resuelto refugiarme en la ficción. Tal vez leyendo libros que hablan del corazón podré llegar a saber qué llevó a Cigorraga a semejante acto.

He leído una vez más "Corazón simple", o "Corazón sencillo", o "Alma de Dios", según las traducciones. Los traductores deberían ser más cuidadosos, no es lo mismo el alma que el corazón, no es un mero detalle, una cuestión de matices. Comienzo a tomar notas que después me han de servir para la conclusión final.

Justamente en este relato no existe ninguna alma de Dios; como se dice, un alma caritativa. Es preferible pensar que el alma brilla por su ausencia. Sí, en cambio, aparece la víscera, el órgano.

Hay algo oscuro en la vida de Felicidad, así se llama la mujer del relato.

Aquella que llamó en su lecho de muerte al hombre tatuado, el carnicero, para darle su per-

dón por haber pensado siempre que era él quien había matado al loro. Extraña respuesta la de ese hombre: "Sospechar que él había cometido un asesinato". Pero nadie hasta ese momento había hablado de asesinato. Me pregunto si llevaría él un loro tatuado en su cuerpo.

Las muertes se van sucediendo una tras otra. La de Felicidad misma es la más sospechosa. Los latidos de su corazón acompañan la agonía y en su imagen última la figura de un pájaro la sume en la muerte. Tal vez ella llamó al tatuador para que una vez muerto el loro lo tatuase en su propio cuerpo.

Sería conveniente que me tatuase un corazón atravesado por una flecha. En medio del pecho o en alguno de los brazos. Tal vez más de uno. Corazones violetas. Después escribir mi nombre junto con el de algún amor. También podrían ser algunos de esos gansos que nadan por el estanque o bien tatuar flores en mi orazón.

Necesito analizar los hechos escapando de las imágenes que el autor propone para ir justificando la santidad de esa vida simple. Si hasta hubo un crimen quizás, el hecho de que la víctima haya sido un ave no le resta importancia.

Ese corazón simple encontraba el sueño acariciando las cuentas del rosario. Pero ¿qué hacían esas manos antes de disponerse para el rezo? Sin duda, encontraba el sueño en una mansedumbre casi animal, cercana a la inocencia de la naturaleza. Pero nada más brutal que una vida simple.

Es una de las primeras frases del relato la que me llama la atención: "Gustaba de engordar las aves de corral". Bien podrían haber sido gansos.

Puede ser sólo un detalle, pero cuando leí que su voz era chillona y que comía las migas que quedaban sobre la mesa pensé que era más que un detalle. Los chillidos me recordaron a esas dos mujeres inclinadas al borde del estanque dando de comer a los gansos. Las aves picoteaban mansamente de sus manos: ahí comprendí que esas manos que daban de comer no podían estar limpias. Después de la muerte de su padre, Felicidad comienza a vivir entre animales. Tiene la inocencia del cordero pero sorpresivamente recibe el regalo de un hombre, un pañuelo. De ese mismo que bestialmente la tumbó sobre la avena como si fuera una res. Es verdad que ella gritó, y que cuando comenzaron las citas en los patios oscuros fue el haber visto los animales acoplados en el campo lo que le impidió ceder a los abrazos.

Cuando supo que ese hombre la había abandonado se convirtió en un animal. Abandonó la región y entró al servicio de la señora Aubain a la que dedicó su vida; a ella y a sus hijos, Pablo y Virginia.

Es en esa casa donde todo comienza a volverse extraño. Es entonces cuando empiezo a sospechar de la bondadosa alma de Felicidad y a darme cuenta de que posee un corazón que late bestialmente.

Ahí aparece rodeada de animales, de relinchos

de caballos. Los balidos de los corderos y los gruñidos de los chanchos se confunden con las voces humanas. Los granjeros, gordos y colorados, comienzan a llevarle gallinas para vender. Acaso ella las engorda para su ama y después las sacrifica. Las mataría retorciéndoles el cogote después de hacerlas dar varias vueltas en el aire mientras la mano firme sostiene el cuello hasta que se oye el crujido inconfundible.

En ese lugar todo ocurría bucólicamente: sin embargo, por detrás se preparaba un crimen. Sutil, pero las plumas esparciéndose por el aire no se podían ocultar.

Los nombres de Pablo y Virginia no alcanzan para disimular cierta crueldad. El atrapaba pájaros. Ella daba de comer a los conejos. Ambos aprendieron geografía en un libro de estampas con escenas de antropófagos que llevaban plumas en la cabeza. ¿De dónde provenían esas plumas? También con ese libro se instruyó Felicidad. En él aparecían beduinos en el desierto. La figura del beduino vuelve a surgir pero ya descarté que Cigorraga pudiera ser un beduino. Y un tal Guyot, maestro de los niños, llevaba un cortaplumas que afilaba continuamente en sus botas. ¿Para qué tenía que estar siempre afilándolo? No quedaba duda de que a alguien quería desplumar.

Después aparecen esos bueyes en medio de la niebla.

Lo cierto es que Felicidad logró calmar a esos animales que mugían, pasando la mano por el lomo de las bestias y cantándoles un romance.

Felicidad poseía algún secreto sobre cómo manejar a los animales. Sin embargo, uno de ellos se abalanzó sobre la señora Aubain y los niños. Felicidad consiguió detenerlo, arrojándole tierra en los ojos hasta cegarlo. Cuando el toro la tenía acorralada para destriparla pudo escapar.

Este hecho se transformó en tema de conversación durante años. A partir del incidente del campo, Virginia padeció una afección nerviosa para la que se le indicó, como medicina, baños de mar. Hacia él partieron.

Por qué Felicidad fue capaz de semejante acto. ¿Solamente por un sentimiento de devoción a su ama? Sería importante comprobar en las distintas traducciones si se trata de un buey o de un toro. Deberé fijarme en el original. No es lo mismo un toro que un buey, se sabe el paso que se requiere para domesticarlo, quizá se habría encargado ella de esa faena con la misma precisión con que engordaba las aves de corral para eliminarlas posteriormente.

No sé si en realidad lo leí o es una idea que acabo de inventar: la de que en ese lugar había un aparador con trampas para cazar lobos y forceps para las ovejas.

Felicidad va al mar para ver la llegada de los barcos. Pero no donde éste se vuelve calmo y reluciente como un espejo, sino que esta alma sencilla elige el lugar donde la marea deja al descubierto moluscos, erizos y medusas.

Los marineros bajaban cestos llenos de peces. Algo natural. Si no fuera que eran montones de

peces palpitantes que las mujeres se precipitaban a recibir entre sus manos. Palpitar, sólo el corazón puede palpitar. El sagrado corazón sangrante de las imágenes santas.

Su enseñanza religiosa se transformó en un bestiario sagrado. El drama bíblico hablaba de cosas familiares. El establo, el estiércol, la paloma y el cordero crucificado en la cruz. Entonces para ella un cordero estaba en la cruz. Acaso conocería el versículo, que quizás llevó dos hombres a la tumba. Dulce cordero. No herido como me contó aquel hombre, sino sin mancha. Porque el cordero estaba ya herido en el costado y se hizo clavar la lanza en el corazón. El hálito del espíritu santo lo imaginó como un pájaro.

Virginia recibió la hostia. En ese instante Felicidad creyó que en su pecho latía ese corazón infantil. Las ceras santas se transformaron con sus velos blancos en un campo de nieve con un rebaño de vírgenes. Ella pudo reconocer en medio de la multitud de fieles el cuello de su querida. Un cuello delicado, suave como el de un cisne. Se trataba del cuello y no de la hostia. Sin embargo, cuando la recibió devotamente obtuvo las mismas delicias.

Un día Virginia marchó hacia el convento. Las manos de Felicidad pretendieron distraerse en el encaje. Sin embargo, no estaban hechas para las sedas y con los hilos dorados sus dedos se volvían torpes. Esas manos rústicas estaban hechas para engordar y sacrificar aves de corral.

Consiguió permiso para que un sobrino la vi-

sitara. Por un tiempo sus manos encontraron otras ropas que acicalar. Era necesario que constantemente sus manos estuvieran ocupadas para no tentarse con esos cuellos delicados que andaban por ahí.

Pero su sobrino se embarcó hacia América. Cuando llegó el barco abandonaba el muelle. Después caminó hasta el calvario para hacer una oración por el viajante. Rezó mirando el cielo. Las imágenes santas le hicieron recordar en su martirio ese libro de instrucción. Pensó que a su sobrino lo podían comer los antropófagos o que podía morir sediento en las arenas de fuego.

Al poco tiempo, en efecto, llegó un sobre con el anuncio de esa muerte. La fiebre amarilla lo había consumido. Como era de esperar, también murió Virginia consumida por la fiebre.

A la luz de la vela pasó dos noches al lado de la muerta. Le besó varias veces los ojos. Atendió con sus propias manos los paños mortuorios de la joven.

Pero en el mismo instante en que esas manos adornan con pétalos la cabeza virginal, no se pueden detener y cortan un mechón de pelo. Felicidad lo guarda después en su pecho junto a su corazón. Qué hablaba con la muerta cuando visitaba su tumba nunca lo sabré. Lo que sé es que no descuidaba la sepultura que siempre estaba cubierta de flores.

Para esas mujeres las horas transcurrían en el recuerdo de la ausente. Adoraban un santuario, un armario donde había tres muñecas, unos

aros, algunas medias y pañuelos, y la palangana que ella usaba para sus abluciones. Las prendas en sus manchas y arrugas conservaban las formas del cuerpo querido. Felicidad pidió para ella un sombrerito de pelo largo afelpado, comido por las polillas. Después de repartirse los objetos las mujeres se abrazaron y una veneración animal surgió en el corazón de Felicidad.

La señora Aubain comenzó a ver la imagen de su marido rondar por el jardín reclamando el cuerpo de su hija. Ahí decidieron que había que ocultarla. Tal vez se dirigieron al cementerio y cambiaron el cadáver de lugar. En silencio, como se suelen llevar a cabo esos menesteres. Después eso se transformó en algo de lo que no se podía hablar.

Hasta que una de ellas no pudo soportar más y mencionó el asunto. Para ese entonces el loro ya estaba en la casa y habría escuchado la conversación. Ciertas personas que marcharon al extranjero regalaron un loro que poseían a la señora Aubain. Como el mármol que sepultaba el cuerpo de Virginia las plumas de las alas eran de color rosa. Tenía el cuerpo verde, la frente azul, la garganta amarilla y respondía al procaz nombre de Lulú.

El hecho de que las plumas del ave comenzaran a esparcirse por el aire fue motivo para que la señora Aubain optara finalmente por regalárselo: Lulú se transformó en el sentido de su vida. Sin embargo, pareciera que hay algún hecho atroz que el loro pudo llegar a saber o que tal

vez presenció o del que quizás él mismo fue autor. Manchar con excrementos el sombrerito de felpa, comerse el trozo de pelo de la muerta o picotear los ojos de las muñecas hasta vaciarlos. O tal vez Felicidad en un arrebato de euforia le colocó los aros a Lulú y la señora Aubain, que vio esa escena oculta detrás de algún mueble, buscó la oportunidad para vengarse de tal profanación.

Un día el loro se perdió. Felicidad salió enloquecida a buscarlo. Por fin el peso de esas plumas sobre el hombro le dio la certeza de que el pájaro había vuelto. Pero la búsqueda le provocó un enfriamiento que la dejó sorda. Ni siquiera escuchaba el mugido de las vacas, pero en la oscuridad, oía la voz del loro que imitaba ruidos para distraer esa alma que envejecía lentamente hacia la muerte.

Entonces lo más importante no era ultimar al ave, sino que había antes un hecho más decisivo e inolvidable.

Una mañana de invierno el loro apareció muerto. Helado, las garras aferraban los alambres. Ella pensó en el carnicero, el hombre tatuado: Lulú lo había picoteado y él amenazó con matarlo.

Felicidad no dejaba de llorar. Su ama le aconsejó embalsamarlo. Me desconcertaba el dolor de Felicidad: entonces no había sido ella quien lo había matado.

Seis meses tardaron en embalsamarlo. Ella creyó que se lo habían robado. Pero ¿quién po-

dría querer quedarse con esa forma rígida para siempre?

Y si de repente golpearan a la puerta y entrase un botones con un enorme paquete y dijera: "Esto es para el señor Flores". Y cuando abriese el paquete me encontrase con uno de los gansos embalsamado en sus plumas. Y ninguna tarjeta que anunciase quién había mandado semejante obsequio y hasta podría llegar a morirme sin saber nunca quién lo habría hecho. Sí, debía estar preparado para esa situación.

Ella puso a Lulú en su cuarto. El loro parecía contemplar los objetos que acompañaron a Felicidad durante su vida. Ahí estaba el libro de estampas, ahí los ajados rosarios, ahí el sombrero de felpa, ahí el ojo de buey por donde miraba el patio.

Ante sus ojos, en el bautismo del Señor, la imagen del espíritu santo se convirtió por esmeralda y púrpura en el cuerpo del loro. Hablar con Lulú era como hablar con el espíritu santo.

Entonces, como yo sospechaba, ella hablaba con el loro. Lulú había visto algo y no alcanzó a repetirlo y su mirada quedó congelada, embalsamada en ese último hecho que había visto.

La señora Aubain murió poco después. La lengua aparecía cubierta de humo. Algún secreto se llevaba con su muerte, el mismo que provocó el incendio de su lengua.

Dejó una renta para Felicidad. En agradecimiento por lo que la había servido pero quizás también para callar esa boca para siempre.

Después de esa muerte Felicidad ya no le rezó al espíritu santo, sino que se arrodillaba ante el ojo de vidrio que parecía contemplarla desde la gloria. Vaya a saber qué le confiaría al duro cristal en sus oraciones.

Se acercaba Corpus y el hecho de que sus manos no pudieran hacer alguna ofrenda para donar al altar no le daba paz. Pensó en Lulú: ¿Por qué el loro estaba destinado a un lugar santo? El cura, cosa extraña, aceptó.

Enferma de muerte y a punto de recibir la extremaunción, Felicidad pide que le acerquen el loro para despedirse. En ese estado de gracia ya no puede mentir. Lulú está con un ala rota y destripado. Un cadáver devorado por los gusanos. Entonces ya no era un ave embalsamada sino un cadáver. En ese momento Felicidad manda a llamar al carnicero a su lecho y lo declara inocente. Entonces otro era el culpable.

Una mujer la acompaña junto al lecho y con piedad le seca la frente. El lienzo en la cara de la muerta. Y si al secarlo uno se encuentra ahí con la imagen de Lulú. Y cuando las magdalenas transformadas en verónicas pasen el lienzo por mi rostro qué encontrarán ahí. Tal vez uno de esos rústicos gansos del estanque.

Pétalos de flores apaciguaban la procesión de Corpus. El altar viviente llegó hasta la moribunda. En medio de la plata y de las porcelanas, surgiendo entre las rosas aparecía el cuerpo de Lulú. Felicidad rodeada de ofrendas santas, oros y soles relucientes, místicamente cerró los ojos;

hasta podría decir que en ese momento una sonrisa le iluminó el rostro, pero lo extraño es que cuando los latidos se fueron apagando ella creyó ver la figura de un enorme pájaro volando sobre su cabeza.

Descendió del cielo para ajustar cuentas. Demasiadas muertes hubo en esa casa, demasiadas muertes rodearon la vida de esa mujer. El único que parecía saber algo de todo esto era Lulú, pero sospecho que unas manos anónimas, acostumbradas sin embargo al palpitar de plumas agonizantes, buscaron aquella noche la garganta amarilla o el cuello emplumado para callarlo para siempre. Tal vez en trance ella supo de caminar en sueños.

Lo cierto es que los latidos, la víscera, están siempre cerca de las plumas. Su destino dependerá del vuelo de las aves o de esa forma inmóvil del recuerdo que es el ave embalsamada. Lo que me queda claro es que ningún alma había allí, sino que se trataba del corazón palpitante.

Uno, dos, tres, cuatro muertos. Todos al borde del camino. Todos en un mes. Esta vez no es un bluejeans, es una malla azul. El espinazo partido, la bicicleta también. El sol los aturde y se arrojan al camino como moscas. Los cuerpos dorados, en cambio, descienden desde el cielo con prestancia. Atraviesan el camino y aterrizan en la arena. A ellos nada les pasa. No son moscas,

son pájaros de colores elegantes; cuerpos bronceados que se quedan bajo el sol hasta un segundo antes de aturdirse. Aquí la vida no vale un perú. Se pasa de la vida a la muerte en un instante. Ahora recuerdo, en esta lengua, perú quiere decir pavo. Pecho de pavo suelen preparar las mujeres para la cena.

Recorremos el camino hasta los instrumentos y los libros de fotos. Extraños muchachos en bicicletas desfilan llevando paquetes. Servicio contra reembolso seguramente. Pienso si uno de ellos no habrá quedado al borde del camino. Las mujeres prefieren esperar en el coche.

En una vitrina, junto a libros espiritistas, están las poses. Una al lado de la otra. Me atiende una empleada y me hace pasar a una piecita. Se queda y acompaña mi visita. Hace calor y con un pañuelo se seca la frente. Quiere hacer pronto su negocio. Ahí está el mal de ojo, la cura por el limón y la cebolla. Al lado de las prendas, clavadas como mariposas en las paredes, una junto a la otra.

Regresamos. El sol comienza a ocultarse. Otra mosca aplastada al borde del camino. Con la bruma aparece la marrasina que corroe la chapa de los coches.

Nos detenemos en un edificio. Vamos a las máquinas. Ahí el camino está en la pantalla. Desfilan coches. Hay que disparar. Una muerte electrónica, guiada por volantes automáticos. Se oye música. Bajamos. Otra máquina electrónica dice ¿quién es usted? Soy Flores. La música sigue a

través de las escaleras. El caracol plateado traslada los cuerpos. Llegamos a otro piso en el que graban el rostro en una camiseta. Hombres dobles atraviesan las baldosas brillantes. Miran el corazón. Hablan desde las entrañas. Tienen dos caras. Las verónicas se miran entre ellas. Una dice: "Sólo Jesús era digno de grabar su propio rostro". La otra agrega: "Su propio rostro sin pecado".

Emprendemos el regreso. Los pájaros han plegado sus alas. Sus colores adornan ahora el techo de los coches. Se pliegan o se despliegan en la noche. Los pájaros cazamoscas se lanzan a la carretera con sus coches. Escenas de caza, no con caballos como en la película que me llevaron a ver las mujeres. Sin embargo, un episodio me quedó grabado. Una mujer tendida en el suelo se abandonaba a un hombre y un ave de corral picoteaba en su cabeza o tal vez en sus cabellos granos de maíz desparramados entre sus cuerpos.

Ya en la casa las mujeres conversan entre ellas. Yo preparo la noche para sumergirme en el nuevo libro: *El corazón de las tinieblas*. Una de ellas, creo que la mayor, comienza los preparativos para cocinar un pollo congelado. Fríamente con un martillo golpea la forma helada. No obstante, ésta resiste hasta el agua hirviendo que la mujer le arroja.

Me niego a comer esa presa, me niego a comer ese arroz. Comienza una extraña discusión. Los acontecimientos se precipitan. Pienso si las aves acompañan al corazón o éste acompaña a las

aves. Recuerdo una mujer que en la playa llevaba un loro estampado en la malla. Le abarcaba el vientre, se extendía hasta la pelvis. Lo cierto es que la cotorra corría por la arena. Graciosamente, levantaba primero una patita después la otra.

Perdí la mirada en la estampa chillona. Los colores exóticos revivieron un relato del pasado. Dos marineros solitarios navegando en un bote. Buscaban salvar la vida. Sólo tenían para comer unas bolsas de arroz, único comestible que había quedado del naufragio. En esas condiciones precarias habían comido ese alimento de todas las formas posibles, que por otra parte no eran muchas. Con ellos viajaba un loro. Uno de ellos hacía insistentes insinuaciones respecto a sacrificar el ave. Comerían arroz con loro. La vida del ave pendía de un hilo. Pasaban los días y su situación en el bote se volvía cada vez más insostenible. El marinero que se rehusaba a cometer tal sacrilegio comenzó a ceder a las razones esgrimidas por el otro. Pactaron que la decisión permanecería en secreto. Sin embargo, en una acalorada disputa uno de ellos volvió a mencionar la cuestión. El loro no pudo dejar de oírla y aconsejó a los náufragos: por qué no acudían al vicio solitario, a antiguas prácticas manuales y concluían el viaje comiendo escudillas de arroz con leche.

Escucho cómo la mujer deja caer la maza sobre el pollo que descansa en la mesada de mármol. A veces la presa escapa a los golpes deslizándose y la mujer golpea en el vacío o

en sus dedos, lo que provoca su indignación.

Le miro el cuello. Aquí, en este clima tropical la vida no vale un perú. Sólo debería acercarme y comenzar a apretar hasta el momento de su muerte. Pero ella nunca da la espalda. Quiero decir, una magdalena cuida de otra magdalena. Debo apelar a una artimaña. No sé cuál porque desconozco los secretos de la hipnosis y carezco de celeridad para el cuchillo, nunca practiqué el arte de la cetrería. El mal de ojos que adornaba la vitrina iluminó los míos. Le enseñaría a la mujer cómo se echa humo por los ojos. Miraría fijamente sus ojos y le pediría que ella mirase los míos con la misma intensidad. En ese instante mis manos buscarían el cuello irresistible.

Mientras tanto enciendo el aparato. La pantalla blanca se ilumina con una piscina. Un hombre y una mujer conversan. Me acerco al balcón, veo gente reunida en torno a la piscina. Abro el diario y veo avisos de hoteles de citas con piscinas en la habitación. Algunos moradores las tienen en el balcón. En este lugar la vida transcurre en una piscina. Debería sumergir a las magdalenas en el cloro. Pero hay un día a la semana en que las limpian. Tal vez encontrasen sus pétalos.

Las mujeres ordenan cerrar la ventana. La marrasina lo corroe todo. Las sillas, la laca, los muebles, son comidos por la marrasina. Corroería los instrumentos del placer que aparecían encerrados en la vitrina. O era simplemente para cuidarlos de las manos ajenas. Recuerdo cuando

mis manos no eran ajenas a ese placer. Una venérea me corroía. Había sucedido en un burdel junto al mar y también había bruma. Entonces era joven y estaba desesperado. Encontré un veterano. Me confesé inmediatamente. El hombre me dio su receta. Me dijo una frase que al principio no logré entender: "¿Duele cuando llora el muñeco?". No supe qué responderle pero hice un gesto afirmativo. El hombre al oído me susurró el nombre del medicamento. Después, en la soledad de la habitación y cuando el líquido del vicio descendía gota a gota comprendí lo que aquel hombre me había querido decir. Por eso cuando vi los instrumentos en las vitrinas, pensé: los muñecos están encerrados y lloran.

Las muñecas siguen con su cena. Preparan el festín. El ave ya ha sido vaciada y ahora, inmóvil, espera el momento de ser sumergida en el agua hirviendo, esta vez para su baño final.

Mi corazón palpita. Las aves están siempre cerca del corazón. En eso consistía el secreto de las tinieblas. No, no era el marfil, tampoco el color del río, ni siquiera los pantanos y las ciénagas. El órgano debía funcionar. En *El corazón de las tinieblas* el director lo dice claramente: "Aseguré mi puesto en la estación. Sobreviví en las tinieblas por mi salud". Y Marlow encontró trabajo porque el capitán que lo precedía halló la muerte por una lanza que le atravesó no sólo el corazón sino hasta los huesos. Y no fue el destino el que llevó a ese hombre a encontrar esa estaca que lo clavó para siempre en ese lugar, sino el

disputar con un nativo por dos gallinas negras. Esas aves enloquecieron el alma de Fresleven, que hasta entonces había tenido un corazón dulce, para hundirlo en el desasosiego.

También Marlow se pregunta por el destino de aquellas dos gallinas. Las hierbas que cubrían las costillas de Fresleven habían convertido sus huesos calcinados en una gruta viviente, restos imposibles de trasladar. Entonces Marlow peregrinaba en busca de Kurtz, pero en realidad remontando siempre esa pesadilla que eran los huesos de Fresleven y las dos gallinas negras, tal vez por eso los peregrinos y el director le parecían una bandada de urracas que graznaban continuamente.

El percal comienza a arder en medio del corazón. La única luz en la oscuridad del río es esa cabaña en llamas. Y la llama puede alcanzar la fugacidad del relámpago o la eternidad del pecado. Niebla, bruma, enfermedad y muerte acechando detrás de los matorrales.

Recuerdo la letra de esa canción en que la muñeca vestida de percal no tenía corazón. La mujer la alzó entre sus manos, recorrió su cuerpo, y no encontró los latidos, entonces con un pedacito muy rojo de papel, le hizo un corazón que clavó en su pecho con un alfiler. La mujer que por piedad supo durante el idilio vestir el cuerpo de trapo, se marchó después con otro amor. Al quedarse solo el hombre pensó que la mujer había volado a otro nido y que un día se apagaría lo mismo que un quinqué. La llama,

el alfiler, la lanza, distintas formas que toma el acero para atravesar el corazón. Esa mariposa roja atravesada en medio del pecho.

Mientras tanto las muñecas siguen en lo suyo. Se deslizan por las habitaciones como manchas oscuras. Pienso que podría pisarlas como pétalos marchitos, si fueran flores, esas magdalenas.

Miro a las dos mujeres. Juntando sus cabezas, cuchichean. Cabello y trapo se confunden. Quedan envueltas en sus vestidos floreados. Sus rostros desaparecen. Son flores vivientes que se mueven.

Como todos los días tomo el diario para leer alguna noticia sobre el corazón. En un grabado reproducen la víscera. Los conductos que llegan hasta ella parecen túneles abiertos. Un coche detrás de otro. Atraviesan el corazón y salen por el otro extremo.

Dos médicos, un ingeniero y un chofer han hecho una prueba. Salieron preparados desde el consultorio. Bata blanca, pecho rasurado, electrodos, grabador en la cintura. Grabaron los latidos del hombre durante el trayecto. Aquel extraño grupo causaba el espanto de los transeúntes. Metro a metro medían los latidos. Atravesaron la avenida de la princesa. Llegaron a la calle del lobo. Al encantado le colocaban obstáculos. En un momento encendió un cigarrillo. Sus latidos aumentaron cuando en la bocacalle del lobo apareció una mujer empujando un cochecito. El corazón del hombre, en su intimidad, estaba en la página del diario. Frente a la laguna el coche

pasó cerca de un ciclista y el aparato registró una oscilación importante. Tal vez él sería el cazamoscas.

El corazón de Marlow cuando atravesaba la selva también era medido por batires de tambores. Tratándose de la pesadilla resulta lo mismo que las astas sean de buey o de elefante. El río de marfil, la muerte blanca. Refiriéndose a la muerte, un compadre solía decir: clavó las guampas. En la arena, en la tierra, en un mostrador de madera. Uno nunca sabe dónde va a clavar las guampas. ¿Acaso no aparecía en el peregrinar de Marlow por la estación un hoyo esperándolo? Un camino de astas pudriéndose lentamente.

Pero las tinieblas no tienen necesariamente que cobrar la dureza del marfil, el fango del río o la fiebre del pantano. Están esperándolo a uno. Basta abrir la ventana y esperar que la marrasina lo corroa todo. Sumergirse en la bruma, o todavía más simple sentarse frente a la pantalla para que el horror se apodere de la habitación, de cada uno de los cuerpos que habitan en ella, de cada uno de los objetos que a medida que transcurre el relato cambian de forma hasta adquirir aquella tan singular del miedo.

Esa noche, en la pantalla, nueve eran las plagas. Nueve habían matado y nueve debían morir. Siempre imaginé las plagas como viniendo del cielo, en el sentido bíblico. Alas agitando enfermedad y peste. Nada que tuviera que ver con el corazón, aparentemente. Sin embargo, en la última escena una llave de bronce apareció en me-

dio de la víscera de un primogénito. Era una historia de venganza. Cada uno de los que habían pecado moriría en las poses de cada una de las plagas. En ese lugar carecía de una Biblia, no recordaba qué formas iba adquiriendo la ira bíblica.

Las víctimas, todos ellos médicos menos una enfermera, no habían logrado salvar la vida de la mujer del vengador. Fue éste quien desató la plaga que caería sobre cada uno de ellos. Al enterarse del accidente, el hombre atravesó un camino de nieve para llegar hasta ella. El camino le resultó fatal. Un accidente transformó sus facciones en una máscara desfigurada que provocaba tanta inquietud como aquella que había elegido para ocultarla.

La muerte plagada fue llegando en cada una de sus formas. Primero fueron unas abejas. Si a ese hombre no lo devoraron, le hicieron estallar la cabeza con su zumbido implacable. Cuando lo encontraron sus ojos estaban aún abiertos por el terror, las manos cubrían las orejas donde se habían concentrado las abejas. El cuerpo estaba cubierto de flores. Restos de polen y de pétalos dispersos por la habitación.

A pesar de lo delicado del escenario, para el segundo, la muerte no resultó menos dolorosa. Un baile de máscaras. Una escalera de mármol. Un camino de terciopelo para disimular los pasos del que acecha o para que el cuerpo de la víctima caiga suavemente, sin ruido.

Me doy cuenta de que necesito una Biblia. Las

magdalenas duermen y no me animo a despertarlas para que me recuerden la maldición del desierto. Pienso que podría ser un señuelo para que yo mismo encuentre la muerte en cada una de esas formas. Lo empiezo a sospechar a partir de la muerte de la segunda víctima. La máscara que había elegido el asesino bíblico era la de un extraño pájaro. Podría haber sido la de un ganso. Gentilmente obsequió al dueño de casa una máscara que éste se colocó de espaldas. El vengador con una pequeña llave que tenía la belleza de una joya, hizo funcionar su mecanismo. El hombre comenzó a caminar pero la máscara lo estranguló antes de llegar a la escalera. Cuando se inclinaron para socorrerlo, su cara era la de un batracio.

La serpiente apareció, no bajo la forma de ese río amarillo que logró hipnotizar a Marlow para sumergirlo definitivamente en el corazón de las tinieblas, sino de manera vulgar en la danza del vientre. Lo cierto es que una de las víctimas solía darse a ese entretenimiento de contemplar los vientres. Cuando la muerte entró en su habitación la cámara se detuvo bruscamente en las sandalias de la bailarina.

Una bella mujer solía acompañar al victimario; tocaba dulcemente el violín mientras éste realizaba su plaga. El sonido sumía a la víctima en un pesado sueño. Atado a una silla lo desangraron, lentamente, extrayéndole hasta la última gota. Pienso en el Nilo rojo. Los peces flotando en las aguas del río. El corazón del faraón se ha

endurecido una vez más y la ceniza convertida en polvo fino se esparcirá por la tierra trayendo la enfermedad y la peste. Y el calor, y ese sol que convierte en fuego las aguas del río que parece querer salir de su cauce en las inundaciones de junio.

Cada una de las muertes iba acompañada de un maniquí que adquiría los rasgos de la víctima y después del crimen era arrojado al fuego. Entonces frente al espejo, apoyando sus manos en un tocador íntimo, rodeado de frascos de perfume, mientras miraba el rostro de su mujer en la fotografía, el asesino comenzaba un largo monólogo que ella escuchaba desde la eternidad: "Mis ojos apagados, mi memoria sofocada no consiguen sumir tu sonrisa en el olvido. Y qué es el infierno sino un instante, y qué es la eternidad sino un relámpago. Muy pronto nuestras almas arderán juntas para pagar así el precio de lo efímero".

También el río está esperando, o quizás se trate de un lago helado. Una dama se pasea acompañada de una bestia dálmata. Un remise se ha detenido junto a ella. Un hombre baja del coche porque tal vez pensó que ella necesitaba ayuda. Se acercó y fue golpeado. Después lo encerraron en una caja de cristal helado que lo hundió en el abismo. Una caja de música con una bailarina española acompañó su agonía. Cuando descubrieron el cadáver los que estaban en las huellas de las plagas bíblicas, comprendieron: el cuerpo congelado había sido alcanzado por el granizo.

Que las ratas fueran la peste era algo que esperaba. Pero no que eligiera el momento en que un hombre piloteaba un avión para que la cabina fuera invadida, primero por un animal, después por otro, demorando su aparición para encontrar el horror en el placer de la suma.

Esta vez después del crimen, su mano se detuvo en el rostro de la ausente y la foto se volvió inesperadamente íntima. Una vez más arrojó un maniquí al fuego.

Las plumas de un pájaro fueron el cuerpo de la flecha. Fue arrojada por una cerbatana. La muerte emplumada no dejaba de agitarse aun después de que atravesado el pecho del hombre saliera por la espalda. Era el rayo. El mismo que había atravesado los omoplatos de Fresleven, el mismo resplandor extraño en los ojos del marinero cuando la lanza le atravesó el pecho. Una máscara negra que iba adquiriendo una vaguedad vidriosa.

Un largo camino de langostas siempre es temible. Ya sea cuando cubren la inmensidad del cielo simulando la oscuridad de la tormenta, o en un patio azul que se ha vuelto repentinamente verde y que hay que atravesar para llegar hasta la calle. Esas garritas que se prenden al cuerpo, que no levantan la cabeza para mirar al cielo, y que pueden sumirnos en la muerte de una manera simple. Por el color: el cuerpo verde, todo verde.

A la enfermera le correspondió esa muerte. Ella descansaba bajo vigilancia. El vengador fue

sutil. En una habitación de arriba reprodujo el cuerpo en la misma posición del de la mujer que estaba abajo. Luego taladró el dibujo por los ojos, y por esas órbitas perforadas entraron primero las gotas de ácido nítrico y después esas remisas langostas que salían de un frasco. La ley se encontró más tarde con una bella calavera.

Con una faca en la mano esas nueve sombras inclinadas sobre la durmiente reprodujeron una vez más la escena del calvario. Y Judas con sus monedas y Pilato con sus manos estaban ahí para revivir el sacrificio del cordero. Era la hora en que el primogénito debía morir y el órgano tocaría hasta el amanecer para acompañar su muerte. Sin embargo, esta vez el victimario quiso mostrar la cara. Delante del padre del primogénito se quitó la máscara.

El inocente yacía en una mesa de operaciones. El tiempo y el ácido amenazaban su cara. Había fijado un plazo de minutos para que la eternidad disolviera en un instante esa carne. El vengador se acercó lentamente al padre y le mostró una radiografía del pecho de la víctima. Una llave aparecía junto al corazón. Era la misma con la que podían abrirse las ligaduras que lo sujetaban a la camilla. Debía operar. Era la misma oportunidad que había tenido la mujer muerta, la esposa del vengador.

Operó y extrajo la llave un segundo antes de que la gota fatal disolviera la carne. El asesino estaba en su tocador. Con la llegada de la ley, fue su ayudante quien sufrió el castigo del áci-

do mortal. Antes había destruido con un hacha toda la utilería. Orquestas, decorados rococós, espejos que reflejaban muñecas mecánicas. El vengador entró en la eternidad. En la cámara mortuoria lo esperaba el cadáver intacto de su mujer. "Quedaré para siempre en el sueño de los hombres", fueron sus últimas palabras.

Cuando la ley llegó hasta el cristal nupcial adornado por un sol que iluminaba el camino a las tinieblas, no vaciló en decir en otra lengua: *trevas*, la última de las plagas.

Las trevas podían estar en cualquier parte. Refiriéndose al río había dicho Marlow: "Es uno de los lugares más oscuros de la tierra". Las trevas pueden acechar también en un blanco camino de mármol, en un inesperado trueque de gallinas negras, en una partida de naipes, tiñendo una pechera blanca. Tal vez el lugar donde a Cigorraga lo había sorprendido la muerte en forma de una rosa roja. Cuando una trampa de juego se convirtió infelizmente en un abanico de cartas dispersas que, al azar, dibujaban sobre el suelo una extraña figura donde los ojos de los jugadores buscaban adivinar qué les iba a deparar la suerte. Para mí quizás algo más sencillo, una simple cena que incluía como plato de la noche pollo con arroz.

La letra más bella de San Petersburgo se detuvo. No por la nieve tenue, sin embargo fatal,

sino porque el corazón del joven copista estalló y no por amor, sino por la condenada alma rusa.

Estos pensamientos me obsesionan y me envuelven en ensueños. Sabía desde el comienzo del relato, *Corazón débil*, que Vasia habría de terminar en el hospicio. Cada uno de sus pequeños actos miserables lo iban conduciendo a la ruina moral y el alma rusa no sabe del perdón.

No obstante, quiero conversar con alguien acerca del asunto. Es notorio que el autor busca en determinados momentos que ambos amigos se confundan uno con el otro, pero yo sé que hay algo más. Lo primero que se me ocurre es que una enfermedad del alma lleva a la locura, pero no a la muerte como sucede en otros relatos del corazón. Tampoco aparecen aves y no se podría insinuar que esa pluma seca detenida ya por la eternidad, incapaz de agregar una letra, pudiera ser tomada como símbolo.

Sin duda, Vasia poseía una sensibilidad nerviosa digna del alma rusa, proclive al llanto y a la emoción fácil. El otro copista, Arkadii, no era muy diferente. Cuando se abrazaban tiernamente —en arrebatos en que el amor se confundía con el lirismo— no se podría decir quién era quién. Sin embargo, había un rasgo que los diferenciaba netamente: la letra. No había una letra en todo San Petersburgo que se pudiera igualar a la de Vasia. No creo que eso provocara celos en Arkadii pero es un detalle que no debo descuidar si quiero averiguar qué enloqueció el alma de Vasia.

Envuelto en esos pensamientos caía la noche y en la ciudad toda la inabarcable capa de nieve muerta del Neva refulgía herida por los postreros rayos del sol. Me detengo un instante en la frase y pienso: No te dejes tentar, una vez más el alma rusa te ha tendido una trampa para que caigas en ella.

Busco al morador para conversar con él. No lo he vuetlo a ver desde la escena de los gansos. Pienso, el lago es mi estepa blanca. A veces creí verlo rondar y pensé que me evitaba eligiendo incluso las avenidas poco iluminadas cuando se daba cuenta de mi presencia.

Hay algo oscuro en mí que lo atrae y lo asusta al mismo tiempo. Conozco su punto débil: la curiosidad. Me di cuenta por un detalle: él me preguntó mi nombre mientras que yo ignoraba el suyo. Sé que siempre se encuentra rondando el lago y recuerdo su cara fáunica con esos ojos claros que le iluminan la frente y su risa que, atravesando el espejo del lago, llega hasta los lugares más recónditos.

A pesar del calor siempre lleva un pañuelo anudado al cuello. Sin duda tiene gusto para elegirlos. Se confunden con la carne, para hacerla resaltar o para disimularla discretamente. Es lo único que cuida de su atuendo. Con singular alegría se entera de su vicio cada vez que por las mañanas abre en el diario la sección de juegos de azar. Ningún malestar se observa en su cara, tampoco resignación; no, es una frialdad extraña que no llega al desencanto: dudo de que le

importen esos números, esos animales en las páginas de los diarios. Simplemente se trata de una costumbre.

Pero de él tomé ese hábito de leer los diarios por las mañanas como si yo también buscara algo. Sin embargo, sé que lleva una vida desordenada y que su alma esconde algún secreto. Me di cuenta un día que me mostró una foto suya donde aparecía con uno de esos pañuelos alrededor del cuello. Nunca vi tal expresión de sufrimiento en un rostro y pensé que ese pañuelo podía convertirse en su propia mortaja. Buscar lentamente su cuello y enroscarse en torno a él hasta asfixiarlo.

A veces solía pasearse acompañado de una mujer, pero ésta había desaparecido. En esas situaciones los contemplaba desde lejos. El solía hacer muchos ademanes, parecía que discutían. Un día cenaban en el restaurante del lago. Los escuché desde una mesa cercana. Me sorprendió que el hombre fuera tan galante con esa mujer sumergida en la indiferencia. Su mirada estaba siempre como perdida, no románticamente en la contemplación del mar, sino perdida como la de una muñeca sin vida. Pensé que esa carne muerta pero bella era capaz de atraer a cualquier hombre. Todos pretenderían arrancarle un secreto, una confidencia, alguna historia de amor. Nadie podría pensar que no había nada detrás de esa mirada.

Esta vez lo encuentro solo contemplando cómo sacan la basura del lago. Minuciosamente,

uno tras otro, los hombres recogen papelito por papelito. Pienso que él ha tenido la idea de calcular el tiempo que tardarían en hacer esa limpieza. Decido confirmarlo, por otra parte lo he ido a buscar: "Apostemos una cerveza a que antes de una hora no llegan ni a la mitad del lago". Se da vuelta sorprendido. Pero se alegra de verme y me responde con cierta ironía como haciéndome entender que no soy indiferente al juego:

—¿Usted todavía tiene algo que apostar?

Sus palabras me hieren. El sabe de mi mal y se burla. Entonces pienso en despertar su curiosidad y le menciono las estadísticas del corazón y la velocidad. Sé que él también tiene cierta debilidad con las enfermedades del cuerpo.

—Carnaval, puro carnaval —responde—. En este lugar todo es utilería. Nadie se muere de esa manera. ¿Cree que es tan fácil morirse? No, usted va a seguir arrastrando su latir portátil unos cuantos años.

Siento el alma rebosante y el corazón lleno de dicha. Quiero confundirme en un abrazo fraternal y demostrarle mi eterno agradecimiento. Las palabras del hombre me reconfortan. No soy digno de ellas por pensar que a él sólo le interesa el azar. Entonces también él tiene corazón a pesar de su tono irónico. Me presagia una larga vida. Es tanta la emoción que me embarga que pienso en inclinarme ante él o besar sus manos. Finalmente, le pregunto:

—¿Está totalmente seguro de lo que dice, quie-

ro decir, lo que dijo lo afirma científicamente?

—Hermanito, quién puede hoy afirmar algo científicamente. Son puras hipótesis. Lo importante es creer. Usted es débil, pero no de corazón sino de alma. No cree en nada. A mí la superstición me hace creer en la suerte. Evito ciertos encuentros, elijo ciertos caminos. No estoy tentando a la fatalidad a cada momento.

Pienso que se burla de mí. El sabe de la nieve, él conoce las desdichas del copista. Si no, por qué ese diminutivo. Nunca hubo tanta confianza entre nosotros, ni siquiera amistad. Sólo encuentros ocasionales. Entonces cómo se le ocurre hablar de la debilidad del alma. O acaso ese demonio fáunico adivina mis pensamientos. Se acerca a mí y me pone la mano sobre la frente. No se puede decir que sea un ademán de plegaria o religioso.

—¿Qué le sucede, tiene fiebre? Debería tomar un poco de té, descansar un rato. ¿Sabe una cosa? Usted piensa demasiado. Cálmese, va a poder cumplir con lo que se propuso.

Siento que ese hombre sabe demasiadas cosas. Que mi destino es un juguete entre sus manos. Por qué, si no, sugerirme que tome una taza de té. Si aquí no hay nieve sino un sol que lentamente disuelve los cuerpos. Decido ir directamente al asunto sin demoras ni pretextos, y le pregunto con violencia:

—¿Qué es lo que sabe?

—Sé que está desesperado y eso me desconcierta. Su palidez y cierto brillo en sus ojos me

preocupan. Usted es un alma sensible. Su constitución exageradamente nerviosa lo lleva a imaginarse demasiadas cosas. Se ha propuesto algo determinado, y si no lo hace se atormenta. No debe pensar así. La cosa no tiene tanta importancia. Aunque no esté de acuerdo, lo entiendo.

Siento que la emoción y la gratitud me envuelven y que es el momento justo para abrir mi corazón a ese hombre. Más sereno, y cambiando de tema le pregunto:

—¿Ha leído *Corazón débil*? Es una novela rusa. Es parte del estudio que me he propuesto.

Esta vez es él quien se desconcierta. No le gusta ser sorprendido en aquello que define vagamente como el arte. Algo semejante ocurrió cuando le pregunté si había leído "Corazón sencillo". No me respondió y desvió la conversación. No volví a mencionar el cuento porque ya había elaborado mi propia tesis y no necesitaba su ayuda. Pero ahora estoy perdido.

Sólo una idea me guía. Ese hombre, Vasia, no había enloquecido por una enfermedad del órgano, sino que algo había destruido su alma. Repaso una y otra vez el relato y no logro saber qué es. Sospecho una debilidad moral pero no puedo precisar cuál. Es fácil pensar que se trataba de una historia de amor, que Vasia había perdido su corazón por ella. Pero estoy seguro de que hay algo oscuro en eso y que se trata de otra cosa. Este pensamiento me despierta en mitad de la noche envuelto en sudores fríos y me sorprendo hablando en voz alta. Alarmado, de-

cido dibujar en un papel que pego en la pared los nombres de los tres personajes principales: Vasia, Arkadii, Lisenka y los junto en un corazón. De allí parten flechas que apuntan a otros nombres, el del protector, del cual Vasia era empleado, y el de la madre y el hermano de Lisenka. Largas horas observo este papel, estudio sus posibles combinaciones tanto desde el punto de vista sentimental como del azar pero no descuido los acontecimientos. Este papel se ha convertido en parte de mi vida, y a veces interrumpo bruscamente una conversación para volver a la casa y anotar un nuevo detalle que se me ha ocurrido.

La voz del morador me arranca de las cavilaciones en que me encuentro sumido.

—¿Por qué yo habría de leer ese libro, señor Flores? Las novelas rusas siempre me han parecido de un exceso de dramatismo. Lo que uno busca ahí ya está en Shakespeare y siempre he preferido la teatralidad a esos dramas de mal gusto.

No pienso entablar con él una discusión estética. Creo que está equivocado y podría exponerle cierta teoría acerca de la novela, pero mis intereses son otros. Prefiero dejarlo para otra oportunidad y le doy el ejemplar del libro que llevo conmigo; yo podría recitarlo de memoria. Le digo:

—Me gustaría saber por qué se extravía el alma del pobre Vasia, por qué enloquece.

—Mire Flores —responde solemne—, mañana

nos encontraremos aquí a la misma hora y conversaremos sobre el libro. Es una novela breve y para mañana podré tener una opinión formada al respecto. Hasta entonces.

Quiero agradecerle, pero temo que esté un poco ofendido porque no he contestado a sus observaciones sobre la novela rusa. Sé que el tiempo transcurre despiadadamente, me inquieta no poder llegar al final de lo que me propongo. He fracasado. No sé quién es ese hombre. No he podido relatar su historia. No sé por qué donó su corazón. Me encuentro estancado, sin saber para dónde ir. Necesito sacar mis conclusiones. Gansos, aves, vísceras, corazones, algo animal se ordena alrededor de eso.

Sin embargo, *Corazón débil* no entra en mis cálculos. Observo dos hechos trascendentales en el relato; uno es la compra del sombrero para obsequiar a Lisenka que Vasia y Arkadii adquirieron juntos. Los jóvenes discuten acerca de las delicias del sombrero, aunque Arkadii poco podía opinar desconociendo el rostro de la mujer. Aquí comenzaron ciertos recelos en la noble alma de Arkadii, quien ya se había manifestado enamorado de Lisenka, y comenzó a atormentar a Vasia con el trabajo de copia que debía entregar a su protector, para lo cual tenía un plazo.

Desde que se había enamorado, Vasia parecía haber olvidado su arte. Los días transcurrían implacablemente y la pluma seguía detenida, la bella letra de Vasia no daba sus frutos. ¿Sólo porque estaba enamorado? ¿Qué era lo que im-

pedía a esa mano tomar la pluma, que su corazón latiera solamente por Lisenka? Entonces Arkadii, apoyándose en la amistad, torturaba al pobre Vasia y le recordaba el plazo que no iba a poder cumplir, humillándolo hasta el punto de ofrecerle su ayuda, cuando se sabía que se trataba de letras diferentes. ¿Sería la insistencia de Arkadii lo que sumía a Vasia cada vez más en la locura? Por fin, ¿sería el primero quien se quedaría con la joven?

Pero no, Arkadii quería de veras a Vasia, como lo demostraba la conclusión del relato. No, se trata en verdad de otra cosa y creo saber qué es. Cuando el hermano de Lisenka entregó a Vasia —el día de Año Nuevo— el ciervo bordado en oro como regalo de su hermana, junto con éste había un ricito negro envuelto en papel que pertenecía a Lisenka. En el momento en que Vasia está ya perdido en la locura se lo da a Arkadii. Cuando arrancan los caballos y el coche parte para siempre llevando a Vasia a su ensueño de cristal, Arkadii sólo puede derramar lágrimas porque no comprende qué significa el papel que envuelve esos rizos.

Al pasar por el Neva, detúvose un momento y lanzó una mirada penetrante al río, a la humosa y brumosa lejanía teñida de rojo por los últimos rayos del purpúreo y sangriento sol de la tarde. ¿Habrá acaso pensado en arrojar el envoltorio al río? ¿Fueron los cabellos de Lisenka los que enloquecieron a Vasia?

Quizás también un exceso de responsabilidad

al no poder hacer su trabajo a tiempo porque en un momento dado piensa hablar con su protector y contarle su dificultad. Contarle también su historia de amor. Pero no lo hace. ¿Y entonces por qué ese dulce recuerdo de amor se habría convertido en algo fatal?

Me desvelo, espero el encuentro del día siguiente con ansiedad. Debo contar al morador cuál es mi idea. Durante la noche tacho en el papel lo del ricito negro. Me parece excesivo. Pienso que el alma rusa, humillada por no haber cumplido la promesa, se había extraviado. Pero los extravíos de Vasia habían comenzado antes y había algo allí que había impedido al copista llevar a cabo su trabajo.

Me encuentro en el lago, ya puedo decir con mi amigo, y la conversación se demora en comentarios sobre el tiempo. Insiste en interrogarme sobre la fiebre, pregunta sobre lo que llama mis accesos de entusiasmo, no se atreve sin duda a llamarlos estados de exaltación mística.

Trato de volver al tema. Me muestro firme en mis convicciones. Trato de disimular el punto flojo de mi argumentación. Le expongo mis ideas acerca de por qué el alma de Vasia se había extraviado y por qué se trataba del alma y no del corazón.

Me deja hablar sin interrumpirme. Sus ojos claros se pierden en el lago como buscando una respuesta. Los gansos viven aún y realizan su moroso paseo desde las manos que les dan de comer hasta su improvisado refugio. No sé si

tiene una idea al respecto o bien evita el tema principal para mantener silencio sobre lo que nos interesa.

Sin embargo, comienza a hablar, no sin antes quitarse el pañuelo y pasarlo por su frente. Todo es tan agobiador que su voz me resulta extraña y no es la nieve la que nos derrite sino un sol que parece que no se va a ocultar nunca.

—Es sencillo lo que le sucedió a Vasia. Su desesperación le impidió darse cuenta. Fue lo que tenía que copiar lo que lo extravió. Había ahí algo oscuro, tal vez monstruoso. Nunca sabremos de qué se trataba, tal vez una historia de amor, tal vez algo que involucraba a la misma Lisenka. Recuerde que eran papeles privados de su protector y éste no sabía con quién se iba a casar Vasia. O tal vez una historia de delación, o esas historias burocráticas de oscuros empleados públicos donde en una jerarquía se juega toda una vida. Vaya a saber, Flores, lo que realmente era. Lo cierto es que usted lo tenía delante de los ojos y no se dio cuenta. Así dicen de los gansos, que son torpes, pero porque son ciegos. Pero ¿no es verdad que a pesar de eso tienen cierta dignidad?

No sé qué responderle, pienso que ha acertado en el corazón. Lo saludo y me marcho.

En mi habitación trato de idear un plan para vulnerarlo. Lo sé susceptible y debo aprovecharme de mi descubrimiento. Me encontraría con él para leerle mis notas. Le daría a entender que hablaba de él.

A la mañana siguiente cuando nos encontramos le sugiero que escuche mi relato. Para tentarlo dejo caer alguna palabra sobre un pañuelo de seda que se enreda alrededor del propio cuello.

Me doy cuenta de que he dado en el blanco. Sin embargo, se niega a escucharme, esgrime una excusa y se aleja. Ahora realmente no sé qué hacer, debo dejar que transcurra un cierto tiempo y en el próximo encuentro tratar de que escuche el relato.

Viajamos en remise. Las damas prefieren evitar los micros de excursión. Por ciertas amistades con los acólitos del culto Los Peregrinos de la Luz hemos concretado una entrevista con el adivino. Las mujeres lo llaman curandero. Algunos días después acceden a acompañarme, pero no a entrar en esa casa no santa. El tiempo lo ocupan en recorrer el pueblo y visitar la iglesia, donde rezan una oración por mi alma que está cometiendo semejante pecado.

Por cortesía entro con ellas hasta el agua bendita. Lo primero que encuentran mis ojos es la imagen de un santo que con sus dos manos muestra su pecho desgarrado por Jesús. El hombre extasiado le entrega su corazón, además de su alma. Dejo a las magdalenas en sus contemplaciones y tomo un mateo para que me lleve hasta la casa del adivino.

Temo que esté sumida en las tinieblas. Me parece percibir un aroma de flores. Recuerdo aquella otra casa en que las persianas se cerraban solas, esa habitación clausurada para siempre y donde, sin embargo, la cadena del baño se tiraba sola. O era una mano extraña la que por las tardes puntualmente a la misma hora hacía descender las aguas del infierno. Una vez, dos, hasta que pasados quince minutos, volvía a oírse el ruido, una vez, dos veces. Nunca cesaba de oírse y aunque el miedo me paralizaba no podía dejar de esperar.

El viaje es lento. El hombre no hace preguntas. Sabe adónde va. Sabe adónde voy. Un camino de polvo. Repentinamente el cochero sale de su mutismo y me pregunta: "¿Viene usted por algún familiar?"

—Vengo por mi enfermedad.

—El no es un embustero. He visto que muchos regresan curados. Otros vuelven desesperados. No sé qué esperan. Es un hombre santo, no come carne animal. Eso sí, no se sabe qué hace con el dinero. Vive modestamente. Más de uno quisiera robarle pero temen las consecuencias.

No bien termina de hablar el hombre inclina la cara. Su mirada se dirige a uno de los costados del camino y escupe hacia la tierra. Después, como alejando de sí algún pensamiento blasfemo vuelve a repetir: "Es un santo".

El cochero, que parece ser hombre de confianza de la casa, me hace entrar en ella. Saluda

con respeto y con un gesto me hace señas de que me espera en el mateo. Por el horario y por el carácter reservado de la visita, ya que no se ve gente esperando, pienso que Los Peregrinos de la Luz tienen algún poder sobre el hermano, tal como ellos lo llaman.

Sólo cuando me quedo a solas con el hombre me doy cuenta de que no sé por qué he venido. Si por mi corazón, si por el de Cigorraga. Después de un instante de silencio me atrevo a susurrar el motivo de mi consulta:

—Vengo porque tengo un corazón enfermo.

—¿Padece de un mal al corazón?

—No precisamente, el que tengo es un corazón que funciona saludablemente.

—¿Entonces?

—Lo que sucede es que es el corazón de otro hombre. El me lo donó antes de morir. Soy un transplantado y pienso que ese hombre tenía algún pecado que pagar. En su vida debe haber algo horrible y no puedo averiguar de qué se trata. Es un presentimiento. Algo que me impide respirar. Sabe, es como si llevara dentro de mí un extraño animal que me ahoga. Desde que lo tengo no encuentro sosiego.

—¿Y qué pecado pudo cometer?

—No sé, tal vez haya sido un jugador, un pequero. O uno de esos que por las noches mata sigilosamente.

—¿Por qué habría de ser alguna de esas cosas? En este mundo, quién está libre de pecado. Quién no tiene en su vida algo oscuro que ocul-

tar. Aunque nada tengo que ver con esas cosas. Sólo me ocupo del destino, de la suerte.

—Sí, es verdad que siempre se tiene alguna mancha. Pero yo soy un hombre de honor. De hecho conservo mis amistades de juventud. Aún recibo cartas, postales. Le repito, soy una persona honorable.

—Lo sé, lo sé, señor Flores.

Oír mi nombre en esos labios me produce cierta inquietud. Es lógico que sepa quién ha ido a visitarlo, seguramente Los Peregrinos de la Luz le han dado mi nombre. Pero esa voz y mi nombre en su boca quién sabe a qué regiones puede arrastrarme. Me acerco al santo y le digo:

—Quiero que escuche mi corazón, mis latidos.

—¿Para qué? Sería demasiado bestial. Prefiero sus manos.

Este hombre me desconcierta. Pienso en los gansos nadando en el estanque. Me parece que este santo tiene cara de pájaro. Que sus manos son garras y que si le diera las mías quedarían para siempre presas de las suyas. Esta vez me interrumpe con una pregunta.

—¿Quién puede haberle hecho semejante mal?

—No sé, una mujer, tal vez dos. Las magdalenas, que viven conmigo. Hace años que desaparecieron todas mis fotografías. ¿Cree en los alfileres que a través de las fotos atraviesan la carne? Si estuviera muerto rezarían por mí. Aunque siempre rezan. Ahora mismo lo están haciendo en la iglesia de este pueblo. Para librarme del mal, el mal de haber venido a verlo a usted.

Me interrumpo, me agito, siento que mi corazón late apresuradamente. El parece adivinar mi pensamiento.

—¿Por qué está siempre con el corazón en la boca?

—No sé lo que quiere sugerirme, pero yo nunca como vísceras.

—¿Tal vez sólo corazoncitos de azúcar?

—Usted se burla de mí.

—No, señor Flores, busco la intimidad necesaria para que usted entre en confianza. Así, cuando me entregue sus manos todas las nubes se habrán disipado. Usted sabe, habitualmente transpiran y mi ayudante las tiene que secar con una toalla. Pero dígame, ¿cómo murió ese hombre?

—No sé, una vida oscura. Sólo podría decirle: la muerte dudosa de un funcionario público. Lo enterraron pronto y los familiares se marcharon al extranjero. Quizá nunca significó demasiado para ellos.

—¿Cree usted en la reencarnación?

—Yo no, pero las mujeres de la familia sí. Esas mujeres vestidas de negro atraviesan siempre un camino de huesos. Pero no he venido a hablar de eso. Quiero que apoye su mano santa en este corazón y pueda decirme algo de lo que me aguarda, quiero saber si llegaré a encontrar lo que busco.

—Señor Flores, vuelvo a repetirle que sólo leo las manos. Tal vez pueda decirle si las agujas que entran por el cuerpo van a parar al cora-

zón. Si debe cuidarse de esos aceros diminutos. ¿Acaso no los ha visto brillar en la oscuridad de la noche? Siempre aparecen donde menos se los espera. Pero deme sus manos y le diré lo que vea en ellas.

Abandono esos animales muertos en sus manos. Quisiera que no me pertenecieran pero sé que quizás ahí esté el secreto de lo que busco. Me parece que él las sostiene entre las suyas. Pero también tengo la sensación de que estuviera pesándolas, por lo que pudieran haber cometido.

—Señor Flores, usted dijo "un mal", ¿no es cierto? Lo que mis ojos palpan en ese camino de piel es una mujer que camina hacia algún lado para hacer un mal. No le puedo ver el rostro porque me da la espalda. Marcha lentamente. Es extraño porque el suelo está muy blanco, como si hubiera pétalos o nieve, y después al alzar los ojos la figura de la mujer se pierde en la niebla, o en las tinieblas porque hay algo oscuro en ella. A su lado habrá un hecho de sangre. Ahora vagamente diviso la forma borrosa de un hombre, tal vez un marinero. Ese hombre tiene las manos llenas de sangre. Hay una palabra escrita en sus manos. Sólo puedo deletrearla: darkness.

Después de decir estas palabras arranca los animales de sus manos y los arroja lejos. Entra un hombre y él sumerge las manos en aguas santas. Se las lavan porque él todavía permanece con los ojos cerrados. En trance. Sin agregar

una palabra me hace una seña de que todo ha terminado. Después se marcha tras una cortina oscura. Saco de mi bolsillo un papel y anoto esa palabra: darkness. Estrujo entre mis manos el papel y lo arrojo al suelo tratando de que caiga en un lugar en que el hombre que acaba de lavarle las manos pueda verlo. Cae cerca de sus pies. Con indiferencia le da un puntapié. Sin duda se queda tranquilo. Me marcho.

El viaje de regreso hasta la iglesia resulta más lento que el de ida. El cochero no pregunta nada. De pronto, los caballos se encabritan. Me tranquiliza: "No se alarme, siempre sucede lo mismo cuando pasamos por el cementerio".

Recuerdo una frase de las magdalenas: "A los no bautizados, a los que no son cristianos, cuando hablan les salen sapos por la boca. Usted tiene boca de cuajo". Miro cómo el camino se cubre de una hierba viviente. Piedras musgosas pero móviles. El caballo se espanta pero avanza sus cascos sobre las formas verdosas. Recuerdo el pez plateado que flotaba muerto en el estanque y la banda de renacuajos que lo remolcaba para comerlo a solas. Entonces no eran gansos, sino sapos los que salían cada vez que abría la boca.

Las verónicas están en la puerta de la iglesia esperándome. Con una sonrisa.

Hoy supe que no voy a morir aquí, en la arena ardiente. Una vez más atravieso el río pantanoso para dirigirme al mar. Un cuerpo negro con ropas de color me cruza en un barco pequeño. Ropas tejidas con lana. Una malla, una red de colores. Otra vez el camino bajo el sol.

Sobre la avenida que bordea al mar comienzan a aparecer los carros abandonados. A la luz del día las fantasías de la noche adquieren una tonalidad grotesca. Sin las plumas vivientes, sin las cintas doradas, lentamente se corrompen enormes peces, gigantescos pájaros. Cuando comience la bruma, cuando el batir de los tambores haya cesado, la ciudad será otra, se sumergirá en la niebla.

Cómo supe que no iba a morir aquí. Muy sencillo, hoy apareció flotando en las aguas del estanque un ganso muerto. Se oían gritos de mujer y la gente bajó de los edificios para acercarse al lago. Nadie se animaba a tocarlo, ni siquiera el guardián que diariamente se mete en el agua para sacar la basura.

Eran tres, siempre marchaban juntos. Uno detrás del otro. Levantaban los cuellos hacia el cielo y graznaban. Tenían su isla, su pequeña isla que llevaba su nombre.

Al fin, llegó el síndico, extraño nombre. El hombre trajo de la piscina una red sostenida por un largo palo. Con decisión entró en el agua. Caminó unos metros hasta que con habilidad encestó al ave. Con demasiada habilidad; diría que una habilidad sospechosa.

Imagino manchas de sangre en la nieve. Los últimos pasos antes de entrar al agua. Sin embargo, no había huellas. El muñeco de nieve, una sutil invitación a comer pororó. La nieve era tenue, algodón que se esparcía por el aire. No la muerte fría, sino la muerte tropical.

Se me ocurre que el ganso ha muerto de inanición. Aunque por las noches se acercaba a las manos que le daban de comer el tiempo justo para saciar su hambre y después con dignidad regresar a la isla.

Me acerco al síndico y le digo que es necesario averiguar por qué el ave ha aparecido muerta. Supone que estoy preocupado por las aguas infectadas, por las fiebres del río y trata de calmarme diciendo que hará desagotar el estanque. Lo miro con indignación y me alejo. Recuerdo los bluejeans tendidos al borde del camino. Estaban de espaldas. La muerte los había sorprendido al querer cruzar. Lo único veloz en este lugar es la muerte en la carretera. Una exhalación que se lleva la vida. Una mujer inclinada sobre un bulto que cubren las sombras se lleva las manos a la cara con desesperación.

El largo camino hacia la costa me turba. Sobre todo al encontrar cerrado el parque de diversiones. En la semioscuridad, las máquinas de hierro adquieren formas extrañas. Un paisaje lunar. Un cementerio de animales automáticos.

Regreso. En la avenida me encuentro con las mujeres. Cruzamos. Se oyen sirenas. Esta vez los coches se detienen. Los cazamoscas agitan

sus alas doradas. Otro coche pasa velozmente y se ríe de aquellos que arriesgan la vida por cruzar. Una risa de calaveras.

Llegamos al gladiolo. El jazmín, la gardenia, el geranio, cada edificio lleva el nombre de una flor. En el espejo del ascensor hay una lista de recomendaciones para que se eviten los actos vandálicos de algunos moradores. Pasos mojando finas alfombras. Cuerpos de servicio entrando por puertas prohibidas. Pienso que podría exigir que colocaran una nota acerca de la repentina muerte del ganso.

Bien pueden haberlo matado por envenenamiento. Conozco un hombre que compró un departamento en este lugar porque vio las aves en ciertos folletos que las exhibían. El estanque era un espejo reluciente, los gansos parecían pintados y al nadar se demoraban lentamente en el crepúsculo como si en cada movimiento se abandonaran en vagas inquietudes. Parece que después el hombre se molestó por los graznidos matinales que a veces, en la madrugada, interrumpían sus sueños con extravagantes figuras. Sí, él podía haber sido quien lo hubiera matado. Tal vez alguien lo había visto merodeando el lago, llevando un fino lazo de seda entre las manos; bien podía haber sido esa mujer que, lánguidamente, arrojaba guirnaldas sobre el cuerpo ahogado. También podían haber sido las magdalenas. Sabían que eso me haría partir de inmediato; sin duda ése no será mi destino.

No puedo quedarme un segundo más en este

lugar. Estas aguas pantanosas no se quedarán con mi cuerpo. No tendré una muerte de plumas pudriéndose lentamente en el estanque.

Partimos esa misma noche. Sin embargo, insisto. Quiero llevarme algún recuerdo. Mis manos acarician aves de cristal, de piedra de jabón. Ellas sonríen y me dicen: "¿Un souvenir?". Me suena parecido a *bijouterie* y evoco delicadas manos femeninas recorriendo joyas aburridamente. Se me ocurre que necesito un *nécessaire.* No sé bien lo que es, lo recuerdo de manera vaga. Pienso en brillantes uñas pintadas en cuerpos quemados.

Subimos al avión. Durante el viaje sueño que estoy en un museo. Alguien me da el plano de una ciudad antigua. A medida que mis dedos recorren el mapa, lo que toco se convierte en ceniza. Me despierto porque algo me roza la cara. Un tripulante me pide disculpas, su pata de conejo, su piel de la suerte me ha despertado. Me acuerdo del adivino, quizá algún día pueda volver a visitarlo.

Un hecho cambia el orden de los acontecimientos. Una noticia. Me he acostumbrado a leer el diario y es una manera de estar junto al morador del lago a pesar de haberme despedido de él. Ahora ciertos nombres de animales suenan de manera distinta para mí. Estudio sus *pedigrees,* sigo sus performances, elijo al azar nombres que

puedan ganar las competencias y después miro para comprobar si acerté. Siempre pienso que un día me decidiré y llegaré hasta la arena.

Fue en uno de esos días cuando leí la noticia de la muerte del señor Wilcock. Hasta ese momento desconocía quién era. Fue su manera de morir lo que me sorprendió. Fue en Roma, murió rodeado de libros sobre el corazón y en sus últimos días se refugió para investigar por su propia cuenta.

No recuerdo el nombre de todos los libros que publicó. Sé que uno se llama *Caos* y reúne varios cuentos. Recuerdo ese título porque la noticia agregaba que la muerte lo había sorprendido leyendo, y los libros habían quedado dispersos por el suelo. Se trataba de un escritor que había publicado una extensa obra y se había destacado como traductor. En el momento de su muerte ponía punto final a la traducción de una obra de J. Joyce, recuerdo que me extrañó porque llevaba dos títulos: *Obra en curso* o *Finnegans Wake.* La noticia me impresionó de tal forma que recorté el artículo y lo guardé en mi escritorio. Hace días que no puedo dejar de pensar en ese suceso y entonces me doy a la tarea de buscar todos los libros de este señor. Los consigo y me tranquilizo. Sin embargo, no puedo abrirlos. Ahí están, como un cofre sellado, puestos en la biblioteca. Todos los días pienso en comenzar la lectura pero me siento como profanando un secreto.

Abandono también la investigación de los li-

bros sobre el corazón. Sólo vuelvo a leer *El corazón de las tinieblas,* pero ya por el placer de disfrutar de los libros de aventuras, cosa por la que siempre he sentido gran afición. Con sorpresa descubrí el título en inglés, *Heart of Darkness.* Las palabras del adivino retornan. Las tinieblas, las trevas.

Después de este suceso logro cierta paz para mi alma. Vuelvo al cementerio a visitar la tumba de Cigorraga. No me importa encontrarla abandonada y sin flores. Me quedo un rato en silencio como devolviendo la tranquilidad al alma del difunto de la que me he ocupado durante tanto tiempo. Ya no necesito saber nada de él. Sin embargo, sigo tomando notas de los acontecimientos en una pequeña libreta. No he podido abandonar esa costumbre.

Siento que la pesadilla ha terminado y que un velo de quietud se tiende sobre aquella historia. Hasta tal punto que, en ese lugar poblado de árboles, puedo oír el graznido de las aves y sin embargo, no experimento emoción alguna.

DARKNESS

Lo primero que atrae la atención al llegar a la casa es el aroma de los eucaliptos. Un olor penetrante que hace que uno se sienta en otro mundo. Es cierto que está en las afueras, en Paso del Rey. Aquí me citó el Rubio. Debo esperarlo hasta mañana. Como es mi costumbre, viajo acompañado por la dama española.

Frente a la puerta me recibe una mujer vestida de negro. Antes de llegar a la casa atravesamos un galpón. Una fábrica de escobas. Me doy cuenta de que ese olor tan particular es de eucalipto mezclado con azufre. En el lugar hay tres hombres trabajando. Detienen su tarea y me saludan.

La pieza que me han reservado es la de la viuda, ella misma me acompaña. Una gran cama con respaldar de bronce recién lustrado. Hacia el fondo un retrato y unas velas encendidas. Ella observa mi sorpresa: "Es por una noche". Sí, por una noche, respondo, y me quedo mirándola. No sé qué hacer con las velas. De nuevo, la mujer se me adelanta: "Deben permanecer encendidas. Así es desde que murió mi marido. Es el único lugar de la casa donde se permite el fue-

go. Señor Soler, aquí todo puede arder en cualquier momento". Asiento con un movimiento de cabeza. Se da cuenta de que quiero quedarme a solas.

La dama española permanece abandonada sobre la almohada. Por una noche, pienso, sólo por una noche. Las velas deben permanecer encendidas. Temo que puedan arder los vestidos de la dama, sus volados, sus lunares. Dejo mi bolso y salgo a recorrer la casa. Quiero saber dónde voy a pasar la noche. Azufre, fuego, el infierno. Lo que me inquieta es el piar de los pájaros. Los eucaliptos están cargados de ellos.

En el mismo momento aparece la mujer con una linterna en la mano. Me la ofrece: "Llévela con usted. Aquí oscurece en cualquier momento. Sucede de repente. Se dará cuenta cuando ya no oiga el piar de los pájaros. No conoce la casa y podría perderse. Debe tener cuidado con el pozo ciego. De noche es peligroso. Está cerca del molino, recuerde, cerca del molino".

Deja la linterna entre mis manos y se marcha. A lo lejos veo las aspas del molino abandonado cubierto de nidos de pájaros. Algo extraño me confunde: además de los pájaros hay un ruido que no puedo ubicar con claridad. Sigo caminando hacia esa especie de susurro insistente y encuentro un palomar. Un camino de pieles lo rodea. Pieles de gato carneadas. Puestas a secar al sol, una al lado de la otra. Los colores se mezclan, blanco o rojizo, quizá blanco o amarillento. Al observarlos me doy cuenta de que lo

más importante no son los colores sino las rayas. Petrificado pero al mismo tiempo atraído, camino hacia esas pieles, quiero saber si son verdaderas. Toco una de ellas, una piel de albañal de colores mezclados. Piel de gato.

Una presencia me interrumpe. Es uno de los hombres que estaba en el galpón. Lleva en los hombros un gran fardo de paja. Al acercarse el olor a azufre se hace más penetrante. Me dice de la manera más natural: "Están ahí para escarmentar a los otros. A todos los que quieran acercarse a las palomas".

Por primera vez reparo en ellas. Me doy cuenta de que camino sobre maíz. Los maíces colgantes se mueven lentamente, algunas plumas vuelan desde los buches. Recuerdo un casal de mensajeras. Encerrarlas en una caja oscura, después soltarlas y esperar a que regresen. Reconocerlas por el anillo. El hombre vuelve a hablar: "Están adiestradas. Pueden llevar cualquier mensaje".

Dice esto y se marcha. No sé si seguir adelante. Si llegar hasta el molino. Si visitar un gallinero que parece haber al final de la casa. En ese momento aparece la mujer con una canasta de huevos en la mano. Amablemente se me acerca: "Son frescos", dice. Veo entonces esos huevos de colores extraños. Hago un gesto, me siento turbado, casi descompuesto. Parece entenderlo como una negativa y se marcha. No tendré paz con la mujer realizando esas tareas, las cáscaras de los huevos, las velas encendidas, las pieles de los animales logran inquietarme.

Nada me parece ya natural. Miro el color de las begonias. Esa piel violeta, demasiado artificial. Como si alguien se dedicara a pintar las flores, las cáscaras de los huevos, las pieles de los animales. Me dirijo hacia el otro extremo de la casa. Veo esas casas de vidrio, cerradas sus puertas con candados de bronce. Del mismo color que el respaldar de la cama.

La mujer tiene razón. De pronto cae la noche y cesa el piar de los pájaros y el arrullo de las palomas. Comienzan otros ruidos. De insectos, de grillos, de cigarras o de sapos. Estoy perdido, cerca del agua, del molino, del pozo ciego. Si camino un paso más me perderé para siempre. Enciendo la linterna y vuelvo lentamente hacia la casa. Siento que cambia el piso. Ya no es de tierra sino de baldosas. Estoy en un patio. La luz se apaga, quizá se terminaron las pilas. Me acerco a unas formas que, en la oscuridad, parecen besarse en la boca o estar muy juntas. Toco esos largos cabellos rubios y un paño cubre esa boca. Una mordaza o un pañuelo.

Ahí comprendo que son docenas de escobas acopladas, trenzadas con alambres. Pienso en encender un fósforo pero recuerdo que en esa casa todo está siempre a punto de arder. Agito la linterna y la luz se enciende nuevamente. Entonces las veo. Esas cabezas amarillentas con sus cuerpos rojos, amarillos o verdes. Prolijamente dispuestas una junto a otra, como preparándose para una danza. Quizá porque en ese momento oigo música. Me dirijo hacia ella. Hacia el Paso

del Tigre. Me deslizo, lentamente, bailando yo también. Balanceando el cuerpo como para darme ánimo.

De pronto se apaga la música y retorna el silencio. No se habla en esa casa. Quizá encuentre la salida por el olor de los eucaliptos, pero esto se confunde con el azufre. Lo único que puede salvarme del pozo ciego es el olor del agua estancada. Las palomas han callado para siempre. Las pieles tal vez han comenzado a rondar en busca de venganza. Entonces la puñalada, esa música guiándome.

Me lleva hasta el galpón. Rumores de voces. La mujer vestida de negro conversa con un hombre que hasta ahora no había visto. Me miran extrañados. Llevo encendida la linterna en plena luz. Un poco inquieto intento encender un cigarrillo, con un ademán la mujer me detiene. Todo puede arder en cualquier momento.

La mujer me transmite un mensaje del Rubio. Seguramente lo trajo ese hombre. No vendrá esta noche, tal vez mañana. Me quedo pensando. Lo mejor será irme esta noche. ¿Hasta qué hora hay tren? Se consultan con la mirada. La mujer dice: "¿Qué hacemos ahora con el cordero que matamos? Los muchachos pensaban asarlo en su honor". Pienso que se trata de una trampa, por algún motivo quieren demorarme en ese lugar. Sin embargo, les respondo de manera serena: "Me iré mañana si el Rubio no llega temprano". Se sorprenden, pero sospecho ante tanta hospitalidad. No sé adónde ir en esa casa. Pre-

gunto cuánto falta para la cena. Ella dice: "El cordero se está dorando lentamente".

Este trapo negro y silencioso consigue exasperarme. Sin saludar vuelvo hacia la pieza. En el santuario es como si el tiempo se hubiera detenido, en sus objetos y en sus olores. Qué día, en qué instante la muerte se detuvo aquí para siempre. Creo percibir fragancias de flores marchitas, sedosos lazos fúnebres adornan un tocador de mármol, el reloj ha clavado las agujas en un ángulo indefinido, la esfera aparece borrosa. La dama está en la misma posición, o quizás un poco reclinada sobre un almohadón bordado de figuras bestiales. Debo descansar un poco antes de la cena. Pero ese cuarto lleno de bronces se me vuelve irrespirable.

Prefiero ir a conversar con los hombres de la escobería. Antes fumo un cigarrillo, tirado en la cama. Pero la imagen de mi cuerpo vacila al resplandor de las velas. Mi cigarrillo tiembla y temo incendiar los vestidos de la dama. Me acerco al retrato. La foto del difunto no es diferente de otras. Fumo en secreto por miedo a ser sorprendido. Oculto la colilla en una caja de fósforos que llevo conmigo. Ahí todo siempre puede arder.

Otra vez el Paso del Tigre. En la escobería los hombres están absortos en su trabajo. Uno sumerge grandes atados de paja en baldes llenos de azufre. El otro, maneja con celeridad una guillotina. Parece que lo hiciera de manera distraída. Conversa con el otro, escucha música, y de pron-

to la hoja cae, siempre en el milímetro justo. El tercero introduce palos en un tubo lleno de anilina y los extrae de colores distintos. Luego se va al fondo a cambiar el color de la tintura. Recuerdo las formas coloridas en la penumbra del patio. Parecen no estar dispuestos a hablar. Quizá yo deba comenzar. Llama mi atención una pila de trapos negros apilados en un rincón. Mordazas, pañuelos listos para ser usados. El que ha terminado de teñir lleva extraños colores en las manos.

Se pone unos guantes. Coloca una por una las escobas armadas en un aparato que las prensa y comienza a coserlas. Una tras otra, las puntadas rojas atraviesan la escoba. Son bellas, le digo. "Especialidad de la casa, muy livianas, pruebe", dice, mientras me arroja una que ha terminado de coser. La atajo contra mi pecho, es realmente liviana. El hombre de la guillotina, que hasta entonces ha permanecido en silencio, agrega: "Son las brujas. La mejor paja, el mejor trapo, hilo de plástico, tintura extranjera, barnizada. Nunca destiñe".

No sé qué hacer con la escoba en la mano. Trato de resultar simpático, la arrojo sorpresivamente al hombre que me la dio. Intenta atraparla pero se le cae al suelo. Los otros se ríen. Me mira. No sé lo que puede llegar a pasar. Al final, también se ríe. "¿Quiere aprender a coser?", dice.

Sé que no me puedo negar. Me indica unos guantes que hay sobre una de las máquinas. El

hombre del atado ha vuelto y está sorprendido de tanta familiaridad. La aguja de acero tiembla en mis dedos, el hilo rojo se me enreda en las manos. El hombre me explica. Sin duda, le gusta su oficio. "El hace los esqueletos." Se refiere al hombre que acaba de entrar. "Yo tiño y coso a las brujas." Con dificultad, logro atravesar la aguja y dar una puntada, y es como si un arabesco, un colorido prendedor hubiese adornado el cabello rubio.

El hombre que se encarga de transportar los atados de paja, el de mayor edad, se sienta sobre un fardo. Saca un cigarrillo. Me sorprendo. Pero el hombre no lo prende, lo saborea, hasta lo muerde un poco. Habla en voz alta, como envuelto en vaya a saber qué ensoñaciones: "Antes, cada vez que terminábamos una bruja, solíamos bailar. Después de la última puntada antes de atravesarla con el acero y el alambre. Era una cábala".

Pienso en el Paso del Tigre. En la música de la puñalada. En el perfil inclinado borrosamente sobre las sombras. Pero no me distraigo en esos pensamientos mientras doy mis puntadas. No errar ninguna. No lastimar la carne ni herir el guante. Pienso si tendré que armar el esqueleto, usar la guillotina. Por fin, termino con una bruja. Alguna puntada despareja no llega a perturbar las líneas rojas y simétricas. Nos sacamos los guantes. La viuda trae mate. Después de comprobar si está a gusto, la mujer se sienta entre nosotros y comienza a cebar.

Me distraigo mirando las máquinas. El suelo está cubierto de gramilla. Pequeñas semillas para rellenar muñecos o almohadones, quizá los de la habitación. Me imagino a la dama cubierta por miles de semillas. En un lugar del suelo, manchas rojizas. Quizá sangre.

Un zapato fangoso se apoya en mi pie. Pienso que he quedado atrapado dentro del reguero, que es una señal para matarme. El Rubio me citó aquí para ultimarme. Por el esqueleto, la guillotina, las agujas de acero.

Pero las palabras del hombre me tranquilizan: una riña de gallos. De pigmeos corrige desde atrás la mujer que lleva el mate en la mano. Y el que habló de la riña agrega:

—Después del cordero habrá un adiestramiento. Sin espolones de acero para matar. Igual se puede apostar.

—No los conozco para apostar —respondo.

—Puede apostar por el color de las plumas.

—Es verdad, pero usted sabe más que yo de colores.

El hombre se ríe. En ese momento recuerdo que me espera la habitación encendida y decido acostarme lo más tarde posible. Si estoy con ellos siempre puedo estar al tanto de lo que hacen.

El cordero está sabroso pero exige una dosis abundante de vino. Siento deseos de ir a un lugar alejado para fumar y respirar algo que no sea ni azufre ni eucaliptos. Pero la conversación durante la comida gira alrededor del pozo ciego.

Hasta un japonés cayó allí. No se sabe cómo. Tampoco si ha logrado salir. No hay manera de poder saber más sobre el asunto.

Regresamos al galpón. Caminamos abrazados. Eso no significa nada, a veces el crimen exige cierta intimidad con la víctima. Quiero disfrutar de este estado y jugar mi suerte a uno de los pigmeos.

Uno de ellos los va a buscar. Improvisamos un reñidero con atados de paja. Nos sentamos. El pigmeo de plumas blancas, al que llaman el manchado, atrae mis preferencias. El otro es de varios colores, ninguno que predomine, sin que se pueda decir cuál es su color. Por eso quizá sólo lo llaman el pigmeo. La apuesta es unos pocos pesos. Las aves comienzan sus fintas. Los hombres vitorean. Pienso si la bola de plumas blancas no es también pintada. Cierro los ojos, tal vez duermo. Un golpe en el hombro me despierta. Lamentablemente mi candidato ha resultado perdedor. Se llevan a los pigmeos. Creo ver entre las semillas alguna pluma, alguna gota de sangre. Me despido.

En el cuarto iluminado, me tiendo vestido en la cama. Pienso en ese instante si no es mejor que me desvista para no prenderme fuego con las velas. La despedida ha sido amistosa. Tal vez están demasiado borrachos para intentar matarme. No creo que la mujer manche sus manos con sangre.

Despierto apenas pasada una hora porque escucho ruidos. La muerte vuela para mí colgada

de un anillo. Los ruidos se dejan de oír. Tiendo una mano para buscar a la dama española y encontrar el sueño abrazado a ella. No está. Tampoco está en el suelo. Los ojos encendidos siguen mirando desde la eternidad. Me decido a salir a buscarla con la linterna. No sé dónde duermen esos hombres.

Sigilosamente me dirijo hacia el galpón. En la misma posición que cuando estaban despiertos los hombres duermen sobre fardos de paja. Puedo pasarlos a navaja con mi sevillana. No despertarían. Dónde dormirá la mujer. En la cocina. Ahí está la vieja. En un catre. Rodeada de un braserito. Ella no teme al incendio. La forma es indefinida. Tal vez la dama esté bajo las cobijas. Toco algo duro y caliente. Podría ser un arma. Meto las manos debajo de las frazadas. Es un ladrillo que se enfría lentamente.

Comienzo a pensar que son inofensivos, que todo es una estratagema preparada por el Rubio. Al caer la noche y mientras yo estaba en el galpón, el Rubio se había apoderado de la dama española, se la había llevado. El visitante del sulqui era la mejor excusa para que pensara que el Rubio no iba a venir. Confió en que esperaría hasta mañana y que sospecharía en cambio de los habitantes de la casa. No, él se había llevado a la dama española porque sabía que ella me iba a llevar a él. Una forma de venganza. Uno de sus juegos acostumbrados. Podría haberla hecho arder entre las velas, podría haberla cosido con miles de agujas, podría haberla

cortado con la guillotina, pero prefirió llevársela porque sabe que con ella me tiene en sus manos.

Igual tengo que recorrer la casa, buscando alguna señal que pueda orientarme. Me dirijo con precaución hacia el molino. Debo marchar con cuidado, esos hombres dormidos están al acecho del ruido de las bestias, del chillido de las aves. En el pozo ciego no hay marcas de pisadas. Cerca del palomar me parece ver una forma felina que huye en la oscuridad. Alumbro con la linterna y dos bolas vidriosas y grises se recortan en el círculo iluminado. Desaparecen en un segundo. Quiero retroceder pero esta vez no está el Paso del Tigre para guiarme. Tengo ganas de despertar a los hombres. Temo encontrarme en el patio con las embrujadas. Tropezar con ellas, terminar enganchado en sus alambres. Ya no sé dónde voy. De pronto siento que mi cabeza golpea contra una caja de cristal. Con las manos toco una cueva de vidrio. Un candado de bronce, frío, muy frío. Busco una piedra para tratar de romperlo. Cede fácilmente. Me doy cuenta de que ahí no ocultan nada. Un profundo olor a azufre me penetra en las narices. Sí, usan los invernaderos para guardar paja para el invierno. Siento ganas de prenderle fuego a todo. Pero ¿y si ella está aquí? Tal vez con una horquilla pueda atravesar los fardos de paja, pero las horquillas se pueden encontrar con el cuerpo. La flor puede ser atravesada.

Coloco el candado y me encamino hacia el lado contrario. Terreno abierto. Casi ensarto mi

cuerpo en unas cañas. Enciendo la linterna y veo mi ropa manchada de rojo. Palpo mi camisa, la huelo. Me siento ridículo al reconocer un aroma a tomates.

Hacia donde termina la plantación diviso un cuerpo. Crucificado. Pienso en la venganza del Rubio. La luz de la linterna no llega hasta esa distancia. Camino a ciegas. Calculo mal antes de encender nuevamente y me topo con una forma que me hiere la cara. Enciendo la luz. Es un espantapájaros.

Comprendo que es inútil buscar en esa casa. Quizás la dama esté ya lejos de aquí, viajando en el tren nocturno. En cualquier momento comenzará a amanecer. Si me encuentran por los alrededores me cazarán como a un gato. El cuerpo lleno de perdigones. El camino de regreso es lento. Lo importante es encontrar el molino. Ilumino hacia arriba y veo en el cielo la forma inconfundible. Después las gallinas, después los arrullos y los maíces, atrás queda el pozo ciego. Mis pisadas se vuelven crujientes. Algo pegajoso me ensucia los pies. Alumbro hacia el suelo y veo huevos rotos. Esas aves hacen sus nidos por cualquier parte. Camina pisando huevos, solían decirme en el colegio. Apago la luz. Temo ver el color de esas cáscaras. No quiero ver esos colores extraños.

Consigo, por fin, llegar a la habitación. Nadie ha descubierto mi paseo nocturno. Las velas continúan encendidas. Dudo por un instante si debo permanecer hasta la mañana siguiente. Pre-

paro mi bolso. A pesar de la hora decido irme caminando hasta la estación de tren.

En la estación alquilo un coche para ir a la ciudad. El camino está flanqueado de casas de citas. Los ojos se encandilan fulgurados por luces de colores extraños, nombres excitantes, decorados exóticos. Animales mitológicos, castillos, mazmorras, son las puertas que hay que atravesar si se quiere llegar al placer. Las pupilas esperan detrás de las casas de piedra.

Desde altoparlantes que están colocados en árboles y postes que bordean el camino puedo oír la voz de un hombre que habla de sus muertas. Detengo el coche y entro en un bar. También ahí oigo esa voz de baño de estación. Me llama la atención un cartel luminoso donde titila una frase que hay que adivinar, a pesar de los boquetes: "Cuide su corazón". En el interior del local hay un afiche donde aparece la figura de un hombre caído rodeado de rostros que lo contemplan con expresión de sorpresa. El hombre, en su mirada borrosa, se lleva las manos al pecho.

Enfrente, la entrada del infierno. Enormes llamas arden de manera perpetua custodiando dos pesadas puertas sobre las que se dibuja la imagen de un dragón. El hombre cuyo corazón estalló, sólo tendría que haber cruzado la avenida que lleva el nombre de la virgen para llegar al infierno.

Reinicio el viaje. Desde los costados de la avenida comienzan a surgir sombras que atraviesan la carretera. Un cuerpo en sangre yace en el suelo. Los diarios que sirvieron para taparle la cara han volado unos metros. Desde los altoparlantes vuelve a surgir la voz en medio de la noche. Es como si fuera describiendo las posiciones de la muerte, las partes del cadáver. Los coches se detienen apenas un segundo para contemplar el cuerpo y partir velozmente. La voz se oyó por primera vez en el Sagrado Corazón de Jesús. No sé por qué se me ocurre pensar en el corazón sangrado de las embrujadas aguardando en las sombras del patio. Con tal de que con la aguja no les haya atravesado una zona vital.

Cuando se deja de oír la voz sangrante, otra anuncia que pronto se ha de iniciar una procesión. Los fieles aguardan en una estación, para iniciar su vía crucis. Pienso que me los he de encontrar en el camino y que será imposible avanzar. Tal vez es mejor que descanse unas horas en un hotel y después prosiga el viaje. Comienza a amanecer. Un cuerpo sagrado se ha detenido a beber. Se quitan los velos y las caras maquilladas, de piedra, cobran las facciones del rostro y cada vez que hablan sus bocas muestran el único lugar donde el adorno no ha sido posible.

En el lugar algunas mujeres prometen su cuerpo. Sus afeites parecen naturales, rodeadas de tanta pintura. Me acerco a una de ellas y la elijo

para pasar unas horas. No quiero atravesar solo las puertas del infierno. Caminamos unos pasos, atravesamos el polvo del camino. Tiene el nombre de un pueblo americano y un arqueado jinete monta a caballo como realizando alguna prueba de rodeo. El jinete agita una soga como para enlazar a una res. Indios en cera, emplumados, permanecen inmóviles. En un árbol han improvisado una horca donde un cuerpo se bambolea continuamente. El brillo de las espuelas irradia movimientos plateados que contrastan con dos monedas de oro que iluminan las cuencas de unos ojos vaciados por la codicia.

Entramos en una habitación atravesando unas puertas batientes. Los tacos hacen ruido sobre el piso de madera. La mujer me pregunta si quiero ver una película en la habitación. Distraídamente le digo que sí. Le pregunto si lo que cuelga de la horca es un hombre o una mujer. Ella me responde que es un muñeco. ¿Y la res? Ella dice dulcemente: "Una vaquita de cartón".

Se acuesta a mi lado y aprieta un botón. La pantalla se ilumina. Espero en las sábanas blancas las poses desnudas. Aparece una bestia que con movimientos torpes penetra en una choza y se abalanza sobre una mujer que duerme sobre un camastro. El animal de cartón comienza a apretar el cuello de la durmiente. Ella entra en una expresión de éxtasis, a medida que la cámara se acerca a su cara; en su muerte comienzan a delinearse rasgos familiares. A un vo-

lado le puede seguir un lunar, a un lunar una mejilla, a una mejilla, unas pupilas en medio de la oscuridad.

Abandono el lugar. La mujer nocturna quedó tendida en la cama. No se sorprendió, sólo temía por su dinero. Cuando vio aparecer los billetes se tranquilizó. No nos habíamos desvestido. Cerré los ojos para no ver los ojos del ahorcado. En el camino tropecé con la vaca de cartón. Sí, pero el cuero era verdadero.

En el camino, nuevamente la voz. Esta vez un murmullo de rezos lejanos comienzan a acallarla. Se confunden, entonces, las benditas, los frutos y los vientres.

El coche avanza lentamente en medio de la procesión. Debo detenerme. Abandono el coche para caminar un poco. Uno de los fieles camina hacia mí. Me dirige unas palabras. Habla de unas pupilas.

Se inclinó sobre las pupilas de la muerta. No encontró el mar en esos ojos, tampoco acantilados. Ni siquiera al salvaje desenvainando la espada dispuesto a cortar la cabeza. Tampoco el ruido de las olas. Ni siquiera un espejo donde se viera repitiendo una y otra vez el acto infame.

No bien arrojó el cuerpo al agua, él se precipitó detrás de ella. La buscó en el fondo del mar. Nadó horas hasta llegar a la costa. Cuando la tendió en la arena la perla era un peso muerto. Todos eran gallos ciegos. Las vendas cubrían sus ojos. Un punto en el mapa y en el cielo.

Los cuerpos caían desde el aire y atravesaban el color del río. Se inclinó sobre ella y miró esos ojos vidriosos, narcotizados. Justo un instante antes de arrojar esa bolsa al vacío. Entonces era un cuerpo.

Sí, pero algo vio en esas pupilas que lo horrorizó. Todo era frío muy frío. Una mujer marchaba a lo lejos. No se le veía el rostro. Caminaba sobre pétalos, tal vez celebraban una fiesta santa. Cuando la mujer comenzó a caminar por la vereda un coche negro se puso en movimiento detrás de ella. La calle estaba desierta. Ella se dio vuelta y sin temor miró hacia el auto. Esta vez sí, en sus pupilas alguien igual a él descendió del auto y se encaminó hacia ella. La voz hablando de unos ojos de mujer se aleja. Esos cuerpos encontraban la muerte por agua sumidos en el sueño. Unos ojos despertaron y lo miraron un instante. Se abrieron para condenarlo a vagar como una sombra.

A medida que me interno en la avenida la voz sedosa del altoparlante va adquiriendo el tono violáceo que ilumina la calle. Sonido y color se juntan para ir cubriendo el cielo de un matiz morado que al rozar la piel parece envolverla en una atmósfera letal. Comienzo a sentir un olor que vuelve el aire irrespirable. El mercurio amenaza entrar por mis órganos y asfixiarme.

A la luz del día el camino es otro. Sin las luces nocturnas los decorados fastuosos adquieren su rigor de utilería. Unas junto a otras las cavernas emergen de la tierra.

¿Habrían sucumbido los lunares y los volados al encanto de la voz? ¿Habría expirado la dama española en las manos estranguladoras? Sólo me queda llegar a la ciudad y esperar. El Rubio hará el primer movimiento.

Los días transcurren y no recibo ningún mensaje del Rubio. Creo que quiere sumirme en la incertidumbre o, todavía algo más brutal y simple, pretende divertirse. Lo busqué en la pensión donde solía vivir y me han dicho que hace unos días que se fue junto con dos hombres. No saben decirme si los acompañaba alguna dama. Pagaron la cuenta por la noche y por la mañana se fueron muy temprano.

Alquilo la misma pieza que ellos han abandonado, esperando encontrar algo que pueda llevarme hasta él. Reviso minuciosamente y no encuentro nada que me llame la atención. En esos hospedajes los objetos tienen la precariedad de lo efímero. Sin embargo, al acostarme en una de las camas percibo cierta fragancia inolvidable. Mi mirada se pierde en el suelo y encuentra un botón de una prenda española. Estoy seguro de que ella estuvo en ese lugar. Desesperadamente vuelvo a hacer una investigación minuciosa. El Rubio tiene que haber dejado alguna otra señal para proseguir el juego. Sin embargo, nada. Sólo ese botón, sólo ese aroma a cuero de rusia.

Duermo esa noche en la habitación para que no sospechen nada de mí. Soy un pariente del campo. A la mañana siguiente me marcharé. Sin equipaje nada tengo que preparar, sólo mi cara frente al espejo de una cómoda. Doy vuelta uno de sus extremos y miro mi perfil. Una costumbre que tengo desde hace años, que reitero todas las mañanas. Al mover el espejo cae un papel. Una dirección en los suburbios. Un nombre: hermano José. Recuerdo haberlo oído mencionar alguna vez. Un adivino, un curandero. ¿Habría dejado el Rubio ese papel, sabría él lo de mi perfil? Iría hasta él. Después del viaje a la piedra, ahora debía hacerlo hasta la piel o hasta el cristal. Que el hermano José lea las líneas de mis manos. Quizás es la única esperanza de hallar a la dama de mi corazón.

Cruzo un puente, atravieso un río. Me acerco a la casa del hermano José. Imagino los alrededores llenos de aparatos ortopédicos abandonados. Sé que muchos van a preguntar por los cuerpos familiares. Parece que el hombre repite siempre lo mismo: "Veo agua, mucha agua. El agua lo cubre todo". Sin embargo, los visitantes insisten: "¿Dónde están los cuerpos? ¿Dónde están los cuerpos?"

Qué podrá leer en las líneas de mis manos. Pienso en ríos que se cruzan. El lugar, un chalecito en los arrabales. Me atiende un sirviente. Tiendo la mano para saludarlo y esto lo sorprende. En ellas hay un billete. Le digo: "Quiero visitar al hermano José. Soy amigo del Rubio".

El hombre me hace pasar a una salita. Parece un consultorio de dentista. Hay alguien sentado en uno de los sillones. Tiene los ojos cerrados, como si dormitara. Lo miro. Miro sus manos. Están enguantadas a pesar del calor. Por qué no quiere descubrirlas. ¿Una enfermedad? ¿Ciertas manchas? Seguramente una mano cargada de lunares. ¿Acaso llevaba los guantes puestos cuando entré? Porque me parece recordar cierto movimiento de unas formas pálidas y el brillo de un anillo. Tal vez sea un jugador, un pequero dado a hacer trampas de juego. ¿Se quitará los guantes en el momento de entrar? Un pecado lleva en las manos. Quizás también el adivino ha sido pequero, en lugar de adivinar jugaba la suerte a las cartas. Sí, seguramente él sabía lo que eran los jugadores. De pronto, el hombre parece despertar y esconde sus pequeños animales de cuero en sus bolsillos. Pienso qué haré con mis manos cuando entre en esa habitación. Las esconderé detrás de la espalda. Tendré las manos limpias, la piedra del pecado ya no pesará en ellas. Y mis uñas, cómo estarán mis uñas. Brillantes de manicura. Uñas de manicura. Qué pensará el hermano José de un hombre que se cuida tanto las manos.

La habitación es pequeña. Solamente una mesa y una silla de cañas. El único objeto que hay sobre la mesa es una pava. Ni siquiera el gastado mazo de cartas que había imaginado. El toma un mate tras otro. No pienso que pueda convidarme. Las visitas duran unos minutos. Lo cal-

culé cuando estaba en la salita de las flores. El tono de la voz del hombre me resulta natural, me pregunta a qué he venido.

—Me llamo Soler, busco a una dama —le digo.

—¿Seguro que lo era? —me responde.

La respuesta me sorprende, me sucede algo raro con las manos, no sé dónde ponerlas.

—Es española, hermano José. Es española.

—¿Es familiar? —me pregunta.

—Es la dama de mi corazón y deseo encontrarla. Usted me puede ayudar. —Me pide entonces que extienda las manos. Las retiene apenas un instante y dice casi automáticamente: "Veo agua, mucha agua. El agua lo cubre todo". Me suelta la mano que cae muerta sobre la mesa. Entonces me doy cuenta de que tiene un vidrio transparente. Estoy desanimado. Esperaba otra cosa.

Retiro la mano, ese vidrio es frío, muy frío. Le digo entonces:

—Yo estreché la mano de su sirviente al entrar. Podría volver a hacerlo al salir.

Me mira a los ojos. Vuelve a cebar otro mate. Creo que cada gesto está calculado. Sin embargo, me hace señas para que vuelva a extender la mano. La tiendo. Es mi vida. Es mi muñeca la que está en juego. La apoya sobre el cristal. Comienza a hablar y esta vez me parece que sus palabras salen de su corazón.

—Veo un río y un nombre en inglés: Liffey. ¿Lo ha oído alguna vez, señor Soler?

—Sí, es un río de Irlanda. Nunca he estado allí.

—Tal vez la hayan llevado hasta allí.

—¿Para arrojarla al agua?

—Eso no lo sé.

—Pero ¿cómo la llevaron?

—Podría ser en un barco. En las líneas de sus manos hay puertos.

—¿Y podría saber el nombre de ese barco?

—Eso no aparece. Está borroso.

—¿No puede decirme nada más?

—Sí. Pero ¿quiere saberlo?

—Estoy desesperado.

—Quizás viaje en una caja. De cristal, de madera.

—¿Qué es lo que no quiere decirme?

—Señor Soler, si uno golpea, el vidrio se rompe. En el medio hay una historia de marineros borrachos. Hay un cuchillo que se hunde en el estómago. No me pregunte de quién. Una gresca que comienza en una plaza. Un extranjero, hay un extranjero que se detiene a ayudarlos. Habla otra lengua, podría ser inglés. Ahora ya no me pregunte más, todo se ha borrado. No recuerdo nada de lo que le dije. Estaba en trance.

Fueron sus últimas palabras, ya que después hace un gesto para que me marche. Al salir, en la salita floreada veo un papelito en el suelo. Un nuevo mensaje del Rubio o quizás pertenezca al hombre de los guantes que parece seguir en su ensueño. Discretamente me inclino y lo levanto. Aparece el sirviente y vuelve a extender las manos. Vuelvo a colocar otro billete, otro

distinto. Me extraño del contacto. Parece que estrechara la piel de un animal. Ya en la calle desenvuelvo el papel y leo una palabra escrita en inglés: darkness.

Después de salir de la casa del adivino me quedo pensando en ese río. Recuerdo al hombre de las pupilas. El espejo roto como un cristal partido en múltiples reflejos. El hermano José lo había dicho: el agua lo cubre todo. En un libro de geografía había leído que la ciudad de Dublin estaba partida por el río Liffey. La dama española se había convertido en mi Reina Africana. Un trayecto de pantanos y de ciénagas.

Las ciénagas. Las recuerdo. Regresábamos de joyas. Cargados de relojes. Las esferas luminosas se anudaban como serpientes a nuestros brazos destatuados. Y el cuerpo era un tic-tac siempre a punto de estallar. Nada de música, nada de zapateo americano. Extrañas conversaciones aquellas que teníamos en las ciénagas.

"Es el color del río", había dicho el hombre que entonces me acompañaba. "Un color malva, un sueño que cada tanto se repite. Recuerdo a una mujer que en una fiesta llevaba un vestido malva. Llamaba la atención porque era un color para un pañuelo, a lo sumo para una prenda íntima. Es un color de pesadilla y usted, Soler, lo sabe."

Recordé haber mirado hacia el cielo buscando una respuesta. Trataba de adivinar de qué me hablaba ese hombre del que ni siquiera sabía su nombre. En medio del silencio que nos rodeaba me pareció que se oían latidos. El corazón del martirizado no había dejado de latir aun después de expirar. En ese momento sus ojos se habían abandonado en un lugar cualquiera, no sé por qué pensé en las llamas de la hoguera. Y el latido de ese corazón atravesaba las ciénagas y ya no se sabía en esas tinieblas cuándo se confundían nuestros propios corazones.

El latir comenzó a acompañar el moroso relato de ese hombre que con voz jadeante empezó a contar su pesadilla.

"Descendían del cielo. Los paracaidistas descendían del cielo. Era como una nube blanca que se fragmentaba y los pedazos caían sobre la ciudad. Eran como pétalos blancos que se deslizaban sigilosos por el aire. Pero al caer, al golpear contra las terrazas producían un ruido sordo. Eran pesadas bolsas de hombres que reventaban contra el suelo. Uno de ellos cayó en nuestra terraza. Estaba fracturado y se quejaba. Lo levanté y lo llevé conmigo.

"Afuera la ciudad estaba envuelta en maniobras. No se combatía, era un simulacro. Vehículos blindados recorrían las calles. Los cuerpos se confundían en medio de las sirenas. Atravesé el camino del bosque y encontré un puesto sanitario. Los hombres conversaban entre ellos. No se inquietaban ante el cuerpo fracturado. Dejé

el cuerpo y comencé el regreso a casa. Miré el cielo y tenía este mismo color. Al llegar al bosque no encontraba el camino de regreso. Otra vez oía el ruido de esos cuerpos cayendo desde el aire. Bolsas cayendo pesadamente.

"Muchas personas regresaban en bicicletas y encontraban con facilidad su camino. Me senté tratando de recordar el mío. Me di cuenta de que esas personas hablaban una lengua que no podía comprender.

"De pronto desde el otro extremo del bosque vi aparecer a mi mujer. Llegaba agitada. Había atravesado el bosque corriendo. Ella me dio la noticia de mi padre. Sin memoria, en medio de los simulacros, había salido por la ciudad, sin duda se había perdido.

"La miré a los ojos y mi corazón latió apresuradamente. Me llevé las manos al pecho porque sentí un dolor muy fuerte y tuve miedo de morir. Entonces me desperté. Nunca había tenido mujer y eso me sorprendió. Nunca había visto esa cara, no se parecía a nadie que conociera."

Cuando el hombre terminó de hablar miré hacia el río. Pensé que su voz era de color malva y que el agua lentamente iba tomando ese color. Después de ese día nunca más volvimos a hablar.

Vuelvo a evocar ese Liffey nombrado por el adivino. La dama española flotando en el agua. También mi pesadilla eran los ríos. Uno había partido mi infancia. La vida entonces se dividía en dos. De este lado del puente, del otro lado

del puente. Ese tranvía en medio de la niebla precipitándose en el río. Y cada vez que lo cruzábamos, la señal de la cruz.

Las aventuras de mi madre con el puente. Cuando llegaba tarde a casa, el abuelo siempre decía: "Habrán levantado el puente". Y esos cadáveres pasajeros que durante cada tormenta parecían reclamar desde el fondo del río que los fueran a buscar.

Mi padre siempre acompañaba a mi madre hasta antes de cruzar el puente. Era de la capital. Solía mirar el cielo y decía: "Puede llover, puede inundarse. Puede desbordar el río y no podría regresar a la madrugada".

También para visitar al adivino crucé un puente. El puente. Lo recuerdo ese 16 de junio. Los aviones caían en picada. Ese día las bombas estallaban. Un avión había caído en ese río. Ese 16 de junio levantaron el puente. Se terminaban los alimentos. Los familiares quedaban en la capital, nunca volverían a juntarse con nosotros. Algunos lo cruzaban a nado. Algunos atravesaban interminables vías de ferrocarril. Mirábamos el color del río y podíamos adivinar lo que se avecinaba. Pronto comenzarían los rayos. Las tormentas eléctricas que electrocutaban cuerpos por las calles hasta dejarlos carbonizados. Era como una luz que atravesaba el cielo. Comenzaban los rayos y nuestra vida quedaba librada al azar.

Era la época de las lluvias. Durante días nos sumergíamos en el agua. Las calles se conver-

tían en ríos. El agua entraba en la casa. Primero había que proteger el dormitorio de mi madre, cubrirlo todo con trapos. La cómoda, la única banqueta de terciopelo rojo junto al tocador. Qué hacía ese terciopelo rojo en ese lugar. El agua avanzaba por arriba y por abajo. Entonces había que colocar ladrillos en las patas del ropero. Ese juego de dormitorio que era nuestra muerte a crédito. Había que salvarlo. Detestaba ese ropero. Ahí estaban los secretos, el único espejo de cuerpo entero que habitaba la casa. Ahí estaban las manijas de bronce dorado que sellaban el ataúd. Ahí las sedas de mi madre, sus perfumes, sus plumas. El único lugar de la casa custodiado por llaves. Ahí iban a parar los muñecos cuando comenzaban las lluvias. Ahí fue a parar el recién nacido cuando la casa se convirtió en un colador agujereado por el agua. Alguien dijo: "Una caja de celofán dentro del ropero guarda una orquídea marchita con una fecha". La de mi nacimiento.

Y afuera, las calles inundadas, las bocas de tormenta. Abiertas para tragarnos. Anochecía y había que esperar a mi madre que regresaba de la capital. Esa noche había atravesado el puente. Había que llevarle las botas. Había que proteger sus delicados pies. Delante de mí se levantaba la pollera para quitarse las medias de seda, con costura. Y esa línea de sombras se perdía en medio de la noche. Justo cuando yo esperaba el resplandor del relámpago. En medio de la noche regresábamos a tientas, como ciegos. Mi-

rando hacia el cielo con el nombre de Dios en la boca por temor al cable de luz que como una soga negra nos fulminara para siempre.

Y un día fue mi padre quien cruzó el puente. Fue el día del casamiento de una de mis tías. La única que se casó de blanco. Las otras tenían un pasado oscuro. Fue el primer casamiento. Hubo arroz, hubo iglesia, hubo canto. Entonces le pregunté a mi madre por esa frase del tango: casarse de blanco después que pecó. Y qué es pecó. ¿El percal también es pecó? Y mi madre no me dijo nada. Y después arrojaron monedas al aire y parecía que hubieran llegado al cielo, tan alto que nunca terminaban de caer. Y en la oscuridad las monedas se perdían en la noche. Pero comenzaron los relámpagos y eso las iluminó, y hasta llegué a codiciar que aparecieran otra vez para verlas mejor. Pero la tormenta se aproximaba y había que partir. Cruzar el río de las matanzas. Atravesar los puentes.

Comenzamos a caminar por calles inundadas. En otras lluvias acompañaba a mi padre que llevaba los zapatos en la mano y calzaba unas zapatillas viejas que se cambiaba antes de volver a la capital. Ese día se sacó sus zapatos de charol. Se remangó los pantalones, se quitó el saco, la camisa de seda, todo se arruinaba de este lado del puente. Y los gemelos podían perderse en medio de la noche y la corbata de seda era un trapo arrugado.

La lluvia duró muchos días. Nadie iba a trabajar. Los ríos desbordaban, el puente estaba

levantado. Y mi padre no podía volver. Escuchaba la radio y se ponía la ropa del tío porque nunca había dejado ropa en casa. Al principio era bueno tenerlo con nosotros, después se transformó en una carga pesada. No dejaba de llover y él no podía irse. Llegaba hasta la puerta y miraba si había bajado el agua. Sus costumbres eran ajenas a la casa. A menudo repetía: "Si pudiera llegar un remise". Los autos parecían estancados en medio del agua. O tal vez un carro. Al fin, consiguió uno, tirado por un percherón, y partió en medio de la corriente mientras nos hacía un gesto de despedida. Después nunca más la lluvia lo sorprendió de este lado del puente.

Un sueño me anticipa el mensaje del Rubio. Unas rocas y hombres luchando entre ellas. Un paisaje de cavernas y de esclavos. Sucede antes de Jesucristo. Y una vez más se juegan el manto a los dados. No recuerdo la cifra maldita que logra quedarse con los despojos. Pero aparece la dama y un hombre rasga sus vestidos y la golpea contra las rocas. Los restos de las vestiduras se confunden con la arena desierta. Pero unas manchas de color extraño quedan pegadas a la roca. Esa mañana alguien me llama por teléfono de parte del Rubio y acordamos una cita.

El hombre camina hacia mi encuentro, sus ojos conocen la vidriosidad de la muerte. La

muerte por agua, aquella que hace que los ojos se inflamen hasta convertirse en globos de piedra.

La mujer solía abandonar el ojo sobre el tocador. El vidrio se confundía con el color del mar verdoso. Calmo, sin turbulencias. Pero bastaba recoger el vidrio en la palma de la mano para sentir que ardía, aunque estaba frío, muy frío. Inmóvil sobre el mármol blanco. Atravesado por un dulce alfiler, como una mariposa. Ella, con languidez, comenzaba sus afeites, sus tocados. Las prendas abandonadas eran un murmullo que al caer incendiaba las baldosas. Después tomaba en sus manos vacías, despojadas de joyas, el cristal perdido en la quietud de la nieve y lo acercaba a su corazón. Un instante antes de depositarlo en aquel que esperaba en la oscuridad. Entonces comenzaban las fiebres. Aquellas que hacían estallar el cerebro. Porque la cabeza ardía aunque las solícitas manos de la criada colocaran paños húmedos sobre la frente, porque la memoria se consumía ya al ritmo de latidos y de sedas.

Pregunto al hombre por la dama española. El me responde quedamente: "Mire, Soler, yo sólo soy un mensajero". No puedo dejar de relacionar el tono de su voz con el color de sus ojos. Una voz cristalina, una sonrisa cristalina, me demoro extrañamente en esas palabras hasta que su voz vuelve a interrumpirme:

—Ella se ha quedado con los hombres. Uno de ellos, creo que el de cabellos rubios, me man-

dó decirle que el buey solo bien se lame. Que sólo le dijera esto, que usted iba a entender el resto.

Sonrío. Yo esperaba otra lamé, español. Para poder mirarlo, para que cediese cuando las manos lo tocaran. Le pregunto si está ahora con ellos.

—Yo nunca la vi. Si está, la tienen oculta. Algunas noches salen para ir hasta el río.

Al final, lo acompaño unos metros. Deja caer el nombre de un hotel en los suburbios. No tiene nada que decirme, lo que tenía que decir, lo ha dicho. El Rubio quiere que atraviese la ciudad, que vaya a buscarla, nos despedimos.

Debo hacer ese viaje en tren, trasladarme hasta ese pueblo de provincia. A él siempre le agradaron las escenas campestres. Pesebres artificiales, animales de cartón. Bastaría arrojar un fósforo para que ardiese. A veces el pesebre se pone en movimiento, las caras comienzan a moverse, los hombres parecen torpes en sus ropas de disfraz. Nazarenos nativos, mansos en su inocencia interior. Los alquilados comienzan a atravesar las vidrieras y a recorrer la ciudad. En algunas escenas campestres preparadas por el Rubio, alguna vez me he encontrado con estos hombres de cristal. Desprovistos de sus maquillajes nocturnos, en su calma natural, están aun más cerca de la muerte.

Durante el viaje pienso en la dama española. Cómo a partir de la suerte de esas cartas tiradas por ese hombre, se transformó en la dama

de corazones. Casi todos los visitantes jugaban su suerte en barajas españolas. No sé por qué elegí esas figuras extranjeras. Ellos preguntaban por los cuerpos familiares. Cada uno con lo suyo. Yo preguntaba por su corazón. También otros preguntaban por el suyo, hasta cuándo iba a latir. La carta que tenía que quedar en el mazo apareció con violencia sobre la mesa, y el hombre supo que su corazón tenía los días contados. Desde ese entonces la baraja viaja conmigo. Vuelvo a sacarla del bolsillo para mirarla otra vez. Es notable que no conserve una foto de ella. Seguramente nunca la han fotografiado. Aunque recuerdo una foto borrosa, quizás haciendo un saludo con la mano y un animal degollado a sus pies. Sólo al guardar la baraja noto que la llevo junto a mi corazón. Ya no era española entonces, ya no eran sus sedas de lamé, sino su corazón aterciopelado, aquel que nunca he escuchado latir.

Al llegar, la estación me sorprende y me doy cuenta de que no he pensado qué decirle al Rubio. Una vez más, me conduce a lo desconocido. Cuando entro en el cuarto un hombre está recostado en su catre, otro sentado en cuclillas sobre un cuero de vaca. Sus pies están desnudos. El cuero, moteado. Hurga sus uñas con una lima. Sus pies también están manchados. Piel overa, pienso, como esos caballos que parecen pintados. El se levanta y deposita su piel sobre el cuero del animal. Inmediatamente recuerdo la escena a campo abierto. El cuero del buey, el ultimado,

y la dama española contemplando. El hombre overo, después de haber sacrificado a la bestia, se había lavado cuidadosamente las manos, a pesar de que unos guantes las cubrieron durante toda la faena, como si hubiera querido borrar las manchas de su piel.

El overo ha ido a buscar alcohol, y se ha vuelto a sentar para pasarse con fruición un algodón empapado entre los dedos. Me mira. A veces interrumpe la tarea para beber un trago de alcohol fino que toma directamente de la botella. Quisiera arrojar un fósforo a esa boca para que el hombre se prendiera fuego.

El Rubio, en cambio, sigue meciéndose en la hamaca paraguaya y está como ausente. Sin embargo, conozco su celeridad con el cuchillo. Vivió ultimando bestias, ya que fue matarife en su juventud. Los animales no tenían tiempo de mugir. Alguna vez habló de eso. Utilizó palabras extrañas para referirse al hecho: "Los animales destinados a la nutrición. Carneros, bueyes, corderos, caballos, conservan en sus ojos tras el golpe de mazo, la imagen que han encontrado en su última mirada. Como una fotografía. El recuerdo del empedrado, el recorrido del corral, las pisadas de las otras bestias, vagas figuras entre las que se distingue con nitidez la cara del hombre que los ha golpeado".

Pienso si el cuero de la bestia será el que adorna ahora esta habitación. Entonces le pregunto por la dama española. No parecen escucharme, pero se miran entre ellos y se ríen. Como

permanecen en silencio, vuelvo a preguntarles.

—No está acá —responde entonces el overo— quizás esté del otro lado del río. O tal vez viaje ahora en algún museo ambulante. En esos carros que transportan ceras vivientes. O viaje disfrazada de bailarina española.

El Rubio se levanta de la hamaca y mientras se quita del cuello un pañuelo rojo con el que hace fintas en el aire, se acerca a mí y comienza a gritar: "Olé, olé". Después del grito, dice:

—El buey la embistió. Le clavó los cuernos hasta traspasar esa porcelana. Porque esa tersura no podía resistir las astas. O tal vez, él tenga razón y esté en los brazos de algún bailarín español en uno de los teatros de la avenida. Si la encuentra, Soler, déle este pañuelo para que lo anude a su cuello. Es un recuerdo del Rubio.

Lentamente se acerca y comienza a pasarme el pañuelo por la cara. Creo reconocer en él un perfume que usé hace años.

—Se lo daría —le digo arrebatándole el pañuelo— si supiera dónde encontrarla.

—Quizá esté en algún baldío —dice el overo—. El jadeador las estrangula y después las abandona en cualquier potrero. Tal vez ahora se dedique a ese tipo de muñecas. Dicen que lo atraen mucho los vestidos con volados y lunares. Las sedas lo hacen jadear hasta cortarle la respiración. No va a ser necesario que lo maten. Va a morir jadeando. ¿No oyó su voz? Se la oye en cualquier lugar de la ciudad. Al principio alcancé a entender lo que decía, ahora ya se

ha transformado en un jadeo incomprensible.

Cuando el overo termina de hablar, alguien abre imprevistamente la puerta y entra en la habitación. El visitante se lleva las manos a la cara y comienza a gemir:

—Los ojos de la bella dama, los ojos de la bella dama. Sáquenme los ojos. Los tengo clavados en la frente. Los ojos de la dama. Desde el aire, los cuerpos eran arrojados al mar. Estaban dormidos. Era como una pesadilla. Bolsas que caían y abrían agujeros en el agua. Pero unos ojos sacaron la cabeza de la bolsa y en la caída no dejaron de mirarme, y eran de color verde, como el mar. Eran ojos de dama por la manera de mirar, y no había ira sino frialdad, como si estuvieran congelados. Ahora están clavados en mi frente y no puedo morir. Quizás ustedes tengan a bien matarme, como a los bueyes, de un golpe en la nuca, o herirme en la frente para que esos ojos desaparezcan.

El Rubio, con decisión, se levanta de la hamaca donde se había vuelto a tender, y con un movimiento rápido me toma el pañuelo rojo de la mano y me dice:

—Ella no lo necesita.

Después se acerca al hombre y le venda la frente con el pañuelo.

—Ahora están cubiertos, ya no molestarán. Siempre deberá llevar la frente vendada con pañuelos de cualquier color, menos del color del mar. Eso lo tranquilizará.

El hombre vendado apoya la cabeza contra la

pared y vuelve al rumor de antiguas palabras:

—Ahora son los ojos los que tengo llenos de sangre.

El Rubio se le acerca como si fuera la última vez y mientras le baja el pañuelo hasta los ojos, le dice:

—Quédese un rato así y las imágenes pasarán.

Miro a ese gallo ciego inmóvil. Pienso qué recuerdos le traerá el olor de ese perfume. Respira agitadamente. En un instante se dará cuenta de que las imágenes retornarán.

El Rubio se dirige a mí y me increpa:

—Ella ya no está aquí. Búsquela, tal vez, del otro lado del río. Las yemas de los dedos no son las pupilas de los ojos. No olvido que cuando arrojábamos las vísceras bestiales a las cenizas, usted nunca apetecía. Y la vez que tomó una presa de las cenizas se quemó las yemas, pero lo que lo asustó fue que saltó una chispa que casi enciende los vestidos de la dama. Ella estaba abandonada a un costado del fuego. La faena había terminado y se había tomado mucho vino. Alguien, tal vez un poco alegre, se dio a bailar con ella. Creo que con el movimiento hasta le vomitó encima. Usted cuidaba mucho de sus ropas. Siempre me pregunté por qué cuidaba tanto de sus ropas. Se empecinaba en adornar esa carne muerta. Sabe, yo nunca siquiera la rocé. Pensarlo me estremece. Entonces, usted se dirigió hacia el río y lavó las ropas. Pero antes la escondió entre el pasto. No se decidía a ir hasta el río por temor de que durante ese tiem-

po nosotros fuéramos hacia el pasto. Caminó sin mirar hacia atrás, se quería mostrar seguro. Sin embargo, dudaba y nunca supo si esa duda fue fatal. En el pasto, todavía se podían oler gotas frescas que la bestia, mientras moría, había desparramado. Usted mismo fue quien tuvo la idea de decir a los peones que los gritos del hombre eran gritos de carnero degollado. Porque creía que a ellos les importaba algo. Se equivocaba, eran peones de cartón. Ni siquiera sabían carnear. La doma era simulada, lo único cierto era ese carnero ardiendo. Alguno de ellos era la primera vez que visitaba el campo. ¿Dónde ha visto peones con bombachas batarazas y pañuelos floridos? Nunca va a saber si hicimos ese paseo hasta el pasto, eso no lo va a saber nunca. Usted se demoraba más de lo habitual para lavar la ropa. Pero había tomado esa decisión y no podía retroceder. Pero, quiere que le diga, nadie le creía nada. Y a nadie le interesaba ir hacia el pasto. Porque quién se podía interesar por esa porcelana delicada pero fría, fría de abajo y de arriba. Sólo era para divertirse cuando, en la oscuridad, abrazaba a algún hombre. Mientras, usted ponía música melódica para apagar los gritos de ese abrazo. Lo tenía calculado, el abrazo duraba lo que duraba el disco, pero un día la música terminó antes y quedaron esos gritos en el aire.

En ese momento, el hombre de los ojos vendados baja el pañuelo desde los ojos hasta el cuello. La seda parece que lo ahogara. Su mirada

se fija sobre esta estera animal como esperando que de esa carne muerta comiencen a surgir gotas que tiñan el cuero bestial. Entonces empieza a hablar:

—Ahora oigo el ruido de las olas. Comienza siendo un rumor suave hasta convertirse en un ruido ensordecedor. Creo que deberían taparme los oídos. Sólo con los ojos ya no basta.

Los otros ya no le prestan atención. Sentados alrededor de la estera, inician una partida de naipes. Las cartas caen sobre el improvisado tapete. Antes de que la primera figura quede boca arriba, salgo de la habitación.

Antes de ir a la casa que está del otro lado del río visito el parque de diversiones. Recorro minuciosamente el museo científico y no encuentro ninguna dama. Las ceras son las mismas que en otros museos. Presencio el espectáculo del fakir. El hombre atraviesa su cuerpo con estiletes y aceros. Lleva un blanco dibujado sobre la carne. Por ahí entran los dardos que le arroja una mujer, su ayudante. El hombre pierde sus ojos entre la multitud. Ningún movimiento facial cada vez que un dardo se clava en uno de los círculos pintados.

Llego a una exposición de mujeres. Están sentadas al borde de una avenida. Sus largos vestidos llegan hasta el suelo y están prendidos por enormes moños de color. En las manos llevan

candelabros encendidos. Hay una vía muerta, quizás alguna vez un tren o un tranvía pasara por ahí. Unas frente a otras, parecen espejos. Sin duda esperan algo, ver pasar el cadáver de su enemigo. No hilan, no tejen, es su inmovilidad lo que paraliza. No son españolas, tampoco tienen corazón.

Alquilo un bote para cruzar el río. El hombre rema en silencio. Recuerdo el camino de ojos vendados. También alguna vez jugaron conmigo al gallo ciego. Llegamos a la casa. Está deshabitada. Le pido al botero que pase a buscarme dentro de dos horas.

La casa está casi vacía. Pocos muebles. Nada personal. Se nota que hace tiempo que no va gente por allí. Sobre una mesa un mapa abandonado. Ningún punto señalado en él. Entro en el sótano. Nada notable. Sogas, piezas de un motor de lancha, un remo roto. Un armario cerrado. Fuerzo el candado con un cortaplumas. Encuentro una bolsa de plástico. Dentro de ella hay un equipo de inmersión. Miro el reloj, todavía quedan unas horas de luz. Me coloco el equipo y camino hacia el río.

Me sumerjo en él. Comienzo a atravesar un largo camino de yeso. Bloques flotantes y a la deriva dificultan mi avance. Por la forma sospecho que pertenecen a piernas o a brazos. El río adquiere la rigidez de la piedra. Recuerdo el nombre del otro río. Liffey. Me desplazo hacia lo que parece una caverna natural. Es como una ciudad en el fondo del río. El agua

ha socavado las rocas hasta crear planchas como si fueran mesas o camillas de mármol. En ese lugar parece que el agua se detuviese y tengo la sensación de que si me quito la máscara puedo respirar. Hacia el fondo de la caverna distingo formas que han adquirido la rigidez de la piedra. En ese instante se me cruza una imagen, un cuerpo que extraen del agua. Una superficie blanca e intacta. No está en descomposición. Es un maniquí. Pienso si la dama estará entre esos muñeros apilados, pero es imposible distinguir su cuerpo.

Vuelvo a emerger a la superficie. Nado hasta la orilla. Esos hielos blancos flotan en mi cabeza. Me quiero ir lo antes posible. Entro en la casa y me despojo del traje. Regreso al sótano y lo vuelvo a guardar donde estaba.

Me siento en la costa a esperar el bote. Trato de mirar el cielo, el crepúsculo, no quiero mirar al ras. Quisiera tener los ojos de vidrio. A lo lejos veo cómo el bote se acerca lentamente.

Llego a las cercanías del puerto. No sé si iré a ese país desconocido. Compré una guía de Irlanda. Se podría recorrer en carromatos alquilados tirados por percherones o por bueyes. La dama española viajaría en una de esas carretas.

El nombre pronunciado por el adivino repiquetea en mi cabeza. El día de los estallidos, el día de las bombas, esos hombres encapuchados

recorriendo las calles. Esos hombres que se prendían fuego, esos ayunadores que consumían sus huesos públicamente.

La estación de tren es uno de los pocos sitios que permanecen abiertos durante la noche. Un puesto de flores abierto a toda hora. Para los muertos, para el ojal de las calaveras. Para despedidas discretas en los andenes nocturnos. Enamorados entregando su corazón en una flor.

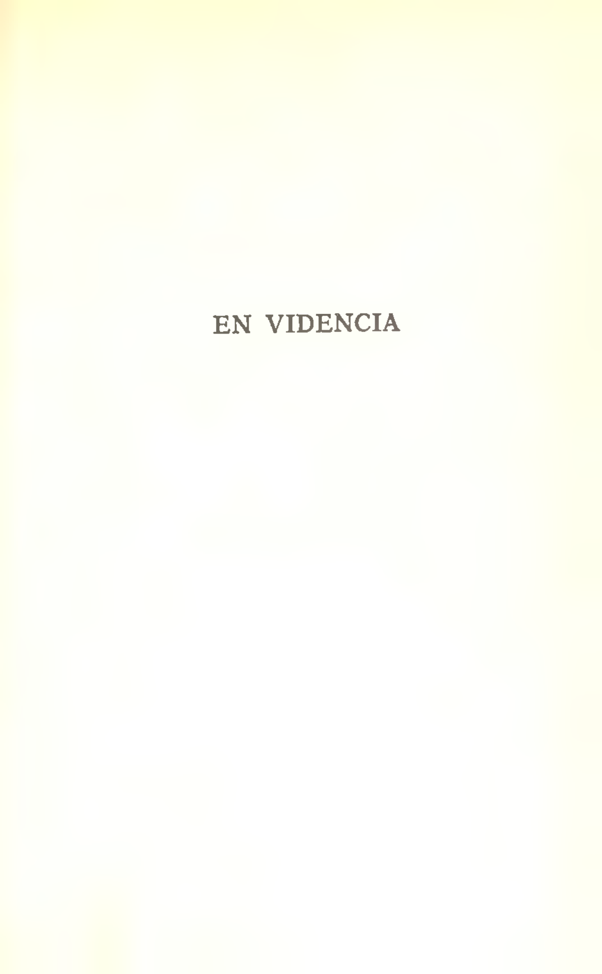
Un camino de pétalos marchitos en esta noche de junio. Flores que se pudren lentamente. En uno de los andenes una mujer aguarda el tren nocturno. Inmóvil, como si estuviera muerta de pie. No hace ningún movimiento. Como yo, habrá pisado esas flores. Ningún hombre se acerca a ella. Nunca podré ver su rostro.

Entro en el bar de la estación a tomar café. En una mesa, un solitario lee un libro. Toma notas en un cuaderno. Es un apasionado. De pronto llama al mozo para pagar e irse, como si se hubiera dado cuenta de que es demasiado tarde. Oigo campanadas, sirenas de barcos, silbidos de locomotoras. Pienso que el hombre no tenía ninguna cita. Me acerco a la mesa donde ha estado sentado. Corazones en una servilleta de ferrocarril. Miro los dibujos. Uno tras otro, como corderitos. No es un enamorado, ningún pétalo, ninguna señal de amor.

Camino hacia el puerto. Recuerdo esos cuadros de temas marinos. Tormentas, huracanes, nunca pude detener la mirada en ellos. Si me embarco debería despedirme de mi hermano.

Tal vez por eso anoche he soñado con él. También con un cuadro. Venía en un paquete dirigido a su nombre. No poseía remitente. Junto con él había una carta. El la leía en voz alta pero no puedo recordar ninguna de esas palabras. El otro Soler abría la tela del cuadro. Desgarraba esas figuras geométricas buscando algo. El cortaplumas hendía esos peces o esas aves. Encontraba entonces un trozo de pelo. La barba del Nazareno. ¿Qué hacían allí los cabellos de Jesús? Me desperté. Recuerdo que siempre hablaba de un crucifijo de plata que colgaba en su pecho. En él había una hilacha del manto de Jesús. No sé cómo había llegado hasta ahí, pero siempre lo acompañaba.

En medio de las tinieblas las sombras de los barcos apenas se distinguen de los barcos anclados. Trato de buscar algún nombre que me guíe. Una corazonada. De los barcos oscuros uno solo aparece iluminado. Se oyen risas. Alguien canta una canción en inglés. Podría ser una balada. En medio de la oscuridad puedo leer un nombre: Fortune. No sé lo que significa pero un estremecimiento me hace encaminarme hacia él. Las voces que llegan del río están cada vez más próximas.



EN VIDENCIA

Una mujer camina hacia una iglesia para hacer un mal. Camina por un calle rodeada de árboles, el suelo está cubierto de pétalos blancos. No son de adorno sino que hieren a aquel que los pisa, pero no por hirientes sino porque están fríos, muy fríos.

A la mujer que marcha, no como pecadora sino como santa, lo que se percibe en cómo deposita sus pies sobre los pétalos helados, no se le ve el rostro ya que en su caminar nunca se ha vuelto. Por su manera de vestir podría ser española. Por el leve rumor que se oye a la distancia, se diría que sus palabras murmuran en sus labios lo que puede ser una videncia; sin embargo, podría ser el murmullo de pétalos marchitos que, al no ser sellados por sus pasos y arrastrados por el viento, provocan un rumor oscuro.

Cuando la mujer inicia su peregrinar, un remise negro se pone en movimiento y lentamente, muy lentamente, marcha tras sus pasos. Las ruedas del coche se cubren de silencio durante la marcha debido a que una multitud de pétalos se adhieren fatalmente a ellas hasta convertirlas

en círculos blancos que, sigilosos, se deslizan por el camino.

Animales oscuros cruzan fugazmente de uno a otro lado de la calle que, poco a poco, se transforma en una extensa avenida que bordeando el río conduce hacia los arrabales. Y es tal el blanco del camino que si una bestia fuera allí ultimada, las manchas mortales de su sangre brillarían con tanto esplendor que servirían para iluminar las huellas de unos pasos que, en ese día de junio, aparecen como diminutos.

BLOOMBSDAY: 16 DE JUNIO

Fue después de muchos años cuando caminando por el Soho, me encontré con mi imagen. Era el día de mi cumpleaños y una mujer con pieles caminaba conmigo.

Atravesaba el parque helado y las huellas de mis pasos quedaban marcadas en la nieve. Sin embargo, no había manchas de sangre que delataran en qué lugar la bestia había sido ultimada.

Un hombre pasa y saluda gentilmente, no lo he visto antes, no lo volveré a ver después que se marche por el sendero oscuro.

Detrás de ese parque estaba el museo donde se hallaban los manuscritos que todos los días acudía a descifrar. Las campanadas de la iglesia, cada vez más cercanas, medían nuestra proximidad con el lugar. En esa ciudad extranjera sólo nos guiábamos por nuestros sentidos. Deseaba llegar. Cierta frase que había leído en el manuscrito no la había hallado después en ninguno de los libros del autor. El descubrimiento me turbaba. En medio del parque y a manera de sortilegio, para no olvidar esas palabras, repetí esas frases una vez más.

Parnell ha muerto. Y el secreto que guarda su

tumba es el precio que pagaron aquellos que de su condena sólo vieron dibujarse sobre sus cabezas la temible sombra de una espada. Y aquel que vio la última morada del difunto, aquél fue cegado por sus ojos y arrancado de su lengua por lenguaraz. Es su destino recorrer la ciudad. Valiéndose de sus manos temblorosas y de su desvalida memoria dibuja mapas que lo hacen errar hacia la tumba.

Pero entonces ¿adónde van todos esos hombres que marchan por esa ciudad de iglesias, todos ellos con las miradas fijas en un mapa? ¿Es que caminan hacia la muerte, ya que sus pasos se pierden siempre en esa calle donde comienza el camposanto? Y son acaso esos mismos hombres que, con fruición, comen riñones de cordero asado y se agolpan ruidosamente en las tabernas, un 16 de junio que no fue igual en otra lengua cuando otros cuerpos desesperados caían en una plaza atravesada por la muerte, en queda.

Y en el estallido, la mujer corrió hacia la escalera lateral y subió a la terraza. Los aviones en picada se precipitaban hacia el río. En la ciudad mi madre estaba envuelta en llamas.

La carne rojiza resplandecía en las vidrieras lujosas de aquella ciudad. Y esas masas jugosas que desbordaban las bandejas de metal luciente parecían haberse desplazado al rostro de aquellos hombres vacilantes. Y el color empurpurado que teñía las facciones venosas mostraba esas caras siempre a punto de estallar. Y así

casa por casa y así calle por calle hasta el sitio en que la ciudad se disolvía en la niebla.

Una ciudad partida por el curso de un río, ese Liffey. En otra lengua la ciudad se partía en otro curso donde los cuerpos sorprendidos no encontraban en su obscenidad festiva la dignidad última de la muerte.

Cuerpos en bruma caminan junto al mar. La mujer yace tendida en la arena y en su boca se abandona un rubí. La joya señala en qué lugar la muerte se apoderó del cuerpo. Los hombres han abandonado el remise negro y sus zapatos charolados se hunden en la playa acortando la distancia que los separa de la mujer.

Los ojos de la que marcha reflejan el paso de un tren. Hasta que la mujer vuelve el rostro y su mirada se pierde en un camino en que la videncia se descompone en pedazos. Es 16 de junio, día de las flores, y lo que videncia es un camino de pétalos helados pero esta vez no son blancos sino rojos, muy rojos.

Un junior, un joven jesuita, camina por la bahía y en el cielo de su lengua busca con los ojos lo que presagia el vuelo de las aves.

En coro aterrador, los are se aproximan hacia el mar. Sus cabezas rapadas y su carne azul brillan hacia la muerte. Es que los Krishna ya no pueden adorar. Y uno por uno en medio de jubilosas plegarias los are se arrojan al mar.

En la que expiró, las últimas boqueadas expandieron la piedra de su boca hasta transformar todo su cuerpo en una joya herida.

La mirada del joven jesuita se ha desplazado de los movimientos luctuosos de las aves a ese mar partido en agujeros brillantes cada vez que un esclavo del Señor sumerge su cuerpo en la superficie de cristal.

Y cuando las olas retornen surgirán de ese espejo roto los lamentos de esos espíritus y la corrupción de esos cuerpos arenados buscando las manos piadosas y los ojos familiares que los reconozcan.

No fue esa vez cuando compré el revólver. Sólo me detuve un instante ante la vidriera y contemplé el arma pensando entonces que podía ser un buen regalo para mi hermano y proseguí mi marcha hacia el museo.

Un día antes de abandonar la ciudad adquirí el revólver. El vendedor me explicó que una vez conseguido el permiso de las autoridades, era conveniente enviarlo por correo. Mientras me otorgaban la autorización en una oficina de ese país y al escuchar la descripción que el empleado hizo del arma, recordé que era la misma marca del revólver que había sido propiedad de mi mujer.

Recordé entonces que había descubierto el arma oculta entre unas toallas. Ella había amenazado muchas veces con la muerte, pero esa vez su mirada verde se tornó distante mientras que con temor apartó sus ojos del revólver y con las manos se cubrió la cara.

Entonces qué quería ella de su propia muerte. Yo había guardado el arma en un cajón, pero

el hecho de estar oculta nos obligaba a simular su ausencia. No se la nombraba pero ese cajón permanecía siempre cerrado. Que el revólver siguiera en la casa comenzó a resultar una presencia insoportable; cómo deshacerse de un arma que no está preparada para un crimen; cuál es la palabra justa que impedirá el instante en que una pesadilla interminable comience a precipitarse.

Por eso debía desprenderme del arma. Y en la noche, en medio de la oscuridad, desvelaba mis sueños elaborando un plan que repetía meticulosamente. Primero era un revólver que, envuelto en un diario, arrojaba en un río. Llegaba al amanecer y un sudor helado, de miedo, me recorría el cuerpo porque el arma seguía allí, porque la muerte acechaba adentro y afuera.

Fue entonces cuando un día, caminando por el zoo, abandoné el revólver. Envuelto en un diario lo deposité en un recipiente de residuos. Después lentamente comencé a caminar hacia donde el parque se cubría de lagos.

El día de nuestra partida lo utilizamos para comprar otros regalos; casi todas imágenes santas, salvo unas fotos de mujeres y unos pañuelos de seda. Ese mismo día, con la mujer que me acompañaba despachamos el revólver por correo. ¿Quién lo envía?, preguntó el empleado. Wilcock, ¿y quién lo recibe? Wilcock, volví a decir. Rió: Un Wilcock para otro Wilcock.

Después, sólo en algunos instantes de mi viaje pensé en si mi hermano habría recibido la enco-

mienda. Y en ningún lugar tanto como en esa isla donde por las noches me abrumaron recuerdos de la infancia. Nunca más volvería a tener esos sueños, aquellos que tuve en esa ciudad cuando celebraba el quinto aniversario de la muerte de mi padre. Porque como lo confesé a aquella mujer, nunca supe cuándo había sido el día de su muerte, ya que un día era el que habían cerrado el ataúd y otro distinto el que figuraba en las inscripciones que cubrían su féretro.

En la otra ciudad, a mi llegada, festejaban el bautismo y confirmación de unos niños. Mientras se celebraba el banquete todos aguardaban el relato de un viaje. Comíamos carne vacuna. Una carne devorada por las moscas. Moscas que se posesionaban de cada trozo de carne. Todos los parientes estábamos reunidos.

Mi madre luce hermosa con su pañuelo de seda. Y cómo admiro sus pies, tan jóvenes que no tienen que ver con el resto de su cuerpo. Y una voz que relata un viaje habla de los martirios santos de un zoo cubierto de nieve donde los animales se hallan ocultos a las miradas.

Entre los regalos que se reparten están las fotos de esas mujeres. En un extremo de la mesa unos parientes miran extraviados. Contemplo cómo mi madre se vuelve más distante, rodeada de sus hijos reparte sus amores y en su voz cada nombre pronunciado se escucha distinto. Es entonces cuando la pregunta del pariente me sorprende. El hombre quedamente

me ha murmurado al oído: "Páseme el santo". Volviéndome hacia él y mirando hacia un extremo de la mesa, le respondo en voz baja para no ser escuchado por los otros:

—El santo —le digo— es una mujer desnuda, desnuda entre hombres, desnuda entre mujeres, desnuda entre animales.

El hombre sonríe y cierto oro brilla en su boca.

En el instante en que se produce un silencio mi madre anuncia que, en videncia, está escribiendo una novela. Lo que escribe por la noche no logra recordarlo por la mañana. Repite, sin embargo, la frase del comienzo: "Porque esta tierra está llena de delitos de sangre".

Hay un momento en que los parientes exhiben los regalos. Una mujer muestra un santo clavado en una cruz. Refiriéndose a las mujeres de la foto, alguien dice: "Se prostituyeron en Egipto desde su juventud". Mi hermano ha traído el revólver y a la vez que juega con él lo muestra a los parientes. La voz que morosamente relata el viaje se va apagando hasta convertirse en un murmullo.

Y a esa hora de la tarde, mientras algunos juegan a las cartas, otros se dedican a comer una carne que, sin sol, no aparece cubierta de moscas.

Unos chillidos provenientes del fondo de la casa nos atraen. Cuando llegamos vemos cómo una comadreja destroza a una gallina. Mi hermano apunta con un revólver y dispara. Unas

plumas se esparcen por el aire y una mancha de sangre se extiende por la tierra. En círculo, contemplamos esa muerte.



BLOOMBSDAY: ESCENAS DE CAZA

Entro en el hospital sabiendo lo que me aguarda. Mi hermano está herido. Diagnóstico reservado, debo esperar en el pasillo, su mujer ha muerto. La muerte se vuelve brillante. Mientras espero me encuentro con un amigo, un médico público. Quiere aliviar mi pena. Me pide que lo acompañe.

Atravesamos el hospital. Es como una ciudad en ruinas. Tiene su consultorio en un baño en medio de los escombros; no obstante sonríe, siempre sonríe. Ya lo dijo una vez: "Si no fuera así, Wilcock, no podría abrir. No se puede dudar cuando se abre. Uno nunca sabe lo que va a encontrar".

Tampoco dudaba cuando compartíamos mujeres. Era el primero en desnudarse. Pero vestido o desnudo no había diferencia. Los mismos movimientos, los mismos gestos, la misma sonrisa. Podía retirarse a otra habitación o hacerlo delante de los ojos.

Hacía años que no nos veíamos; sin embargo, me reconoció, recordó mi nombre. Por suerte no era para él un número que designaba en qué parte la enfermedad se había apoderado del cuerpo.

Pasamos a su despacho, un pequeño cuarto antes del baño. Me da un guardapolvo blanco, es la condición para poder permanecer en ese lugar. Afuera, la gente espera. Adentro se conversa. Precios de coches, marcas de neumáticos, espejitos, adornos, las partes de un automóvil.

Entramos en el consultorio. Me pregunta por mi vida. Le cuento. Hice un viaje, estuve en Dublin. Me mira sorprendido, ya no soy el oscuro funcionario público. Se entusiasma y me dice: "Nunca estuve en Irlanda. País de caza. De toda Europa viajan hasta ahí para cazar. No viajo en temporada de caza, si no, hubiera ido".

Entra un enfermero. Acude por su propio cuerpo. Es de la casa. Consulta por su corazón. Mi amigo lo ausculta. Se le ha desplazado el marcapasos. El hombre tiene un globo en medio del estómago que se desplaza de un lado a otro. Lo sostiene con las manos. Mi amigo le hace unas indicaciones. El hombre se arregla la chaqueta y se marcha.

Nos volvemos a sentar. Le digo que nunca he visto un marcapasos. Me responde con indiferencia: "Hay que cambiarle las pilas. Se le acabó la batería a ese corazón".

Entran dos colegas. También conversan, también se sientan. Me los presenta. "Estuvo en Irlanda", les dice. Por un instante me miran con respeto. "Buena caza", murmuran entre ellos. Comienzan entonces a recordar anécdotas. Hablan de una cacería ese fin de semana. Nada im-

portante, caza menor en el interior de la provincia.

Describen sus trofeos. Una enfermera entra y los interrumpe. Hay una enferma agradecida que envía un saludo. El nombre no le recuerda nada. La enfermera aclara: "Una hernia". El entonces comenta las vicisitudes de la operación. Le salvó la vida. Para ese día de junio siempre le agradece.

Vuelven entonces a las escenas de caza. Un pródigo fin de semana. La descripción de los animales va aumentando en escala y en ferocidad. Perdices, gallaretas, liebres, pecaríes, algún ciervo, alguna marta.

Recuerdo entonces un nombre de mujer. Tenía ojos felinos, verdes, muy verdes. Pasan las noches enterrados en pozos aguardando la presa. Cada uno hace su guardia. Llevan una petaca de alcohol. Acechan la presa. Uno de ellos mientras habla acaricia un cisne de bronce. Se ríen de un novato, disparó contra un animal menor con perdigones. El tiro le salió por la culata. Los veteranos vuelven a reírse. En medio de la noche se oyen disparos al aire, nadie podía dormir. El hombre sigue apretando el cisne con tal dureza que hasta podría llegar a estrangular ese cuello de bronce. Pronto las plumas encendidas comenzarán a esparcirse por el aire.

Hago entonces una pregunta: ¿qué se siente cuando van a recoger la presa y la encuentran ensangrentada?

Se miran desconcertados. Uno de ellos me res-

ponde: "Si el tiro es perfecto, no puede haber lugar para la sangre". Y el otro agrega: "Por otra parte, no es lo mismo el animal o el ave, viva que muerta. Son dos cosas diferentes. El trofeo es distinto de la presa. A ésta se la acecha, lo otro es algo inerte, un pedazo de cuero, un montón de plumas. En la caza están los que prefieren la presa y los que se conforman con el trofeo".

Me quedo en otro camino de plumas. El cazador acechaba en la noche para estrangular los cuellos de seda. Sorprendía al guardián de plumas negras y éste no dejaba caer de su pico la piedra que diera la señal haciendo estallar el espejo del lago. Después, voluptuosamente, se arrojaba en la arena a esperar el día siguiente y repetir la caza. *El asesino de cisnes.* Nada cruel había en esos estrangulamientos, sino más bien la delicadeza del símbolo romántico. El palpitante corazón de los cisnes antes de morir. El canto postrero de las aves sagradas que atravesaban el cristal helado. Y esos cuellos agónicos de nieve hacían latir el corazón del cazador en armonía con la naturaleza.

Los detalles técnicos de estos pequeños cazadores blancos pretendían disimular dónde estaba la voluptuosidad de la caza. En las plumas dispersas, en el estertor agónico de la bestia. O en el instante en que el dedo de hierro acariciaba el gatillo antes de apretarlo.

Perdido en estos pensamientos no me doy cuenta de que mi amigo se ha marchado. Estoy

solo con los otros dos cazadores. Uno de ellos se levanta repentinamente y dice: "Me voy a hacer una apendicitis". El otro me mira a los ojos hasta encandilarme. Siento que tengo que decir una palabra para escapar del cerco de luz. Le digo entonces: "Trabajaba en una biblioteca, había muchos libros de caza. Láminas brillantes y coloridas. El cazador siempre aparece diminuto al lado de la bestia muerta".

—Sólo sirven para decoración. Son fotos trucadas.

Después que se va, lo primero que hago es despojarme del guardapolvo. Quiero escapar pero me tiemblan las piernas. Recuerdo otra pluma. Trabajábamos en un empleo público. La muerte nos rodeaba. Sin embargo, nuestro jefe era un hombre distinguido. Hablaba francés. Lo extraño de la otra lengua me impedía ver su servilismo. Eso sí, sólo se inclinaba ante reyes. Se había casado con una aristócrata que tenía plantaciones de tabaco. Ella tenía apellido, él sólo tenía prestancia. Cuando ella murió se quedó sin nombre. Con el tiempo fue perdiendo la prestancia. Un día oímos un disparo. Sabía por dónde debía entrar la bala. Al golpear la cabeza contra el vidrio del escritorio se había herido la frente. Pensé que en la muerte había recuperado su dignidad. En el suelo estaba el sombrero de plumas que siempre me había parecido tan distinguido. Mientras se ocupaban del muerto levanté el sombrero caído y le arranqué la pluma, que guardé conmigo. Ahora yo

también llevaba una pluma que me conducía a la muerte: fue quizás por eso por lo que recordé a aquel hombre que también usaba guantes de pecarí.

Ya en el ascensor viajan dos médicos. Uno de ellos pronuncia mi apellido. Lo oigo claramente: Wilcock. Los miro para ver si reconozco en ellos a antiguos funcionarios públicos, nunca los he visto. El que hasta ahora no habló pronuncia mi apellido para decir: "Wilcock siempre llega tarde". El otro entonces le responde: "Es verdad, ya debería haber llegado". Cierro los ojos, quisiera subir hasta el cielo o descender al infierno, otro Wilcock en el hospital. En la puerta del ascensor me aguarda el cazador de presas, mi amigo. Sonriendo me pregunta cómo logré escapar.

Debo salir a buscar en la ciudad los papeles de la muerta. Me entregan una fotografía. Necesito mirarla más de una vez para reconocerla. Atravieso la plaza, rodeo la pirámide, contemplo la catedral, poco a poco me sumerjo en un paisaje escolar. Todo esto podría entrar en una calcomanía.

Escucho una voz jadeante, habla de sus víctimas. Es un murmullo apagado y presuroso, el sonido de un reloj envuelto en algodones. Del hombre se conoce un ojo azul; el otro velado por una tela. Habla de sus mujeres. Un zapato, una media, una prenda íntima. Morosamente las describe en posición de muerte. El relato vuelve a comenzar, la voz debe ser reconocida.

Cada vez que la voz habla de sus prendas mi corazón comienza latir apresuradamente.

El último eco el hombre lo dejó en la iglesia del Sagrado Corazón: "Mataré, volveré a matar y mis manos no serán las de la lujuria y mis manos no serán las del pecado, sino las iluminadas, las benditas". Los fieles en su letargo se postraban agradecidos ante lo que creían un sermón ferviente. Hasta que no oyeron el jadeo no salieron de su quietud y sus corazones se precipitaron a latir tumultuosamente. Florecen los corazones en estos tiempos. Se ofrecen palpitantes. Florecen a flor de piel, a ras de tierra. Palpitan en las sedas de las damas y en los oros de los caballeros. Así es en estos latifundios en que un dedo en cruz es la señal del quedo santo.

En la esquina una dama engalanada reparte corazones aterciopelados. Los da a cambio de dinero, una modesta contribución. No una promesa de amor, sino un trocito de tela atravesado por un alfiler que ella misma clava en mi solapa. La dama de caridad ha quedado atrás y siento cómo la púrpura ofrenda mi pecho. Porque hay estas preciadas telas los pechos laten. Ella me protege contra las imágenes que adornan los subterráneos. Es como si un rayo quebrara la espalda. El hombre cae fulminado y aquí también el sombrero rueda por el suelo. En esa posición lo hallará la muerte, justo al final de la estación. Después de haber atravesado la oscuridad cuando la mirada inquieta se encuentre nuevamente con la luz.

Aprieto mis manos contra el corazoncito empurpurado. Deseo llegar sin escuchar el intervalo jadeante que impone esa voz familiar hablando de posturas fatales.

Al salir del subterráneo un cuerpo aparece tendido en el suelo. Algo ha estallado dentro de su pecho. Se percibe en su cara, en su aliento postrero. La mueca lo sorprendió, no tuvo tiempo de acomodar la cara para la circunstancia.

Viste de civil y una mano piadosa le ha aflojado la corbata. Junto a él aparece abandonado un portafolio de cuero. Se trata sin duda de un hombre bolsa. En su muñeca luce un reloj de esos que sirven para medir todos los tiempos, menos el de la muerte ya que, irrompible, no ha sabido detenerse en el momento justo. Murió en servicio; su pálpito cesó entre altas y bajas. Atravesaba la plaza corriendo, quería llegar al banco a tiempo con su dinero y se quedó seco junto a las escalinatas. En eso se le fue la vida. Al inclinarme sobre el cadáver el corazoncito púrpura se desprende y cae sobre el cuerpo. Lo dejo en el suelo, ni siquiera hago un ademán para recogerlo.

Llego a la funeraria y me preguntan si quiero reconocer esa carne muerta bestialmente joven. Prefiero no hacerlo. Encargo un servicio módico. En tierra. Sí, en tierra. Con ceremonia religiosa. Sí, con ceremonia religiosa. Cristiana. Sí, cristiana. Quieren que elija el material del ataúd. Pino, cedro o roble. Imagino una avenida de ataúdes verticales u horizontales rodeándome.

El hombre fúnebre elige por mí. Preparan el servicio.

No sé el apellido de soltera de esa mujer. Siento vergüenza. Sólo puedo decir: Wilcock. El empleado pide que se lo deletree.

Con un hombre de la funeraria vamos a la comisaría a retirar los papeles de la muerta. Entregan el cuerpo a la funeraria, no a la morgue, una cuestión de dinero. Después se firma. Me dan los efectos personales. Un pequeño bolso, un pullover, un portadocumentos con la imagen de Cristo Jesús. Una oración espiritista. Números de azar anotados junto a una fecha y una suma de dinero.

Regreso al velatorio. No me espera ningún rostro familiar. Todos son desconocidos. Hablan guaraní. Me acerco al cajón para reconocer a la muerta. No me equivoqué. Tiene una herida en la frente. No se la han cubierto como es debido. Cada uno que se aproxima corre la venda y mira la herida. En medio de los lamentos, ninguno ha dejado de hacerlo.

Pido una venda para cubrir la frente. Hablan entre ellos y no entiendo. Llenar el cajón con algodón, dicen. Pregunto para qué se necesita tanto algodón. Para que los pies de la difunta no dejen ningún vacío. Si no la muerte vendrá a buscar otro cuerpo familiar. Comienzan a entrar caras familiares y me refugio en ellas.

La noche se vuelve interminable. Alguien se aproxima al cajón y vomita. El otro Wilcock quiere despedirse de aquella que hasta ayer dur-

mió en su cama. No sabe cómo hacerlo. Lo acercamos. Se abraza. Hubiera preferido ser él quien se fuera a la tumba. Pronto la ceremonia va a concluir, van a cerrar el cajón. Corren las puertas. Un familiar sugiere que mi hermano le deje un recuerdo a la muerta. Un anillo, una medalla, una cadena. Algo de oro, algo de plata. Alguien quita una cadena de la muñeca y la deposita en el ataúd. Es una pulsera de identificación. Es de plata. Leo: Wilcock. En el instante que van a sellar el cajón se acercan mujeres vestidas de negro y murmuran en mi oído: "Cuando los cuervos se queden solos, robarán la joya".

No quiero escuchar las palabras de esas sombras. Ellas insisten. Usted debe llevársela y con los años devolverla a su dueño. Mientras el coro sigue musitando una de ellas coloca la pulsera en mi mano. Me arrastran hacia afuera.

Temo ser descubierto y la escondo en un bolsillo. Es un peso enorme. Durante la ceremonia final tengo ganas de arrojarla a la tumba junto con las flores pero están los profanadores, los cuervos revoloteando. Nunca deben descubrirla. Me aproximo a otro de los Wilcock y le digo al oído: "Tengo la pulsera". "Nunca deben descubrirla", sentencia.

Salimos del cementerio. La cadena me ata las manos, quisiera volver a abrir el cajón y depositarla para siempre. Durante el viaje pienso cerrar los ojos y tirarla al azar pero sé que volverá porque lleva un nombre: Wilcock.

Por la noche no puedo dormir. Sobre la mesa de luz descansa la pulsera. Podría guardarla, pero no la puedo tocar, he cometido un acto sacrílego, hubiera sido preferible que la robaran los cuervos.

A la mañana siguiente se la entrego a mi abuela. Ella nunca muere. Ella resguarda los recuerdos de familia. Vuelvo a decir: "Que nunca la vayan a descubrir". La pone junto a las muñecas de la muerta. Están sobre la cómoda y me miran desde sus ojos vidriosos. Dejan caer la mirada, parpadean. Tomo una de ellas y la aprieto, gime. Le meto la pulsera en la boca. Se confunde con la estopa cuando mis dedos llegan hasta el fondo.

Dos días después me llaman. El otro Wilcock ha descubierto la cadena. En la muñeca se guardaban las jugadas de quiniela. Entró en trance. Destrozó la muñeca, pensó que ella había retornado de la muerte. Mi abuela calla y guarda el secreto, nadie sabe cómo llegó hasta allí. Rodeada de tantos espíritus cualquiera pudo haber sido. Mi madre promete consultar con los médiums. Todos se tranquilizan, pero sé que la cadena me buscará para matarme. Quizás me encadenen a ella y me arrojen a los donguis.

Para remolcar el coche también hace falta una cadena. Nos aguarda un camino de coches enterrados en la arena. La telaraña de cristal astilló el vidrio indicando el lugar por donde había entrado la muerte. Llegamos arrastrando los restos del coche hasta la puerta de la casa.

Depositamos la forma oxidada y comprimida sobre la calle. De los cuatro costados surgen personas que se aproximan a la chapa retorcida. También aparecen animales. Un perro se adelanta y comienza a husmear. Tímidamente la gente se va acercando. Todavía respetan la muerte reciente. Sin embargo, los comentarios que habían empezado como un murmullo leve se vuelven ensordecedores, hasta se escuchan algunas risas. Alguien se mira en el espejo astillado y hace muecas. En la puerta aparece, en muletas, sostenido por dos hombres, aquel que en el accidente ha perdido a su mujer. Eso impone silencio. El hombre que se miró en el espejo es alejado a empellones. Aquellos que tocaban el coche retroceden prudentemente. Se espera que se acerque aquel que ha sido herido. Su mirada se fija perdida en algún objeto familiar. Toma entre sus manos un autito de plástico que ha quedado en uno de los asientos. La chapa deberá permanecer allí hasta que termine el juicio. La casa misma es para guardar pedazos de coches. Capós, guardabarros, ruedas, chasis, desparramados por todo el terreno.

Entro en la casa. Sobre la mesa, abandonada, una partida de cartas. Por la posición de las mismas podría deducirse la ubicación de los jugadores, hasta su suerte. Escucho un piar ensordecedor, la cocina está repleta de pájaros.

Busco papeles en la pieza. Sobre la cama un enorme retrato en pastel del matrimonio. Cantidad de muebles amontonados. Los papeles no

aparecen, sólo cartones diminutos de antiguas jugadas de quiniela. La suerte siempre le ha sido esquiva. Otro retrato al pastel, ahí se iba todo el dinero. Un pato de paño se me cae encima. Recuerdo las plumas. Recuerdo que de la gallina ultimada por la comadreja sólo quedaron las plumas. Muñecos de paño lenci. Nuestra madre, profesora de juguetes de paño. En nuestra infancia pedazos de muñecos dispersos por los cajones. Piernas, brazos, cabezas, botones, ojos brillantes. Mijo que los pájaros comían de sus cuerpos.

Salgo nuevamente hacia el patio. En el fondo las plumas se han transformado en chanchos que chillan en un improvisado corral. Los donguis. Ellos siempre retornan. Pueden tomar cualquier forma.

Afuera los hombres hablan de gitanos. Los gitanos noche a noche pueden llevarse las partes del coche que quedan, las gomas son lo primero. Hay que entrar al terreno ese resto de chapa retorcida. Delante de los ojos para toda la vida.

Lo atan con una cadena y comienzan a arrastrarlo. Un largo camino de polvo. Sostenido por esos hombres mi hermano dirige la maniobra. También él quiere arrastrar la cadena. Miro sus muñecas de plata. Lleva la muerte consigo. El acarreo se vuelve dificultoso. Cada vecino que pasa se une para tirar. Se rompe. Hay que empezar nuevamente. Alguien sugiere un remolcador con una pluma. Sin duda, una pieza mecánica. Pero hasta ese camino de polvo se cubre de plumas.

Comienzan de nuevo. El fuego ha soldado los eslabones rotos. A los tumbos el coche va entrando en el improvisado garaje. Cierran unas puertas de madera. Si vienen los gitanos disparará con la escopeta. Si no abre la ventana, en el instante de disparar los vidrios estallarán por la habitación y volverán sobre su cara.

Mi hermano se ha sentado en el patio a mirar la chapa destrozada. Un hombre se le acerca. Le da su pésame. Le habla del lugar del accidente:

—Fue frente a los arsenales. Al borde del camino recogí un par de zapatillas; eran rojas. Pensé que eran suyas y las guardé.

—¿Para qué?

—No sé, no están rotas. Estaban justo cerca de la zanja. Las reconocí por el color. Recuerdo haberla visto bailar con ellas.

—Las hubiera dejado. No las quiero ver más. Que se las lleven los gitanos.

Sí, seguramente ya se las llevaron.

Después de los gitanos las muertes prosiguieron.

Esta vez fue un tío. El último hombre de la familia. Todos los maridos de las hijas de mi abuela habían muerto.

Wilcock, mi padre, solía decir: "La abuela nos va a enterrar a todos". Ella sonreía distraídamente, pero uno a uno iban sucumbiendo y ella seguía arrojando una flor sobre el ataúd.

No es que quisiera seguir viviendo, la vida nunca había sido fácil para ella. Tampoco lo era ahora que iba a cumplir noventa años. Ella vio al último hombre en el cajón y dijo una frase que luego se extendió por la familia: "Lo envidio, quisiera estar en su lugar".

Eso me desmoronó, ella debía seguir viviendo. Su vejez era mi juventud. Durante la infancia la veía caer al suelo sin sentido, repentinamente. Pensaba que estaba muerta y la zamarreaba con violencia. Entonces yo era Charles Gardez y comenzaba a cantar Sus Ojos se Cerraron y ella salía de su desmayo. Resucitaba.

Al Zorzal ella lo llamaba así. Y sonaba tan extraña esa manera de pronunciar ese nombre en medio de esa pieza de conventillo. Yo tapado por una colcha de retazos, escuchaba una y otra vez ese día de junio en que había muerto Gardez. Mientras tanto ella cosía un retazo tras otro y un mosaico de colores aparecía ante mis ojos que se entretenían en juegos y combinaciones.

Yo pensaba que si sus ojos se cerraban iban a venir las caras extrañas, la limosna y el tormento. Y ésas alas crueles quebrando la vida. Si ella moría esas caras extrañas me podrían llevar a cualquier lugar. Pero bastaba musitar la letra para que ella reviviera. Y yo repetía una y otra vez: Nunca te podés morir. Nunca te podés morir.

Fue mi madre quien después de haber ido a una sesión de espiritismo dijo que un mal me perseguía. Recuerdo todavía el peso de sus pala-

bras: Te habrás dado cuenta de que después de la muerte de tu tío, tu nombre es el que encabeza la lista. Eres el próximo hombre de la familia. Ella los va a enterrar a todos.

Al principio sonreí. Después me quedé helado. No era precisamente el miedo a la muerte sino el pensar que había vivido una vida equivocada, calculando exactamente al revés. Su vida dependía de la mía y la profecía de mi padre se iba a cumplir.

"Debes acompañarme a la casa", me pidió mi madre refiriéndose a las sesiones de espiritismo. Pero de ninguna manera estaba dispuesto a dejarme arrastrar nuevamente por esa cadena. Todavía recordaba a los hombres golpeando sus cabezas contra las paredes para sacarse el espíritu que los había tomado. Conversamos largamente sobre el tema. Le hablé de mis creencias.

Accedí en cambio a visitar a un adivino. Ella lo conocía de otro tiempo. Le merecía confianza. Nada de cartas, nada de manos, nada de objetos personales. El sólo pone su mano sobre tu cabeza, te pide que cierres los ojos y que pienses en la persona que te ha hecho el mal.

Desesperado, quería acudir para que ese hombre me dijera que todo era un error, una historia burda inventada por la imaginación de mi madre. Una vida entera se me derrumbaba si era verdad lo que la videncia prometía.

Era una casa en los suburbios. El hombre había envejecido, a mi madre le costó reconocerlo. Ella, en cambio, conserva su juventud.

Cuál es su secreto, cuál su lugar en todo este asunto.

Cuando cerré los ojos y el hombre apoyó su mano sobre mi cabeza un frío extraño recorrió mi piel. Sabía que mi vida dependía ahora de sus palabras. Me pidió que pensara en el origen de mi mal. Por un instante creí que debía pensar en mi abuela, pero quizá se trataba de un truco de mi madre. Pensé entonces en su juventud. En ese momento el hombre habló de un fluido maligno que efectivamente rondaba mi cabeza y que tenía que ver con un familiar cercano, pero no podía precisar con claridad quién era, pues otras fuerzas impedían al espíritu manifestarse. Uno quería hacerme un mal, otro parecía quererer protegerme. Este decía que debía marcharme por un tiempo.

No era la primera vez que debería marcharme. Durante siete años nos marchamos de siete casas. Las conté. Esas siete veces. La última remataban la casa de la abuela. Colocaron un cartel rojo. Era como un lugar público. Todos se acercaban a preguntar. Se creían con derechos y los habitantes de la casa debían dejarlos pasar a toda hora. Asomaban sus hocicos. Se entrometían. Nada los detenía. Eran vecinos, bien avenidos, con una sonrisa a flor de labios. Dispuestos a todo. Tenían su automóvil. Lo lustraban, lo paseaban. No se podía decir que no habían hecho sus ahorros. Sin embargo, la abuela no se amilanaba. Había embalado sus muebles, sólo los animales quedaban sueltos. La tor-

tuga se arrastraba como si buscara algo. Como el espíritu del epiléptico que está enterrado debajo del piso de madera. Recorría las calles con la mirada perdida pero siempre encontraba algo. Rodeado de niños, en potreros oscuros, se desconfiaba de él. Bastaba que la madre tocara un silbato para que acudiera corriendo. A veces en medio del silencio de la siesta el silbato hacía correr al hombre grande de mameluco azul.

Otra vez, un Wilcock desarma un camión. Se pierde en él, no lo puede armar de vuelta. Insulta y arroja las piezas al medio de la calle. Llora sobre el capó agujereado. Se aleja y quiere volver a empezar. Es imposible, en ello se le va la vida. La madre acude con un mate en la mano, no se puede decir que no lo envuelve con su mirada. Nada la inmuta. Lo espera con las manos sumisas en el batón floreado. El comienza a gritar desaforadamente y entra en la casa. Cuando sale trae una enorme maza en la mano. Comienza a golpearla contra la chapa hasta hacerla pedazos. Luego los vidrios. Saltan en astillas y es como si ese ruido lo calmara. Ya puede tomar el mate de manos de la madre.

Encontramos otra casa. No tiene ducha. Ni inodoro. Tiene fondo para los animales. Cada uno encuentra su madriguera. Una de mis tías se niega: Nunca iré a vivir ahí. Nunca iré a vivir donde vive el idiota envuelto en su baba y en la de la vieja. Si bien soy una sierva del Señor, ya le sirvo en la iglesia.

Ahora, otra vez, debía marcharme. Recordé

ese relato. *La noche de Aix*. Hacía tantos años que lo había escrito. Sin embargo, pensé, el viaje estaba ahí.

"Falcone se había sentado en el suelo, con las piernas extendidas y la espalda apoyada contra una columna de hierro, de manera tan incómoda que ni podía pensar ni podía dormir. Mientras tanto, seguía nevando sin viento en la oscuridad; nevaba como en el cuento de Joyce, sobre el detrito amarillo de los plátanos, sobre las piedras de la plaza y sobre el aula de piedra donde los derviches evasionistas salmodiaban líneas pensando en un desayuno restaurador, sobre los nidos abandonados y las letrinas públicas."

Por qué había escrito eso. No llegaría a saberlo nunca. Lo que sí sabía era que me iba de viaje. Dejé a mi madre con el adivino porque preferí hacer solo el camino de regreso. Sí, sin duda sabía adónde iba. A Dublin. La noche de Aix me había indicado que ése era mi camino.

BLOOMBSDAY: EL VIAJE

Viajé a esa ciudad llamada Dublin. En aquel relato que había escrito, *Los donguis*, recuerdo que al narrador le preguntaban: "¿Tiene familia?" "No, no tengo familia", respondía.

Eso era lo que había decidido después que la casa cadena casi me arrastra a la tumba. Al menos esa paraguaya que quería acompañar a su hija hasta el final, hasta el polvo mismo. ¿Realmente se quería tirar? La tomé enérgicamente de los brazos y le reproché sus gritos, su falta de valor. Pero la verdad es que casi me arrastra con ella; hablaba en guaraní y era una lengua que no podía comprender.

Viajé a esa ciudad y me acompañaba la misma mujer de otros viajes. ¿Me acompañaría siempre? Era una preocupación, cuál era la mujer que me iba a acompañar hasta la tumba, me equivoqué tantas veces. Cuando tenía ese pensamiento me quedaba mirándolas sin que ellas sospecharan jamás lo que pensaba. Esa que calentó la cama hasta la noche anterior ahora yace en la tierra y el pelirrojo irlandés la espía detrás de los árboles.

La espero en la estación mientras busca hotel.

Bajo el sol del mediodía los dublinenses parecen pájaros. Regresa. Eligió el hotel por el nombre: Liffey. Un refugio de marineros frente al ferrocarril.

Dejamos el equipaje y vamos a la oficina de turismo. Nos dan un mapa. El camino de Sthepen, el peregrinaje de Leopoldo Bloom. La torre está cerrada por refacciones. Sin embargo, ella consigue hablar por teléfono con el guardián. Nos espera al día siguiente en la bahía. Me pide que anote su nombre en un papel: Nicholson. Sólo alcanzo a oír: Wilcock, investiga los manuscritos del autor.

Entro en librerías, pido fotos, postales. ¿Qué busco en esta ciudad? Un rebaño de ovejas cruzando delante de un tranvía. Tal vez la cúpula que me pareció ver desde la ventana del hotel y que me recordó a la iglesia rusa, esa que en la otra ciudad se encuentra justo frente al parque. Una construcción oriental en medio de una ciudad católica. Ahí donde entregué a Colette y a Virginia a la voracidad de los donguis.

Lo que me desespera es que desde la ventana del hotel puedo ver la cúpula y cuando bajo a la calle no puedo llegar hasta ella.

Miro el mapa. Comienzo a caminar y me pierdo. Almorzamos en un lugar. Fotos en color sepia a cinco peniques. Sin embargo, escenas que han desaparecido.

Lo primero que reconozco es el edificio de correos. Al final de la calle el monumento a Parnell. Ahora que estoy frente a la estatua no

puedo repetir aquellas palabras de memoria. Encuentro un libro sobre el Dublin de Joyce. Ahí aparecen otra vez las cúpulas. Un epígrafe acompaña la foto. La mezquita de Lincoln Place. Por qué entonces pensé en el baño de Bath. El baño bíblico. La antigua cortesana contando su desventurado relato. La mujer de Bath.

No sé cómo llegué hasta la biblioteca. Buscaron por abecedario y me mostraron los manuscritos de Sthepen. Qué buscaba en esa caligrafía alocada, en esas correcciones al margen. Salgo de nuevo a la calle y me cruzo con oscuras formas religiosas perdiéndose en el crepúsculo. Ya este día del Señor no llegaré hasta las cúpulas. Vuelvo a mirar en el libro el baño de Bath.

Atravieso un largo camino de rejas. Puedo leer en un cartel Stephen's Green, ahí es donde habían aparecido los cuerpos, ahí o en el zoo o en el Phoenix Park. Pero entonces los donguis acechan en cualquier parte, pueden hasta adoptar la forma de un soldado ebrio en una situación equívoca con una jovencita. Pero yo estaba traduciendo justamente la escena del parque. Los mellizos. El río en curso y todos esos ríos cruzando por mi cabeza. Todavía no había cruzado el puente, no sabía qué me esperaba del otro lado. Una ciudad partida en dos. Como la del terremoto, como la del santo. Pero los donguis habían aparecido por primera vez en Mendoza y yo ahora buscaba otro santo. Y a cada uno debería prenderle una vela. Y ahora buscaba la iglesia de San Patricio y quería cami-

nar sobre el sepulcro del Deán, del maldito Yaghoo. No puedo encontrar nada y las horas pasan y en dos días debo partir. No sé por qué me puse ese plazo; pero debo cumplirlo porque si no algo va a pasarme. Y es entonces cuando siento la primera puntada que me atraviesa el corazón. Y nunca he padecido de él. Y entonces recuerdo esa ciudad, ese peregrinaje repartido en órganos, y recuerdo vagamente Los Bueyes del Sol y Las Rocas Errantes y los riñones y ese capítulo dedicado al corazón que concluye en el cementerio. Entonces debo ir a Glasnevin y le pregunto al dueño del hotel por Glasnevin. Me mira sorprendido, solían ir a visitar las tumbas alegremente bebidos, pero yo no lo estoy y bebo cerveza caliente en un país frío y no montañas de cerveza fría en un país caliente. Y no sé por qué insisto en ir a Glasnevin, y la mujer que me acompaña está decidida a acompañarme hasta el final porque busca en un mapa y pregunta cómo llegar hasta allí. Pero yo extraigo mi peregrinaje del bolsillo donde cada lugar está señalado por un número: es el once y nunca me ha gustado ese número. Recuerdo esa estación donde los donguis habían hecho su primera aparición. Y también ese Club Once Corazones. Le digo: "No iremos hasta allí".

Pero sin embargo, este Liffey casi termina conmigo, quiero decir el hotel. Nos asomamos a habitaciones con cuchetas. Y en medio de la noche un borracho quiere forzar la puerta. Canta baladas irlandesas y no sé por qué pienso

que puedo encontrar la muerte en ese lugar oscuro. Atranco la puerta y corro el armario hasta colocarlo detrás. Y entonces pongo debajo de la almohada un puñado de dinero, una suma considerable digamos, pero que ahí debajo de la almohada se vuelve miserable. Entonces tomo un cenicero de bronce entre mis manos y pienso en defenderme. Pero leo ese Cinzano que es Tomás Cork. Y había visto carteles que invadían la ciudad con ese nombre y entonces pienso que el arma que he elegido para defenderme puede ser la de mi muerte. Y la mujer que está conmigo se lleva los dedos en cruz hacia los labios y en la señal de quedo santo se sella la boca. Y cierra mis párpados, acaso para que duerma.

Me levanto y voy hacia la ventana. No se ve pero sé que ahí está la cúpula esperándome. Y le digo a la mujer: "Pasame el santo". Y ella no comprende por qué tantas iglesias, por qué tantos santos. Y recuerdo ese río cayendo entre las rocas que en un relato se parecía a la estación Saint Pancrase. Y ella también debe tener un santo a quien encomendar su alma, como Virginia, como Colette. Ellas tampoco pudieron cruzar la avenida y llegar hasta la iglesia ortodoxa. Ese parque transformado ahora en una boda de estatuas donde novias de blanco juegan a vírgenes resucitadas ante los relámpagos de las cámaras fotográficas. Medallones de colores que irán a adornar los álbumes de familia. Ellas también podrían ser la carne virginal para los anhelos de los donguis.

A la mañana siguiente cambiamos de hotel. Dos cuadras más adelante. En esa calle de colegios religiosos, de ejércitos de salvación. Estamos más cerca del Albee y en el hall del teatro recuerdo esa conferencia sobre Ibsen cuando su voz no se había decidido aún entre la ópera y la literatura. ¿Pero acaso alguna vez abandonó la ópera? Lo cierto es que caminamos hasta dar con un hotel desde el que se podían ver los baños de Bath.

Cruzo por primera vez el puente o ya lo había cruzado la noche anterior y no me he dado cuenta. Llegamos al Trinity College. Ahí está la estatua, ahí está el dedo del prócer señalando el baño público: todo el día oigo el ruido de las aguas quejándose.

Atravesamos esos patios vetustos. Una exposición de Escher no alcanza para volver moderno ese lugar. A cada instante la sombra de una toga amenaza aparecer detrás de una columna. Vemos los manuscritos sagrados. En una sala repleta de libros, en medio de una vitrina, dorados, brillan los libros de Kells. No me producen ninguna emoción a pesar de la importancia que van adquiriendo en la traducción; a la mujer en cambio, las ruinas logran conmoverla.

Nos demoramos demasiado en esa recorrida. El ómnibus que debe llevarnos hacia Nicholson, espera. Quizá Thomas Cork trate de impedir que llegue hasta la bahía. En cualquier lugar de la ciudad basta levantar los ojos hacia el cielo para encontrar su nombre. La idea de abandonar el

corazón de la metrópoli me turba. Mientras el ómnibus se aleja, veo la forma de la cúpula perderse en la distancia.

Atravesamos los suburbios. El guardián de la torre espera. Linceo, el vigía, sucumbirá también ante la vaporosa aparición de la mujer. Cumplirá su promesa. Pero el trayecto es más largo de lo previsto, cierta inquietud se apodera de mí. La mujer, sin embargo, me hace comentarios sobre el paisaje. Ya queda un día menos, la noche ha quedado atrás y no he logrado mucho.

Reviso mis bolsillos en busca del mapa. No lo encuentro y me siento desesperado, perdido. Para tranquilizarme la mujer me asegura que debe estar en el hotel. Que por otra parte en la torre debe haber miles de ellos. No, habíamos llevado los tres últimos de la oficina de turismo. La mujer intenta distraerme: me da el libro con las fotos. Al volver una de las páginas me encuentro con los baños de Bath.

Nos dejan frente a uno de esos Center que abundan ahora. Una pequeña ciudad dentro de la ciudad. Todo exótico, tan delicado que podemos aspirar hasta las más refinadas especias de Oriente. Una calesita hace las delicias de los chicos. "Los animales parecen verdaderos", dice la mujer. Eso basta para que los mire. Veo a un chico pecoso montado sobre un chancho. Un lechón medio transparente, igual a un dongui. Pero no puede ser, ellos son sordos y buscan la oscuridad, aunque la luz puede apagarse en cualquier momento y ellos comenzar a roer.

Buscamos a Nicholson en medio de la ciudad. La oficina de turismo. El club de regatas, una avenida de arbustos. Nos encontramos siempre en el mismo lugar. Linceo se ha convertido en el Minotauro. Nadie sabe indicarnos dónde está el puesto de turismo. En el verano está frente al club de regatas. Pero ahora es invierno, quizá hoy mismo comience a nevar. Al fin lo encontramos junto a un hotel, lujoso. Miramar. Qué hace ese nombre en semejante lugar. Inmensos parques deshabitados, dálmatas que se acercan a lamer las manos. La mujer dice: "Pero a estos lebreles alguien debe darles de comer". A pesar de su matiz literario esta afirmación me inquieta. Pero no estoy dispuesto a atravesar esa pradera verde porque esos perros que parecen de mármol pueden devorarme en cualquier momento.

La oficina de turismo está cerrada. No hay nadie allí. Nicholson no está. Me siento tan desolado como el paisaje. Nunca llegaré a la torre. Hay un papel blanco clavado contra la puerta. Un mensaje de Nicholson donde nos dice que ha aguardado en vano nuestra llegada. Casi hasta el mediodía. Nos indica el número de un colectivo con el que podemos llegar hasta la torre. Nos desea suerte. Levanto los ojos hacia el cielo, también ahí el nombre de Thomas Cork. En los jardines del hotel los perros han desaparecido sin dejar rastro. Como si nunca hubieran pisado ese pasto, como si nunca hubieran estado en ese lugar. El ruido del mar me impide, quizás,

oír unos ladridos que parecen resonar a lo lejos.

Por debajo de la puerta dejamos a Nicholson una disculpa que la mujer escribió arrancando un pedazo al papel de su mensaje. De todos modos buscamos un lugar para hablar por teléfono. En el correo hallamos una guía telefónica. Hay ahí tres Nicholson. Discamos cada número. Hablamos sobre la torre. Transcurren unos segundos y la comunicación se corta. O si no, comienzan conversaciones cada vez más confusas. Nadie tiene que ver con ese Nicholson.

El ómnibus se acerca lentamente a la torre. Vuelvo a sentir una puntada en el corazón, una palpitación. Le digo a la mujer que cuando era chico tuve un soplo al corazón. Tengo miedo. Ahí está el cielo de la bahía, ahí la callecita que bordeando lleva hasta la torre. Sobre el agua plumas de aves. Esos chillidos llegan hasta mis oídos.

Subo por ese empedrado que no es el de mi arrabal. Un alambre de púas rodea la piedra. La escalera ha desaparecido, sólo una explanada de entrada a la torre. La tarde comienza a caer, las horas de luz se van rápidamente, no podré volver. Atravieso el alambre de púas, me rasgo la ropa y me apoyo contra el muro de piedra. La mujer busca un ángulo adecuado, no puede entender que el tiempo corre. Como corro yo después que me saca la foto y desde lo alto veo el baño de la explanada. Y un hombre en bicicleta que se dirige a los baños. Ella me toma otra foto contra la muralla que da a la bahía.

Y también demora unos minutos porque espera que un ave vuele sobre mi cielo, sobre mi cabeza, en la foto.

Volvemos al centro hundiendo los pies descalzos en la arena del jesuita, evitando pescados transformados en restos de esqueletos. A cada instante vuelvo la cabeza hacia atrás y la torre está ahí, domina la bahía entera. Me doy cuenta de que no he ido al baño de la explanada. Quiero regresar, pero es demasiado tarde.

Bordeo toda la bahía en ese crepúsculo en que algunos paseantes han salido a caminar antes de que caiga la nieve. Y por qué no se me ha ocurrido llegar hasta el baño público. Conversar con el ciclista. Hacer aguas, como corresponde a un traductor, a un hombre culto. Pero sé que me despido de la bahía para siempre, el vuelo de esas aves ya parece hacer un círculo sobre mi alma. Sólo Bath es mi salvación.

El ómnibus que nos lleva de regreso es de dos pisos. Tengo suerte, desde el piso superior entraré en la ciudad mirando la cúpula de frente. Me alejaré de esas voces juveniles y chillonas como de pájaros que gritan sermones callejeros acerca de la salvación del alma, la purificación de la carne y el perdón de los pecados. Y son jóvenes, todos muy jóvenes. Quién rezará por mi alma. Pero ahora sólo debo preocuparme por mi corazón porque un soplo lo amenaza desde hace mucho tiempo.

Antes de regresar al hotel damos un paseo por la avenida. Otra vez cruzamos el puente. Esta

vez, muerdo la manzana. La vendedora está en uno de sus extremos. Frente al correo buscamos, según el libro, el monumento del prócer inglés. El edificio del correo es inconfundible pero el manco de mármol no aparece. Sin éxito, recorremos minuciosamente la calle de un extremo al otro. El conserje del hotel nos aclara el asunto. A Nelson lo volaron por el aire. En el primer acto de patriotismo, hace doce años. Una bomba lo hizo estallar en mil pedazos.

Cuando subimos hacia la habitación, el hombre me pregunta si he encontrado el camino de Glasnevin. Hago un gesto ambiguo. Ese matarife no se llevará mi cabeza.

Desde la ventana, la cúpula espera inmóvil. Sin embargo, basta bajar y empezar a buscarla para darse cuenta de que tiene, como se dice, su propia vida. El baño de Bath. Un baño bíblico. Recuerdo la escena de la casta Susana y ese perfil judío espiando las carnes blancas. Podría haber encontrado ahí sus rocas errantes. Recuerdo ese otro baño, en medio de los vapores. Sauna. Me recuerda a saurio. Y en verdad es como una cueva debajo de la tierra. Respiraciones profundas. Exhalar aire y dejarlo escapar, mezcla de suspiros o gemidos. Esas exhalaciones y esos gemidos me traen las sesiones de espiritismo. Silencio, mucho silencio. La médium está en trance. Y entonces sólo se oye esa manera de respirar, de arrojar el aire desde los pulmones. Desde el alma o desde el corazón.

No faltará quien diga: los tiempos cambian

para Wilcock. Antes hablaba de los baños cercanos a la estación. Públicos. Por unos centavos poder lavar el cuerpo, no los pecados, no unos peniques, no el baño del perdón. Aunque el sauna también tiene sus cucarachas que recorren sigilosamente el azulejo blanco. Pero entra un criado y las pisa. Qué clase de criado es ése que las pisa con los pies.

Otra mujer me acompañaba en ese baño. Joven, muy joven. Extendida, en posición de abandono sobre una hamaca blanca. Recuerdo que habíamos salido juntos de las brumas. Le hice una caricia bajándole los párpados. Sonrió: todavía no estoy muerta. Y era joven, muy joven para decir eso. Y todavía no existían los donguis esperando en la oscuridad el alimento de los cuerpos.

Sí, ahora Wilcock ya no es un reptil. Porque ha llegado lejos, por lo menos en el mapa. Lo busco en el bolsillo del saco y ahí está, cada vez más arrugado. Los otros dos también están en la valija.

Nos cambiamos de ropa y volvemos a salir. En el relato sobre los donguis también se viajaba de un lugar a otro. No había tiempo para detenerse.

Y en los barrios de la bella, en medio de la oscuridad ninguna mujer nocturna a pesar de los zaguanes amenazantes, de los portones oscuros. Barrio de ferrocarriles, de fábricas. La bella dama ya no está. Ya no mirará desde el abanico de plumas de ganso ocultando su rostro. O tal

vez no era un abanico, sino un antifaz de terciopelo. La dama sabía decir palabras procaces en español. Las había aprendido con la mujer del ojo de vidrio. Aquélla a la que el otro ojo sólo le servía para mirar el dinero. Esa bella sí que había sido el mal de muchos hombres. La intrusa hasta provocó el duelo entre amigos. Y el que disparó la pistola al aire había atravesado el naipe, la reina de corazones. La bala atravesó el agujero del destino, no de la muerte. Pero ella tiraba las cartas, las suertes, y destrozaba corazones.

Estos recuerdos españoles nos llevan hasta un restaurante. Con escenas de toros. Y recuerdo que la mujer del antifaz finalmente, en medio de las brumas, volvía para quedarse con un nombre, tan procaz en su manera española de decirlo, y el cochero aguardaba para volver a la ciudad y ella quería regresar inmediatamente. Y el hombre mientras armaba un cigarrillo le dijo: "Los caballos comen". Y entonces en medio de esas corridas, de esa arena, recuerdo el nombre del guardián de la torre. Nicholson. Pero acá yo también soy el pasajero que atraviesa este valle de lágrimas que, a su manera, es también un desierto. Y quizás encuentre la muerte al murmullo lejano de unos olés.

La mañana de nuestro último día. No el del juicio, pero sí el de la partida, al día siguien-

te. Hay que comenzar desde temprano la peregrinación. Hasta la casa de rejas, hasta el número siete de la pecadora de Bloom. Aquí también quiero mi fotografía. Muy junto a la placa de la calle. Pero la casa está en demolición y se confunde con la de al lado. Miro el libro y repito: "Es aquí, aquí es el madero donde se perfumaba la carne de los lirios".

La mujer duda de que sea la casa de las citas. En esta ciudad hay una taberna en cada esquina. Entro en una y pregunto por la placa. Me entienden a medias: "Si quiere ver la placa de un escritor, aquí a la vuelta está la de Sam O'Casey". Entonces sólo queda para mí el camino del zoo.

Ahí ya me aguarda un camino de nieve. Un parque desnudo de cuerpos. Habrá que esperar el verano, quizá la primavera. No es necesario que haya arena para que algo pueda ser un desierto. Y los animales encerrados, aguardando en sus jaulas de cristal. No cuevas, verdaderas habitaciones con calefacción. Dos niños tomados de la mano de su padre contemplan los equilibrios de la fiera. Una verdadera vuelta de tuerca.

Buscamos un lugar para almorzar. Todo blanco y desierto como una estación de nieve en verano. En el medio de esas avenidas un club privado. Hablan, ríen, comen, detrás de un cristal helado, son socios de un club de protección de animales. Y entonces las escenas de caza. Ese cuadro olvidado que aparece en el relato, en esa

parte tan española. Y la escena de la maternidad, no la de la misericordia, frente a la iglesia de Saint George. No aquélla donde los cazadores buscaban su presa. No cejaban así nomás, no se resignaban a quedarse, como se dice, con las manos vacías. Allí los mellizos habían encontrado la muerte. No, no morían, se transformaban. Pero no en la maternidad del nombre del prócer. Ese mulato de labios de bofe. Y la voz de mi madre siempre recordándome: naciste cerca de la cárcel. Y en el Phoenix Park había ocurrido un delito de sangre y Wilcock que había nacido cerca de la cárcel tendría que volver a ella. Y también mi padre tenía su cara de mulato. Su pasado esclavo.

Al regreso recorremos las riberas de río por última vez. Buscamos las dulzuras del pecado. Del otro lado del mapa un hombre de anteojos con sombrero revolvía libros en una mesa. Recordé ese perfil judío, buscando su corín tellado. Una ribera oscura donde un perfil judío rondando librerías lascivas, iba en busca de los libros del pecado. Buscaba para su lirio su literatura rosa.

El día de la partida nieva. Los pájaros de cuentos irlandeses esconden sus caras detrás de lanas tejidas. Otra vez en la estación atravesamos una nieve ni tenue ni liviana, pero que lastima las mejillas y con el transcurrir de los minutos es una herida punzante. A lo lejos alcanzo a ver la cúpula, cubierta de la nieve tenue. Nunca llegaré hasta ella. Pero quizás con este tiem-

po debamos suspender el viaje. Detrás de las nubes está el sol, dice la mujer.

Esta vez la cúpula se clava en mi nuca. Miro el libro una vez más. En mi bolsillo también está el mapa. Pasamos por Glasnevin, no se quedó con mi cadáver. A medida que nos alejamos, algunas palabras retornan: Parnell ha muerto y la temible sombra de la espada.

La cúpula ha quedado sepultada en la nieve. Cómo harán los gitanos para recorrer el país en carromatos, quizá será en otra estación. La mujer me dice quedamente: "Habrá que regresar en el verano". Después se lleva los dedos a los labios en la señal de quedo santo.


EN VIDENCIA

El se ha despojado de sus guantes y los ha arrojado sobre la cama. Las manos al aparecer reflejadas en el espejo, descubiertas, se han vuelto de improviso vergonzosamente íntimas. Cuando el hombre se friega suavemente las manos con ese ungüento un leve rubor se desvanece en su rostro. A pesar de que esa habitación permanece siempre en penumbras, se diría que la mujer guía sus pasos por la fragancia de esas cremas, y es al brillo de esas manos untadas al que ella se dirige cada vez que su tenue voz se oye en la habitación.

Sentado frente a una mesa sus manos jugadoras, despojadas hoy de las joyas de antaño, entremezclan amorosamente unas cartas. La partida será esa noche, anunciada como 16 de junio en el calendario.

Los dedos pequeros se detienen minuciosamente en cada naipe. A unos ojos cerrados pertenecen esas manos que recorren los bordes de esas figuras brillantes, queriendo reconocer en las superficies pulidas los perfiles enviados por la suerte.

Ya nunca más podrá decir como ayer qué es

lo que cada figura nombra; para sorpresa de esa mujer a la espera siempre de algún yerro y, sin embargo, sorprendida por la aparición del número y la figura justa, que la voz del hombre ha adivinado anticipándose con arrogancia.

Desde el otro extremo de la mesa, la mujer comprueba que el hombre se ha equivocado una vez más. Su voz consigue que esos ojos que hasta entonces han permanecido cerrados, se abran para mirar esas manos que ha alzado ahora hasta la altura de la cara.

Dados los acontecimientos prefieren conversar de cosas del pasado. Mientras tanto, él ha intentado vanamente repetir el truco durante las horas de la tarde. Y es ella, entonces, la que cerrando los ojos ha fingido sumirse en un sueño, acompañado por el susurro de ese roce de cartas cayendo una tras otra sobre la mesa.

La mujer hace muchos años que comparte con ese hombre su mirar en el espejo. Lo hace una vez más, hasta una hora próxima a la partida. Después, como todas las noches comenzará a vestirlo, ya que hace años que el hombre no toca sus ropas con las manos. No toca nada por temor a perder el tacto. Lo hace excepcionalmente, pero sólo provisto de guantes.

Cada vez que ella contempla esos guantes color salmón recuerda cómo debió acostumbrarse a que esas manos salmonadas acariciaran su piel. Sólo una vez sintió que unas manos frías le recorrían el cuerpo, y ella misma, con un gesto, le señaló al hombre los guantes que estaban

sobre la cama. Fue una noche cuando, mientras él estaba de partida, ella tuvo la videncia. Nada pudo decir del rostro de la mujer porque se alejaba, nada pudo decir de la voz porque permaneció en silencio. Recordaba, eso sí, un remise negro que comenzaba a deslizarse por una calle aterciopelada.

Al despertar, ella encendió velas y se inclinó a orar fervientemente. Pero en cuanto cerraba los ojos, la videncia retornaba. Y era una mujer que, alejándose, aparecía por un camino cubierto de pétalos.

Esa noche, mientras ella ponía los guantes en la mano de ese hombre, le contó la videncia.

La partida resultó breve pero él caminó hasta los arrabales, regresó a la madrugada. Una vez más, había perdido. Ya sus dedos no podían reconocer ninguna carta. A su tacto, todas ellas parecían damas extrañas a las que nunca había contemplado.

Después de cada partida, veía cómo los mazos de cartas eran rotos en pedazos y arrojados al suelo. Un hecho común entre pequeros. Pero todas esas figuras rotas a su alrededor comenzaban a acumularse vertignosamente y se deformaban en posturas que se descomponían y recomponían en una figura que presagiaba a la mujer del relato.

Ya en su casa, sentado frente al espejo, contempló sus manos enguantadas. Casi con temor se desprendió de los guantes. Supo que el mal se posesionaba de sus manos.

Fue entonces cuando dijo a su mujer, a la que sabía despierta: "El mal de mis manos está en la mujer de la videncia".

Ella lo calmó. Por la mañana, irían a la ciudad, visitarían iglesias.

Nunca más las cartas deberán estar boca arriba, el destino de esos naipes será el de quedar ocultos ya que en ellos aguarda un rostro de mujer.

Fue en la iglesia y en medio de los fieles donde se despojó de sus guantes. Por primera vez mojó los dedos en agua bendita y se persignó. Con esas manos húmedas acarició los naipes que llevaba en el bolsillo. Acaso esas figuras simulaban en sus oros, estampas santas. Durante el oficio, permaneció con los ojos cerrados, ya que temía encontrar en esas ceras nacaradas las imágenes relatadas por la vidente.

Esa noche, en la videncia, la mujer no retornó. Sólo aparecía el camino cubierto de pétalos blancos. El remise negro había desaparecido, ya no soplaba el viento y esta vez todo estaba quieto y en silencio.

Ese amanecer, al despertar, la mujer le contó al jugador lo que había visto en sueños. El hombre no hizo preguntas pero la miró quedamente.

Después de escuchar el relato, se acercó a los naipes. Las cartas esparcidas sobre la mesa dibujaban geometrías extrañas. Como manos muertas, los guantes yacían sobre la cama acariciando morosamente sedas abandonadas.

En una de las cartas reconoció una letra de

mujer. Entonces el hombre se llevó las manos a la altura de la cara y las contempló. Despojadas de los guantes, aparecían desnudas.

Ya en la ventana, su mirada se perdió por el camino desierto.

BLOOMBSDAY: EL OTRO BLOOM

Ojos verdes se quería matar. Lo había decidido. Un día compró el revólver y ya nada se lo podía impedir. La historia de nuestra boda había sido una historia larga. Por qué la recordaba hoy. Tal vez por el suicidio. En el calvario había tres Bloom. *Ulises* había contado la historia de uno. El otro era un fotógrafo. Había matado a una mujer joven para después simular un suicidio. El se hizo sus propias heridas; sin embargo no fueron suficientes, igual lo descubrieron. En el lugar del crimen escribió con la sangre de la víctima, tal vez con la suya propia una palabra extraña: LIOVE. Se había ido del país o había sido recluido. Por qué quería saber más de ese Barrabás desconocido.

Eran los comienzos del siglo y no era un personaje renombrado, por lo tanto era difícil seguir sus pasos. La biografía de Ellmann sobre Joyce no suministraba ningún otro dato. Comencé a buscar en los diarios de la época. La muerta no tenía ojos verdes y era pelirroja. El trabajaba como fotógrafo en lugares de culto. Iglesias, oficios religiosos, incluso grutas y santuarios de los alrededores. De ella se ignoraba

el oficio, aunque era de suponer que trabajaba con Bloom en el estudio fotográfico. Sospechaban que el móvil del crimen fueron los celos; la diferencia de edad sugiere el crimen pasional. Tal vez había tomado alguna foto comprometida pero la explicación no me satisfacía, me parecía demasiado banal. Comencé a jugar con Bloom y pensé que ese Bloody había hecho honor a su nombre; a pesar de lo borroso de las fotos no se podía dudar de que había sido un hecho sangriento. Otra vez volvieron a mí esos ojos, verdes, rasgados, otro Bloom le mostraba fotos y le pedía bloom, sí que lo desabotonara, y ese recuerdo lascivo era lo único que ella podía contar de su infancia. Lo único que contó durante diez años de matrimonio.

Nuestro laberinto comenzó en La Cumbre o tal vez en La Falda, sí, ahí fue la miel de nuestra boda. Ahí comenzó nuestro Blommer. Y no porque fuera ella la que llevaba los pantalones o porque no me gustaran sus calzones que era lo que más me gustaba ya que supe regalarle lencería fina, buscando siempre la esmeralda que hiciera juego con sus ojos. Ella siempre se hacía presente con sus prendas. Pero fue el nuestro un matrimonio desgraciado. La desdicha comenzó un fin de año. Fui a visitarla, era aún nuestro noviazgo. En verdad ya teníamos rencillas o grandes riñas, lo cierto es que ella tuvo su crisis de nervios, su desvanecimiento. Era vísperas de año nuevo, yo llevaba un regalo para tratar de arreglar la situación. Me recibió su

padre esgrimiendo un revólver. Con él apuntó a mi cabeza mientras decía ferozmente: "Mi hija murió para usted". Yo creía que era yo el que iba a morir; sus palabras resultaron fatídicas. Nunca más la volví a ver. Pasaron cuatro meses hasta que en su cumpleaños le envié un telegrama: Boca bonita, verdes tus ojos. Pero antes, sí que pasaron cosas. Durante un tiempo viví en una madriguera en el barrio judío. Trabajaba en una biblioteca pública.

La biblioteca me permitía mantener ciertas relaciones. Por ellas, después que ojos verdes me abandonó pude internarme en un hospital. Pensé que ella iría a buscarme. Una ambulancia sí vino a buscarme. Un amigo de juventud hizo el viaje conmigo. Durante el trayecto recordamos otras mujeres, otros amores, siempre desgraciados. No tenía ducha en el departamento y había lavado mi cuerpo por partes. Mientras comía uvas pensaba cuánto tiempo estaría recluido. En la puerta del hospital preguntaban por un enfermo llamado Wilcock. Nadie lo conocía. Tuve que decir mi nombre. Vagamente hablé de una tuberculosis. Escupía sangre de los pulmones. Estuve los días suficientes para saber que ella nunca iba a venir. Recuerdo que mi padre aún vivía y me visitó. Recuerdo su mirada de desdén al verme sumido en ese estado por el amor.

Y un día la muerte llegó hasta allí. Murió el hombre de la cama de al lado. Pedí otra habitación. Consultaron. Al fin al agonizante le pu-

sieron un biombo. Sus últimas boqueadas tuvieron cierta intimidad.

Es verdad que había una enfermera que me protegía. Ella también escribía una novela. Su vida en el hospital. Su experiencia entre las camas. Pensé: esta tierra está llena de delitos de sangre.

Un día recibí la visita de unos amigos. Viajaban a Valparaíso. Decidí ir con ellos. Seguramente desde ahí, desde el extranjero, le enviaría una carta a ojos verdes. Lo hice desde Uspallata primero y desde Valparaíso después. Es verdad que con los años viajaría con ojos verdes y encontraría allí mi propio cajón. Hice el viaje y escribí la carta. Entonces Valparaíso me parecía un infierno. El palacio de los espejos, el palacio del rock. Prostitutas adolescentes prendiéndose del brazo de los forasteros. Pero estaba en esa edad y en ese instante de la vida en que sólo interesa una mujer. Ella nunca respondió a mis cartas.

Sí, respondió el telegrama. Nos encontramos en La Perla. Cerca de la estación donde por primera vez aparecieron los donguis. Meses después se realizó la boda. No sé en qué momento ella decidió quitarse la vida. Tampoco se podría reducir a un hecho. Con los años me di cuenta de que sabía tan pocas cosas de ella, quiero decir de su vida. Sé que un día me fui para siempre y la dejé al borde de la muerte. Recuerdo ese departamento de un ambiente donde se desarrolló la historia.

Fue el día del almohadón de plumas cuando decidí irme. Ya había visto su rostro perdido, ya había visto cómo los ojos verdes eran lo único que quedaba de su juventud, y sin embargo seguía ahí. Ya la había visto quemar su carne con un cigarrillo, pero el día en que con el cortaplumas comenzó a despanzurrar el almohadón y a esparcir sus plumas por el departamento, tuve que cerrar los ojos porque pensé que nunca había estado tan cerca del crimen. Tal vez era eso lo que ella quería de mí, su vida, o su muerte. Lo cierto es que las plumas caían como pétalos de sus manos y en un instante, como en las tormentas, el piso se cubrió de ellas.

Volví a vivir solo. Durante las noches no lograba conciliar el sueño y fue en ese momento cuando me di cuenta de que ella quería que apretara su cuello delicado. Sin duda, fue la pelirroja la que llevó al otro Bloom a tal grado de exasperación que el hombre terminó por matarla. Pensé en los suaves armiños que entregan los cuellos a las manos.

Recuerdo que muchas veces quise cerrar esos ojos verdes para siempre. Justamente para eso no tenía que mirarlos, ni acariciar esa marta tan suave. Pero sí, muchas veces pensé en cerrarlos para siempre. Recuerdo que pedí a mi madre que consultara qué pasaba con ella. Un espíritu desdichado, condenado al sufrimiento y la desesperación. "Hay en su alma un espíritu que se suicidó por amor. Hay que arrancarle ese espíritu." Lo había dicho la médium que se

llamaba Irene y también tenía ojos verdes. Entonces quién arrancaría el espíritu de quién.

Recuerdo que le dije: "Es la última esperanza". Quiero decir que estaba dispuesto a cualquier cosa ante esa carne que cada día se volvía más loca.

Ella caminó hasta donde estaban las médiums, recuerdo que la rodearon. A mi lado mi madre relataba lo que sucedía: "Está posesionada de un espíritu muy fuerte, se niega a abandonarla, por eso se lamenta tanto". En cadena, las tres médiums se tomaron de las manos y comenzaron a tirar para arrancarle el espíritu. Fue entonces cuando apareció el cardenal, mi madre me lo dijo. Todo vestido de rojo, como para una ceremonia, con un enorme anillo de oro que le iluminaba las manos. Era el espíritu que le habían arrancado. Se revolvía furioso y se desgarraba las ropas y un círculo de fuego impedía acercarse a él.

Ojos verdes parecía indiferente a lo que pasaba a su alrededor. Con los ojos cerrados estaba desconocida, podría haberla confundido con otra marta. Al final, las médiums volvieron a tomarse de las manos y mientras rezaban una plegaria parecieron unir sus esfuerzos en un gesto de repulsión que coincidió con la desaparición del cardenal. Fue entonces cuando mi madre dijo: "El se ha ido para siempre". Pensé: ojos verdes ha encontrado la paz. Abrió los ojos y su mirada me pareció dulce y perdida.

Pero no había terminado todo, mi madre no

soltaba fácilmente la presa. Convocó entonces al espíritu de mi padre. No podía resistir un instante más en ese recinto pero si me iba temía la venganza. Hablaba desde la eternidad para Nelly, su dulce Nelly: "No voy a perdonar tu segundo casamiento". Pensé que todo seguía igual para esas almas condenadas. Así en el cielo como en la tierra, debían amarse siempre de la misma manera.

El espíritu de mi padre seguía hablando: "Tampoco perdonaré que hayas vendido mis joyas, que hayas hecho grabar sobre mi cadena el nombre de otro hombre". Quise hablarle, decirle que había rescatado las joyas, que volvería a hacer grabar su nombre en relieve, con letras de oro como antaño. Pero la voz de mi madre se oyó en el recinto: "Fue por necesidad, no por venganza. Ahora que lo sabes, puede tu espíritu descansar tranquilo. Tu voz puede abandonar mi oído por las noches y permitirme conciliar el sueño".

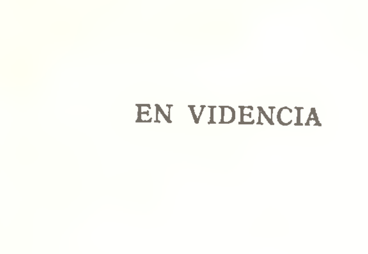
Recuerdo que salí del recinto y me llevé a ojos verdes conmigo. Me zumbaban los oídos. Quería alejarme de allí para siempre. Ahora pienso que hay hombres que arrastran mujeres hasta la tumba. Esa pelirroja, fue tal vez su Virginia, quizá su Colette entregada a la voracidad de los donguis. Ese Bloom sería uno de ellos. O simplemente ella habría hecho lo imposible para que él cumpliera con el destino. Ella no se animaba a matarse y lo había elegido a él para que lo hiciera. Somos juguetes en manos de los dioses.

Si no eran verdes los ojos de la pelirroja tal vez fuesen de color ámbar. Pero entonces eran de cera o de cristal. Y ámbar era el color de los peces. Y los pescados tenían su historia en la familia. Una historia vulgar para esos tiempos, una espina había atravesado la garganta del abuelo y casi encuentra la muerte en la comida.

También estaba el otro Wilcock que se pasaba siempre rodeado de pescados. Y un asunto oscuro que nunca se aclaró, el robo a una pescadería. Para él la casa era como una playa abandonada. Restos de redes, anzuelos, carnadas acechaban en cada rincón de la casa. Teníamos nuestra propia arena. Un día el gato de la casa buscó alimento en la carnada. Se encontró con el anzuelo que le atravesó el hocico. No murió de eso. Pero se paseaba con ese acero por toda la casa. Y cruelmente ese mismo Wilcock decía: "¿Quién le puso el cascabel al gato?" Y ese tintinear se escuchaba en todos los lugares y el color ámbar de los ojos hacía brillo con el metal colgante, mientras que el animal que buscaba la presa había resultado la carnada.

Recordé los ojos de tigre de la traducción. La mirada de tigris. Ahí estaba el río y la pirámide. El irlandés arrojaba la carnada y que los demás se lanzaran a buscar la presa.

Con qué ojos Bloom habrá mirado a la pelirroja mientras la asesinaba. Quizás los cerrara para cometer el acto. Seguramente fue en el estudio fotográfico. Ella se preparó para una pose que le exigía el oficio y se encontró con la muerte.



EN VIDENCIA

Se fueron a vivir al campo, al medio del campo. Hasta ahí los llevaron los espíritus. Hicieron un jardín y un garaje. Para que entre el coche fúnebre, solía decir el hombre, refiriéndose a cuando su muerte lo fuese a buscar.

En hilera, las botellas se alineaban una tras otra hasta llegar justo a la boca de un hormiguero. Con morosidad, las hormigas recorrían el camino de vidrio. Sin embargo, esos cuellos tibios por el sol no se estremecían ante el paso de los insectos. Cada vez que la mujer agregaba una botella a la hilera, se detenía un instante para mirar al hombre que demoraba sus ojos en una gota que tardaba en caer. El hubiera preferido que fuese roja, pero la teatralidad de la escena se disolvía en un líquido pegajoso de color indefinido.

Sabía que un cuello de botella podía llegar a ser mortal. El vidrio deberá dar muerte al vidrio, pensó al recordar la presencia de cristal helado que con pasos menudos recorría la habitación.

En sus manos, el vidrio se transformaba en un fino y rojo cuello de cisne. Una muerte de

plumas que, no obstante, rasgaba sutilmente la piel.

Eso pensaba desde que la mujer le había contado la videncia. La había sorprendido mientras su mirada se perdía en el camino. Repentinamente había comenzado a hablar: "Una mujer camina por un camino de plumas; no, de pétalos. Algo frío, muy frío. Marcha en silencio. Parece caminar con rumbo fijo, sin duda su memoria la guía en sus ojos cerrados ya que parece haber recorrido ese camino más de una vez".

Desde ese día, la mujer ya no abandonó la ventana. Al atardecer, después de aguardar la videncia una vez más, cerraba las persianas y repetía nuevamente el relato. No agregaba ni quitaba una palabra.

Las conversaciones se volvieron menos frecuentes. Sólo al caer la tarde parecía que los rasgos de la mujer se iluminaban y que su rostro adquiría un matiz de sumisa esperanza.

Un día ella comenzó a hablar de los resplandores de los huesos. Las osamentas con sus fulgores rodeaban los contornos de la casa, invadían las sombras. No quedaba un lugar para refugiarse. Pensó que los reflejos los producían las botellas y empezó a enterrarlas, sólo los cuellos quedaban afuera porque era la señal de un camino que conducía a un jardín de magnolias. Ella presentía que no eran ésos los pétalos que adornaban el paso de la vidente. En el camino de vidrio las magnolias parecían lujosas.

Las condenadas emergían sus cuellos desde

la tierra a la espera de que el hombre calculara su suerte arrojando monedas casi sin valor que producían un ruido que obligaba a la mujer a llevarse las manos a la cara tapándose los oídos, pero al mismo tiempo solicitando clemencia cuando las manos aplastaban la cabeza y querían juntarse en el ademán del rezo.

Un día lo dijo: "Son esas luces, esos resplandores nocturnos los que impiden que haya vuelto. Ella lo ha dicho. Me acerqué a la ventana y pude percibir un aroma de flores. No era un perfume conocido. Atravesé esos trozos de vidrio y me incliné a oler las magnolias y me di cuenta de que tenían un perfume diferente. Entonces comprendí que se trataba de la mujer y que eran los resplandores los que impedían que ella pudiera llegar por el camino. Pensé que esos vidrios que asomaban sobre la tierra podían herir sus pies desnudos pero recordé sus ojos cerrados y supe que eran los fulgores los que no dejaban que ella se acercara. Incluso pasó un día antes de que lograra entenderlo. Fue necesario que antes sacrificara un ave de corral y esparciera sus plumas hasta formar la seda delicada que imaginaba para sus pies. Hasta tuve que quitar algunas plumas brillantes que conservaban aún alguna gota de sangre.

"Esa noche esperé en vano. Sin embargo, volví a oler ese perfume penetrante y fue en ese instante cuando tuve la certeza de que los ojos cerrados no se abrirían ante el resplandor de los huesos."

Fue esa noche cuando ella hizo el pedido. El hombre recorría entonces los alrededores en busca de los huesos. En medio de la oscuridad las carcazas adquirían las geometrías más extrañas. Los restos, en su mayoría de vacas y caballos, se disponían dificultosamente sobre la tierra. Las formas blancas se volvían difíciles de asir y las primeras le hirieron las manos. Desde ese momento decidió usar guantes.

Al principio vacilaba antes de acercarse a los huesos por temor de que los reflejos pudieran dañar los ojos. Cuando comprendió que no era necesario tomar esas precauciones el trabajo se volvió más mecánico.

Inició el recorrido nocturno provisto de una pala a la que más tarde agregó un rastrillo para acarrear el pasto, ya que una vez terminada la tarea encendía un fuego para que ella pudiera ver los resplandores. Las llamas eran la señal de que la faena había terminado. Estaban destinadas a la mujer que no podía esperar a que el hombre regresara para contarle lo sucedido.

Sólo al principio requirió detalles. Especies, posiciones, estado de los huesos, descripción minuciosa de las partes conservadas: insistencia en saber si se percibía aún algún olor a cuero, carne o piel.

Al pasar el tiempo sólo se interesó por las cifras. Sin embargo, ya nada la tranquilizaba. Un día preguntó si las aves entraban dentro de la tarea. El creyó que se refería a las aves carniceras como caranchos o chimangos. No, ella se

refería también a las palomas y a los pájaros.

A partir de entonces decidió usar una linterna y extender el recorrido hasta la madrugada. Sin embargo, no fue suficiente y se hizo necesaria la luz del día. Con piedad recorría los alrededores y ejercitaba su memoria a partir de ciertas señales. La forma de un árbol, los pasos que mediaban entre una zanja y otra, los postes de un alambrado. Los pájaros y las palomas se volvían difíciles de enterrar durante el día.

La mujer mientras tanto aguardaba la videncia. El trató de decirle que esas cosas suceden una sola vez en la vida. Temía ya sus recorridas nocturnas y un día le dijo a la mujer: "Tengo miedo de encontrar otra cosa que animales". Ella ya no lo escuchaba.

El resolvió mentirle. Pasaba horas en un café nocturno y regresaba a la madrugada. Los que atendían el negocio lo conocían y le guardaban la bolsa con herramientas.

Cuando regresaba a la casa encontraba a la mujer sumida en el silencio. Al aproximarse encendía el fuego de costumbre. Después calculaba la distancia, demorando cada paso. Llegó a calcular el tiempo apretándose el pecho y contando los latidos del corazón. Tantos latidos, cruzaba el empedrado; tantos latidos, llegaba a la puerta; tantos latidos, atravesaba el jardín. A veces gustaba de apresurar su corazón emocionándose con el recuerdo de ciertas escenas y entonces se podía decir que hasta corría.

Sentado en el mostrador del café al que acudía por las noches y contemplando las botellas que se alineaban y se duplicaban hasta adquirir formas inciertas, a lo que se sumaba la extrañeza de esos nombres extranjeros que adornaban las etiquetas, pensó que en sus manos el cuello de una botella se podía transformar en una botella rota, de ésas que se usan para matar.

La casa permanecía cada vez más oscura. La mujer se iluminaba ya a la luz de una vela. Cuando él entró, ella estaba de espaldas habiendo perdido los ojos en el polvo del camino. El hombre se dirigió hasta el jardín y al azar, sigilosamente, desenterró una botella. La misma toalla que usó para limpiarla le sirvió para envolverla y para que el vidrio se rompiera silenciosamente al ser golpeado contra la pared. De entre los pedazos se quedó con el cuello.

Volvió a la habitación y se aproximó a la mujer. Cerró los ojos y el cuello de vidrio se transformó en sus manos en una tenue pluma de cristal.

BLOOMBSDAY: EL CAMINO DEL ZOO

¡Bloom! La mariposa encontró la muerte en manos del fotógrafo. Pensé en ojos verdes con sus labios rojos, nunca vi una marta de tan suaves colores. Pero quedó clavada por un dulce alfiler. Esa es la sensación cada vez que abro un libro y me encuentro con una foto. Ningún aroma, ningún perfume, sólo una mariposa muerta.

Estaba seguro de que la mariposa se había hecho matar. Tal vez por celos, o por infidelidad. Cómo lograba salvarse la rata cruel después de sus infidelidades. Al comienzo de las disputas aparecía siempre frágil, fácilmente quebrable por el león que se golpeaba el pecho de ira ante el hecho descubierto. Sin embargo, los gestos, las amenazas se diluían, hasta que la garra terminaba colgando fláccidamente de la cama. Entonces el león era un pajarito. Ojalá hubiera sido siempre un pajarito porque la muerte no lo encontró justamente así. Sino como un buey al que van desollando lentamente; quiero decir que la muerte no pasó inadvertida para él, sino que le hizo notar que llegaba y se instalaba. Como para que no la olvidara.

Yo no creo en los peces de colores, decía el león refiriéndose a que la rata cruel pasaba las noches fuera de la casa.

Ahí estaba el santo. El santo que había que pasar. El acertijo que durante la infancia había adquirido la crueldad del juego. La voz de la tentación preguntando cómo se dice caballo al revés. Y ahí estaba la implacable figura del toro acechando a la vaca que salía por la boca.

Ahí estaba el hombre que por las noches se iba a la cama con un animal de su madre. Un zorro, una nutria, una vizcacha, lo acompañaban en su madriguera. Cubría su cuerpo con esos animales a los que nunca quería abandonar hasta que los insectos que amenazaban las bellas pieles se convertían en moradores de su propia carne.

En otra madriguera el papagayo estaba siempre debajo de las camas. A veces se subía a alguna de ellas y alguno de nosotros lo acariciaba morosamente mientras que el líquido que descendía con languidez se volvía cada vez más cálido.

Cada uno tenía el suyo y trataba de hacerle una marca con pintura para que no fuera cambiado por otro durante el servicio de limpieza. Algunos llegaban a dar verdaderos conciertos haciendo tintinear con un utensilio de metal la forma manchada y brillosa que emitía unos sonidos lastimeros.

Una noche, merced a una discusión, se suscitó un hecho muy extraño. Un hombre enyesado

llevaba en el yeso la firma de sus ídolos. Paseaba orgulloso su cuerpo quebrado sostenido por esas firmas a las que durante las noches se encargaba de lustrar con esmero allí donde la superficie no aparecía tan blanca. El vendado resultaba bastante molesto, ya que por las noches solía soñar y hablar en voz alta. Se despertaba envuelto en terribles pesadillas y clamaba por su madre. Lo cierto es que en la vigilia alguien le recriminó esa costumbre, tal vez un poco duramente. El hombre, que se avergonzaba de sus noches, reaccionó con un insulto. El otro no encontró nada mejor que arrojarle café sobre el yeso firmado. Las firmas se diluían lentamente hasta convertirse en una mancha borrosa y el vendado quedó con los ojos clavados en el yeso hasta que el líquido terminó de extenderse. Después, buscó una gasa y le pasó alcohol. Fue inútil. Ya nada quedaba de lo que hasta hacía un instante era causa de su orgullo. Pareció enloquecer.

De pronto, y con violencia buscó el cuerpo de su oponente. Este al verse amenazado de ira y de muerte pretendió detenerlo con un chillido: "Quédese mosca". Su rival igual se abalanzó sobre él. El papagayo, que había tomado el color amarillo de la enfermedad, salió de entre las sábanas y lo regó con orín. Buscaba con ello apaciguar a su atacante.

Este no temió quedarse ciego, se limpió las gotas que caían sobre su cara, y con renovado odio buscó a su enemigo, que exasperado quebró

el cuello del papagayo contra el respaldo de la cama. Repentinamente se había convertido en un arma filosa y mortal. Pero ninguno de nosotros sintió temor por lo que el otro tenía en la mano. Tampoco era temor lo que detuvo al otro hombre, sino cierto respeto, no por el acto sino por el animal sagrado que, partido por el cuello, manaba ahora algunas gotas rojas. Ninguno de nosotros hubiera cometido un acto semejante. La ira dejó paso al desprecio, la venganza al menoscabo. No valía la pena enfrentarse a semejante indigno. Nadie volvió a hablar con ese hombre. Nadie se despidió de él.

En esa misma madriguera murió el murciélago. Fumando y leyendo se quedaba hasta altas horas de la noche. Así lo sorprendió la muerte, seguramente en el Oeste, rodeado de búfalos y bisontes.

Tuve que viajar hasta la estación de tranvías para avisarle a su hijo. Lo esperé sentado en un banco y le di la noticia. Fue la primera vez que vi llorar a un hombre de su edad.

Una vez más habría de viajar a esa estación. Fue un 16 de junio. Entré por segunda vez en ese orfeo negro, esperando que la calavera apareciera detrás de algún asiento vacío y pensando que cada número de tranvía conducía a una suerte distinta.

Habían bombardeado la ciudad y fui a pedir

noticias de mi tío. Me imaginaba su tranvía enloquecido girando sin dirección, clavado por las balas junto a la plaza, rodeado de cuerpos ensangrentados pidiendo auxilio.

Recuerdo que en las vías los chanchos estaban alborotados y se paseaban de un lado a otro de la estación. Me indicaron un pizarrón. Cada punto marcado por un alfiler indicaba los tranvías en movimiento. El número era 21.

El tío no tardó en volver. Durante el viaje de regreso contó cómo los corderos corrían por la plaza y se quebraban las patas contra los bancos de mármol. Mientras tanto desde el cielo se oían los gritos de los gorilas que atacaban.

En la estación no todos eran chanchos y gorilas, ya que también había un carnero pelirrojo. Le habían afeitado la cabeza y lo habían subido al techo de un tranvía y todos se reían de los chillidos de esa bestia. Le pegaron plumas de gallina en el cuerpo y entonces el ave se confundía con el animal cuando balaba o mugía o daba chillidos mientras las plumas se esparcían por el aire.

Ese tío fue el primero que me llevó a un becerro. Mejor dicho él llevó a la presa. Recuerdo que no había dinero y se le ocurrió hacer una vaca. Peso tras peso hasta que juntó mi parte.

Fue un becerro, no de oro, sino de plata ya que ninguno dejó de pagar. Eramos diez y cada uno de manera impaciente esperaba su turno. No nos importaba el número, porque para cada uno de nosotros era una yegua diferente. Cada

uno hablaba de una parte distinta del cuerpo que había visto. Cuántas partes tenía, cuántas se podían hacer de lo que nosotros contábamos. Y los ojos, y la boca, y las ancas, y las piernas, y la lengua, y los dientes. Y la boca pero pintada, ese lápiz labial que se iba borrando con cada uno de los borregos que pasaba. Uno tras otro, aunque nunca llegáramos a probar de su boca ese aroma, porque sabíamos que a una así no se la puede besar.

Mientras esperaba turno y conversaba con los otros, con los que habían pasado, con los que aún les faltaba pasar, con los que querían volver a montarla, creo que mencioné algo acerca de sus dientes, esperaba que me tratara dulcemente. Pero ella fue verdaderamente arisca; no era entonces una gata mimosa que pedía que le susurraran o que arañaba con uñas de juguete. No, era una perra como decía Charles Gardez. Una perra que había que matar. Tampoco era una perra caliente, sino fría. Si hubiera sido una perra caliente la abuela no habría perdonado el pecado de sus hijos.

Fue de esa manera como le di de comer al ganso. Esperando durante días los males que podían acaecer por eso. Por las noches, después de rezar, me hincaba sobre los maíces desparramados por el suelo y miraba si había alguna señal que indicara que la enfermedad había aparecido. Cinco días era el plazo fijado. Después se podía considerar que había pasado el peligro.

Sabía que las lágrimas de cocodrilo fingían siempre indiferencia. También de las mosquitas muertas había que cuidarse, porque se pintaban los ojos, la boca, los párpados, entonces las pintadas se volvían mariposas.

Y mientras el pez gordo se come al chico, ¡Bloom! la sirena era asesinada por ese pez espada o pez cuchillo o pez martillo porque ignoraba si la clavó o la cosió a puñaladas. Pero cómo la habría cosido si en realidad la había abierto y las plateadas flotaban en el agua como pétalos.

Pero no encontraron escamas sino un manojo de plumas rosadas de ésas que se usan para prender en los cabellos. Entonces no era una sirena muerta lo que encontraron en la habitación.



EN VIDENCIA

Había esperado la correspondencia durante la mañana. Siempre solía recibirla antes del mediodía. Aguardaba la visita de un antiguo compañero de trabajo. Le traería un mensaje del que dependía que permaneciera aún en la ciudad. Esa ciudad atravesada de canales donde los pasos llegaban desde el fondo de la noche. Canales que por la mañana devolvían cuerpos desnudos, irreconocibles. Cuerpos arrebatados por la peste metálica. Cascos helados que con movimientos sigilosos se apoderaban de los que en la noche solían merodear en busca de prostitutas.

Pedazos de cuerpos enfermos que cedían sus órganos a las ceras de dudosos museos científicos en oscuros parques de diversiones. El nacimiento y la muerte se unían a través de pústulas rojizas. Vientres voluminosos despidiendo cabezas deformes, pelvis hermafroditas expuestas a la mirada pública, manos pálidas extrayendo del cerebro los cálidos animales de la fiebre. El cuerpo en cera de ese hombre que con el pecho abierto deja ver ese corazón palpitante. La mano extendida con piedad pesa el propio

corazón sangrante, una bomba contráctil y viscosa que ha logrado arrancar de su pecho a punto de estallar.

Creyó reconocer en él ciertas facciones familiares. Tal vez había visto esa cara en otro museo de divulgación ya que trasladan las ceras enfermas de un lugar a otro, cambiando sólo los nombres de las enfermedades que atraviesan esos rostros lacerados.

En el otro extremo de la ciudad las ceras están en la vidrieras pero no son ésas las ceras inquietantes porque hasta en la quietud de la noche, cuando la mirada se detiene en esos ojos de vidrio, los colores atenúan la rigidez de esas muñecas.

La carta que llegó por la tarde no hacía ninguna referencia al viaje. En cambio anunciaba que la persona que esperaba no llegaría en el tren de la noche. Un accidente lo había impedido. Dos trenes chocaron violentamente y el servicio se interrumpió durante varias horas. La carta concluía con una disculpa.

Al otro día lo despertó la llegada de una nueva carta. La abrió con la esperanza de encontrar en ella la fecha de su traslado o quizás el anuncio de que su compañero había decidido viajar para explicarle personalmente la causa de una demora que comenzaba a inquietarlo. Viviendo en la misma ciudad no se habían visto en años, salvo breves misivas por cuestiones de trabajo.

Por eso le sorprendió hallar dentro del sobre dos recortes de diario. Al desplegar el papel se

encontró con la foto de un accidente de tren. El otro recorte era una nota que hacía referencia al estado ruinoso en que se encontraba el servicio de ferrocarril.

El título del artículo designaba el hecho como una tragedia luctuosa. Lo acompañaba al margen una nota manuscrita: "Estas son las razones por las que no pude viajar". La extraña nota iba acompañada de su firma.

Abandonó la carta con fastidio, el traslado se demoraba y no se podía resignar a la idea de esperar más tiempo. No quería estar pendiente del correo y no entendía por qué la situación no se aclaraba de manera definitiva.

Volvió a tomar el recorte y lo observó minuciosamente. Dos vagones incrustados ocupaban la totalidad de la fotografía. En algún lugar había un cadáver. Uno de sus pies colgaba de unos hierros retorcidos y había perdido un zapato. Se le ocurrió pensar por qué había llamado cadáver a ese cuerpo y, detalle en que hasta entonces no había reparado, por qué el hombre le había enviado esa foto. La carta excedía lo que podía ser una disculpa.

Fue al escritorio a buscar una lupa para estudiar la fotografía. Trató de reconstruirla. Ese pie colgando pertenecía a ese cuerpo que había reconocido en una primera mirada. Encontró el zapato, era de mujer, sin saber por qué lo imaginó de color lila. El cristal helado aguardaba a esa cenicienta. Pero en realidad no le interesaba el destino de esa carne herida o muerta,

sino saber por qué le había enviado el recorte.

Escribió una carta en la que exigía explicaciones por la extraña actitud. Al leerla reconoció cierta exasperación y decidió romperla. Trató de justificar su indignación recordando la incertidumbre que le producían las cartas de la cadena que cada tanto recibía. Nunca respondía a ninguna de ellas, sabiendo que a partir de ese momento la muerte lo acechaba a cada instante y en cada lugar.

Al no poder romper la carta la encerraba en algún cajón que solía usar con poca frecuencia. Sin embargo, ensayaba una respuesta que durante días guardaba junto a su pecho. Y era como si el papel blanco, que en su reverso era de color violeta, predijera en su lazo fatal un suceso oscuro que hacía latir su corazón de manera diferente. Una pesada cadena se ponía en movimiento. Temía que si la carta permanecía durante demasiado tiempo junto a su pecho hiciera estallar su corazón.

Con el transcurso de los días el sobre se iba arrugando hasta convertirse en un papel ajado. Entonces arrojaba la carta al fuego y ese acto lo aliviaba momentáneamente. Porque un día volvía a abrir el cajón y encontraba la carta olvidada. Estaba ahí, recordaba que no la había contestado y la cadena se ponía en marcha nuevamente.

Durante horas miraba fijamente el sobre sin poder llegar a tocarlo. Hacía tiempo que el pequeño animal yacía encerrado en el cajón. Las

letras giraban ante sus ojos hasta formar combinaciones obscenas. Insultos, lascivias, poses que ninguna anatomía hubiera podido asumir. Cerraba los ojos y en ese mismo movimiento cerraba el cajón.

Después era necesario imaginar un plan para extraer el animal maligno de donde estaba escondido. Muchas veces pensó incinerarse junto con la carta. Rociar su cuerpo con nafta y prenderse fuego hasta ver cómo el demonio blanco ardía devorado por las llamas.

Pasado un tiempo, y después de imaginar distintas maneras de apoderarse de ella, acudía siempre al mismo procedimiento. Se ponía unos guantes y tomaba con los dedos gamuzados al demonio que parecía palpitar entre las manos. Luego, con cierta repugnancia, lo arrojaba en una bolsa de residuos que anudaba con cuidado para evitar algún peligro. Sólo entonces se detenía a pensar si era el sobre o la carta lo que lo inquietaba. Volvía a despojarse de los guantes que guardaba en el ropero no sin antes perfumarlos intensamente. Entonces sí podía pensar en cómo desprenderse de la carta. Cuando la abandonaba, siempre temía que hubiera desaparecido pero el animal encerrado agonizaba lentamente sobre la mesa.

Salía entonces a recorrer la ciudad. Visitaba estaciones, lugares nocturnos, negocios inciertos. Debía desprenderse del cadáver antes que empezara a oler. Sabía que se corrompía rápidamente y que pronto el aroma de la muerte se

apoderaría de la ropa para después extenderse y contaminar el cuerpo. Pero tampoco podía apresurarse y abandonarlo en cualquier lugar. Si lo sorprendían quizás debiera dar explicaciones y alguien de la cadena podía enterarse. Eso significaría su destrucción.

Después de haberse deshecho del envoltorio regresaba a su casa. Aunque antes se detenía en algún lugar a tomar una cerveza. Estudiaba las caras de los parroquianos tratando de encontrar en ellas un signo de sospecha. Permanecía en esa actitud hasta que el negocio cerraba y era el último en salir.

Llegaba a la casa y al acostarse demoraba el momento del sueño. Aspiraba y no percibía en el aire ningún olor a la bestia. Ahora podía andar libremente por todas las habitaciones. Abrir sin temor cualquier cajón del escritorio sabiendo que no iba a encontrar ninguna sorpresa. Pero hasta cuándo. En qué momento la muerte blanca se deslizaría silenciosa por debajo de la puerta y la pesadilla volvería a empezar. Su nombre ligado a alguna oración habría puesto la cadena en marcha y sería imposible detenerla. Ahora sólo quedaba esperar hasta que la sombra liviana y blanca llegara con el peso de su venganza.

Pero ahora era otro el sentimiento que lo turbaba. No era miedo, sino curiosidad. ¿Quién era la mujer del recorte? ¿Habría muerto? Inmediatamente fue a buscar el periódico donde se había publicado el artículo. En la hoja del

diario la foto no era tan impresionante. Recortada, aparecía más nítida. No había información de las víctimas. Se trataba de ubicar a una mujer que, según ciertas declaraciones, con sus ojos había presenciado el hecho. La mujer había desaparecido.

Al fin escribió una respuesta. Una carta intrascendente donde lamentaba que su compañero no hubiera podido venir. Había recibido el recorte y su disculpa le había parecido excesiva. Esperaba que cuando tuviese alguna noticia sobre su traslado le volviese a escribir.

El diario de la semana siguiente publicaba la lista con los nombres de los accidentados. También decía que había un cuerpo de mujer que no había podido ser reconocido.

Recibió una nueva carta donde su camarada le comunicaba que pronto habría novedades sobre su traslado. No hacía ninguna mención al recorte. El tono de la carta era familiar, incluso hasta se podría decir que confidencial. Su amigo le contaba un sueño. Una mujer marchando por un camino blanco, podía ser nieve o pétalos de rosas. Ella atravesaba el camino helado con pasos diminutos y silenciosos. Entraba en una iglesia. En ese momento se despertó. No había podido ver la cara de la mujer.

Se quedó pensando en el cuerpo irreconocible. Debía abandonar la ciudad sin que el otro lo supiera y dirigirse adonde se había producido el accidente para tratar de averiguar quién era esa mujer.

Hacía años que no habían vuelto a verse. Trató de evocar en esa juventud solitaria alguna aventura amorosa. Sólo recordaba de esa amistad encuentros clandestinos, interminables partidas de dominó. Cuerpos caminando en medio de la bruma, confundiendo cada sombra con la figura de una mujer. Ese pasado era ahora sólo una dirección y una letra apretada.

Debía abandonar la casa. Pero cómo hacer entonces para responder a sus cartas sin que el otro se diera cuenta de su ausencia. Un silencio prolongado hubiera despertado sospechas. Y si bien podía confiar la casa a la criada, no podía hacer lo mismo con las cartas.

Ya habían comenzado a suceder acontecimientos extraños. De la biblioteca había desaparecido un libro. Buscó el ejemplar durante días sin poder hallarlo. Hasta que una noche, al entrar en la habitación de la criada, le pareció percibir un olor rancio. Comenzó a hurgar sin saber qué buscaba en ese cuarto desconocido. Fotos de artistas sonrientes miraban desde las paredes, y sus dientes blancos se recortaban en la penumbra. ¿Penumbra en la habitación de una criada? Comenzó a recorrer con las manos la ropa de cama. Pensó, un hombre mayor recorriendo con sus manos la ropa de cama de una criada, la ropa blanca como solía decir su madre. Deslizó las manos debajo de la almohada y sus dedos fueron sorprendidos por un contacto extraño, cartulina o papel sedoso, los dedos podían reconocerlo brillante, hasta que el reco-

rrido fue adquiriendo la forma de un libro. Al querer levantarlo tocó una materia carnosa que impregnó sus dedos de un aroma pesado. No tenía la consistencia de la carne, pero no cedía fácilmente bajo los dedos que, por entonces, debían haber dejado ciertas marcas. No soportó más y levantó la almohada. Entonces sus ojos se encontraron con el libro buscado y debajo de él un trozo de queso prolijamente cortado. Buscó allí las huellas de la boca que marcaran el alimento nocturno. Nada, ahí estaba la superficie blanca, endurecida, corrompiéndose.

Ese rostro aindiado, ese cuerpo búdico ajeno a toda carnalidad, permanecía siempre en silencio. Sus ojos sólo se encendían eligiendo esos números de la suerte para jugar en alguna lotería. Difuntos, fechas, sueños, eran cifras para que ella jugara su dinero al hombre que, por las mañanas, pasaba en bicicleta a recoger los papelitos.

Con cierta impaciencia esperó el encuentro. Al día siguiente, buscó en los ojos de la mujer alguna señal. Quizás se diera cuenta, al mirarlo, de que sabía su secreto. Silenciosa como siempre realizó las tareas y por la noche se marchó. Corriendo, entró en su habitación y metió las manos debajo de la almohada. No había nada. Se dirigió a la biblioteca y encontró el libro. Hurgó en el recipiente de basura tratando de encontrar el trozo de queso. No estaba allí.

Al día siguiente decidió que la despediría. Ese secreto no podía permanecer más en la casa. Esa mujer podía saber algo de las cartas. Sin

embargo, por temor, no se animó a hacerlo. La espiaba día y noche tratando de adivinar qué era lo que pensaba, pero la mirada de la mujer permanecía inmóvil.

No podía ocuparse más de ella, otros asuntos lo requerían. No recordaba cómo, por fin había salido. Se encontró atravesando un parque interminable. Un camino de estatuas lo rodeaba. Blanco y de mármol. Los animales eran inquietantes desde la rigidez de la piedra. Pensó que ese camino, cuyas laderas parecían la entrada a una tumba, conducía a su padre. Desde su muerte nunca había ido al cementerio. Habían pasado muchos años. En la familia, sólo su madre conocía el lugar. Imaginó de pronto que si ella moría sin revelarlo debería errar por el cementerio en busca de las inscripciones familiares. Escribiría una carta a su madre para que le diera las señas. Las anotaría en un papel, no podía confiar esa dirección a la memoria.

En el camino, abrazos silenciosos en los bancos del parque. ¿Abrazos? O pequeños estrangulamientos nocturnos.

El camino desembocaba en el corazón de la ciudad. Allí estaba la estación de ferrocarril donde había ocurrido el accidente. Fue hasta allí para hacer un breve reconocimiento. Se deslizó en medio de traficantes codiciosos que se dedicaban a susurrar en los oídos de los viajeros propuestas pegajosas, anillos, monedas, pañuelos de seda para el cuello de las damas. Encontró por fin la línea a la que pertenecía el tren.

La localidad a la que se dirigía no significaba nada. Nunca la había oído nombrar.

Sacó un boleto y se dispuso a ir hasta la terminal de esa línea. El trecho resultó demasiado corto para sus expectativas. Atardecía y aquellos que trabajaban en la ciudad regresaban a sus casas. La estación terminal era aun más insignificante que el paisaje. Su nombre, Tigre; era como si el crujido del tren deslizándose por las vías imitara los rugidos de ese felino agonizante que encontraría la muerte en su camino.

Como el tren de regreso partía una hora después, se dedicó a dar un paseo. No se sorprendió de encontrar unos metros más adelante un hotel que llevaba el mismo nombre de la estación. La plaza cercana, simétrica, albergaba el monumento del fundador de la ciudad. La iglesia se encontraba frente a una discoteca donde motocicletas veloces trasladaban cascos metálicos que brillaban en la oscuridad de la noche. Un río bordeaba la estación. Le pareció ver en él flotando un pétalo blanco. Quizás la carta.

De vuelta a la estación, aguardó en un café la partida del tren. En el viaje de regreso sucedió algo extraño. Se oyó un ruido sordo, como un disparo. Los escasos pasajeros, sobresaltados, se dirigieron hacia donde había partido el ruido. Era un vagón vacío y un hombre yacía inclinado sobre su asiento. Su pecho era un agujero de sangre. En el suelo, había un revólver. Un hombre uniformado se acercó y lo colocó en el asiento. Algunos guardas hablaban

entre ellos. Dudaban entre hacer retornar el tren al lugar desde donde había partido o seguir a la ciudad. Nadie podría bajar hasta que se tomaran las señas de los pasajeros. Decidieron hacer el viaje hasta la ciudad con el cuerpo suicidado. Vestía un traje arrugado y tenía el aspecto de un cobrador. Un tiro en el corazón. Ese hombre tendría algún pecado que pagar. Su semblante era el de un exaltado.

Antes de abandonar el vagón vio cómo uno de los guardas se acercaba al hombre y le revisaba los bolsillos. En sus manos apareció una carta escarlata. Sin duda, la última voluntad. El guarda vaciló un instante con la carta en la mano y después la depositó en una bolsa donde guardaban los efectos del muerto.

Regresó a su asiento. Pasó otro guarda que distraídamente anotó en un papel sus señas personales. Nadie dudaba que se trataba de un suicidio. Se levantó para ir al retrete y vio la cara del muerto cubierta por una toalla que llevaba las siglas del ferrocarril. Sintió cierto temor cuando se secó la cara con otra que llevaba las mismas siglas. A quién estaría destinada esa letra escarlata. Porque al dispararse el tiro en el corazón sabía que teñiría con sangre el sobre que llevaba en el bolsillo. Recordó cartas de amor selladas por lápices de labios; el color rojo daba pasión a una caligrafía escolar y prolija.

Se dio cuenta de que el viaje había resultado inútil. Debía proseguir la correspondencia. Anotar en un cuaderno hasta el mínimo detalle que re-

cordara de su corresponsal. Esos fugaces encuentros de juventud debían ser revividos en cada uno de sus instantes. Debía empezar de nuevo. Emprender el regreso a la casa.

Al abrir la puerta vio en el suelo una carta abandonada. La nieve blanca, o un pétalo, sintió que el demonio mismo lo esperaba desde siempre. Cuando creyó reconocer en el sobre una letra familiar su corazón palpitó con violencia.

BLOOMBSDAY: DIA DE LAS FLORES

Cuando descendí del tren una frase comenzó a repiquetear en mi oído: El bosque se venga. Cierta emoción me embargaba ante el hecho de tener que visitar a la mujer del profesor. Cuando me senté en una mesa de esa confitería decadente frente a la plaza, comencé a mirar los veleros amarrados que parecían querer ponerse a navegar y pensé, Bloom, florecimiento. Velas lánguidamente puestas en movimiento.

Tenía anotado el nombre de la mujer a la que debía visitar: Nelly. Y una dulce canción acudió a mi mente: "Nelly, mi dulce Nelly". Un nombre amado por mi padre, un nombre que escuché durante mi infancia. Sabía que el profesor Stanislaus había muerto de una enfermedad del corazón, quizá debería comenzar la conversación hablando de ese tema. Acaso no me sentía yo también últimamente aquejado de dolores que no podían ser sino del corazón. Qué iba a buscar allí, qué quería de esa mujer. Un manuscrito, sabía que tenía que haber un manuscrito. El profesor había escrito durante años un trabajo acerca de Tolstoi, más precisamente sobre *El sitio de Sebastopol*. Específicamente sobre qué

pensaban los personajes antes de ser envueltos por el sueño.

Recorro la ciudad, pienso en llevarle un obsequio a la señora, pero desecho la idea. Me pierdo en esta Trieste de calles con nombres italianos y en otra lengua. Me asombran tantas tiendas dedicadas a las sedas y a las pieles. Cómo hubiera elegido para Nelly un lindo sombrero o un fino vestido de gasas. Pero qué pensaría esa mujer de un desconocido que llama a su puerta con semejante presente. Por otra parte desconozco su edad, aunque la imagino una mujer mayor.

Llego hasta la torre del espía. Otra vez Linceo, el guardián, esperando: "He conocido los sueños del mediodía del verano, los sueños abrumados. Despertares sudorosos, corazón que late, estremecimiento. Volver a reanudar el trabajo junto a la lámpara". El joven esteta se debatía entonces entre el espíritu y la carne. Buscaba en el mito, el origen de su desasosiego.

Una vez más esas palabras: el bosque se venga. Ahora recuerdo, ésta es una ciudad de castillos. Entre estos mármoles sucedieron algunos dramas de Ibsen. La historia del fotógrafo, Ekdal, por eso retornaba esa frase. El pato lleno de perdigonadas. El tiro directamente a la pechuga. A contrapelo, no en el sentido de las plumas. Si el pato salvaje es herido se aleja por el agua para morir lejos de la mirada del cazador. Un pato cazado dentro de la propia casa. El cazador del bosque buscando la presa en el desván.

La niña misma fue a buscar a su presa. Disparó la pistola. Desde el fondo de los mares. Le atravesó el corazón, murió instantáneamente. Esa niña arrebatada demasiado pronto al corazón de su padre. Pero ella no murió en vano. Lo efímero de una promesa hecha ante una muerta. Las rodillas se inclinan, se reza. Y entonces se promete hasta la vida. Un pato dentro de una casa, hombres mayores practicando infaliblemente el arte de la cetrería. En realidad, ninguna catástrofe. Algo ridículo se cierne sobre esas sombras que rodeando a la muerta, se disponen alrededor del ave.

También yo tenía mis escenas de caza. Ese *Caos*. Los apasionados de la caza provistos de escopetas que mis lacayos ofrecían se pusieron naturalmente a disparar en el interior del palacio lo que provocó numerosos heridos y hube de agregar a mis fiestas puestos de auxilio ante las mordeduras de las bestias. Perros, gatos, gallinas, patos y pavos; ovejas, cabras y lechones; papagayos, palomas, perdices y alguno que otro caballo. ¿Habré seguido en ese momento algún orden para establecer semejante clasificación? Ya en *El hundimiento* había un faisán podrido flotando en el río. Recuerdo que había ahí una choza y que al abrir la puerta una especie de almohadita tibia con patas duras como alambres golpeaba en pleno rostro y luego huía chillando por el aire. Había también una foto borrosa que ocultaba vagamente la figura de dos perros. Y una carta inconclusa. ¿Será ver-

dad que Nelly vendió las cartas íntimas de su cuñado? Pero esa carta, casi un enigma. Sin duda estaba partida por la mitad. Sin embargo, el nombre que ahí estaba escrito me había traído hasta acá:

Te escribo desde la isla. No...

De Stephen pueda con sus...

Entonces, ya estaba el cielo de la bahía, estaba Nicholson. Estaba la fotografía rota.

Y en *La casa*, estaba ya ese camino de magnolias. Esas comadrejas saliendo de sus madrigueras. Las garzas blancas emprendiendo vuelo. Ese decorado de esplendor y de miseria. Ese cerdo durmiendo en las escalinatas, las muchachas inglesas contemplando azoradas mientras formaban un abanico lila al abrazarse entre ellas. Cazadores crepusculares practicaban su vicio indiferentes a los movimientos de las mujeres.

A seis kilómetros el castillo de Miramar, nunca llegaré hasta él. Otra vez ese nombre, otra vez Nicholson. También ésta es una ciudad de iglesias ricas en mosaicos orientales. Tal vez la torre del espía sea la cúpula de Bath. Esas torres blancas que conservan los amores de Maximiliano.

¿Dónde descansarán los restos del profesor? Junto al rugido de los leones, como los de su hermano. Ellos habían tenido su black rock. Un león custodiaba esa entrada. La casa del león lleva una cifra en el plano de Phoenix Park, no la recuerdo. También yo tenía mi casa de

los leones. Pero nunca sentí que esas dos fieras custodiaran nada. Esa extravagancia se había convertido en un escándalo estético. Esos leones de piedra tendrían que haber sido de madera, como los que giran en las calesitas.

No sé por qué esas rocas me llevaron a unos tragos. Y esa joven ofreciéndome un glass, drink on the rocks. La miraba y no lograba entender de lo que hablaba. Me invitaba a tomar unos vidrios con ella. Y pensé por qué las rocas, por qué los vidrios, y que era ella demasiado joven para mí. No sé porqué pensé que Dios había colocado esos dos leones de piedra para que nadie atravesara las puertas de esa casa donde sus habitantes morían siendo jóvenes.

En el plano ubico la calle Fabio Severo. Su nombre me recuerda que el profesor estuvo recluido en ese lugar durante la guerra. Fue confinado mientras paseaba con un amigo irredentista por las calles de la ciudad. En la celda del castillo austríaco, durante sus noches de reclusión, habrá pensado qué les pasaba a los personajes de Tolstoi antes de dormir. El sitio de Sebastopol y la estepa blanca volviéndose cada vez más borrosa mientras aguardaba el sueño, esperando el aviso del espía de la torre.

Miro las agujas del reloj que marcan una hora para la cita. Las agujas, ellas siempre vuelven bajo la forma de la magia o del acero. Nunca me gustó dejar fotos abandonadas a merced de las agujas tentando manos gitanas o curanderas.

Hoy en la estación pensé en el poder de las

agujas. Justamente en ese hombre que había heredado el reloj de su padre. Tenía la certeza de que el día que lo perdiera, perdería la vida. Así fue. Se lo robaron en una estación de tren y comenzó a correr detrás de los ladrones hasta que cayó de bruces y encontró la muerte en el camino. Las esferas muertas de sus ojos no alcanzaron a ver el ángulo en que se detuvieron las agujas. Pienso en la muñeca de plata, en la cadena de oro. Yo la había comprado y la llevaba conmigo, de ella dependía mi pulso. Apenas un eslabón me ataba a la vida.

La calle Fabio Severo, también fue la del rayo. Miro hacia el cielo tratando de adivinar la tormenta. Hace muchos años un relámpago iluminó la fachada del cuartel austríaco derribando un árbol que provocó el horror del joven jesuita y la incredulidad de Stanislaus. Las risas de los hermanos se confundían con el ruido de los truenos.

Nelly Lichtensteiger. Había repetido en voz alta las catorce letras del apellido para poder pronunciarlo. Frente a ella, Nelly, pronunció el mío secamente: señor Wilcock. Sólo me quedaba agregar: Señora Nelly, es un placer, y quedarme de pie con el sombrero entre las manos, si hubiera tenido uno.

Ella me hace sentar. Tengo que hacer un esfuerzo por comenzar una conversación, mi mirada se dirige a las fotos retrato que adornan los estantes de la biblioteca. Quizá con los años, para ella la historia se reduce a esas fotos. Una historia que comienza cerca de la ventana donde

una cortina floreada agranda el espacio como siempre sucede con esas flores de adorno, y se extiende hasta el otro extremo de la habitación donde se halla una reposera de mimbre como para prestar ayuda a ese cuerpo que, después de atravesar tantos años y tantos recuerdos, cae exhausto en ella.

La descripción de cada foto es acompañada de un relato. Entre público y familiar, entre secreto y conocido. Pensé en cómo sacarla de su viaje. Porque cada mueble es una anécdota y cada objeto un recuerdo cubierto por fundas blancas. Hasta ella cuando termine de hablar podría cubrirse con ellas.

Señora Nelly, vuelvo a repetir en español. Lo digo dulcemente porque para mí, Nelly, es la de las sedas, la de las pieles, la del lunar en la mejilla, que posaba disfrazada de habanera. Junto a ella un hombre con un trapo rojo en la cabeza y un ojo velado. Nelly, vuelvo a decir y creo entonces que la mujer me escucha ya de manera distinta porque vaya a saber qué significa para ella que la llamen así después de tanto tiempo.

Aprovecho este instante en que ella parece ajena a sus recuerdos y le digo: "Vengo por el profesor". Me mira sin entender. Agrego: "Por un manuscrito del profesor, una tesis".

—Señor Wilcock, todo lo que era del profesor ha sido donado, ya es público. Esa era su voluntad, la voluntad de un hombre recto como lo fue toda su vida.

—Me refiero a unos fragmentos, unos apuntes fuera del diario. Creo que ya una vez fueron destruidos pero tenía la esperanza de que usted conservara en alguna parte un trabajo sobre Tolstoi.

—¡Ah, Tolstoi!

—¿Lo recuerda?

—Sí, lo leyó toda su vida. Nunca dejó de acompañarlo. Lo obsesionó hasta el día de su muerte. No sé qué encontraba en él. A mí me parecía tan lejano, tan distinto de lo que nos rodea diariamente.

—¿Pero recuerda el trabajo?

—Sí lo recuerdo, lo he guardado entre sus cosas, las pocas que he conservado para mí. No sé si llegó a terminarlo alguna vez. Pero cuando leía a Tolstoi se sentaba en la mesa que usted ve ahí y tomaba apuntes, en su correspondencia también intercambiaba opiniones sobre él. Fue lo úlitmo que escribió, lo recogí de su mesa esa última mañana, ese 16 de junio, día de las flores. El era tan abnegado que esperó ese día para morirse. Lo guardé sin leerlo. Dudo en permitirle leer algo que nadie ha leído. Pero creo que realmente es importante para usted, voy a buscarlo.

Nelly sale de la habitación y durante los instantes que dura su ausencia siento que me embarga la emoción. Recuerdo el otro manuscrito: Parnell ha muerto y la temible sombra de la espada... Cuando ella pone ante mí la letra manuscrita, prolija y lineal, reconozco la indig-

nación del profesor cuando encontró a su hermano leyendo las cartas familiares quizá buscando en ellas la inspiración literaria. Sin leerlas, hizo un manojo con ellas y las quemó.

No sé qué hacer con esto delante de la mujer. Deseaba quedarme solo con el manuscrito, buscar la intimidad y la soledad que exige cualquier lectura y sobre todo ésta para la que esperé tanto tiempo.

Nelly me ofrece licor en una copita de plata. Ella tiene la suya. Brindamos y un sonido dulce y antiguo se escucha en la habitación.

No encuentro la manera de ponerme a leer delante de ella. Espero el momento justo para introducir la disculpa y sumergirme en lo que me interesa, pero Nelly parece no darse cuenta y quiere proseguir la conversación. Me dice entonces lo que nunca hubiera esperado: que se lo lea.

Me quedo en silencio y ella vuelve a hacer su pedido con esa voz que ahora me parece endulzada por el licor. Ella ha esperado tantos años a que llegue un extranjero para leer ese manuscrito. Ha preparado el brindis, las copas de plata, el crepúsculo para enterarse del úlitmo secreto que el profesor no se quiso llevar a la tumba. Temo que la anciana desfallezca al escuchar la primera palabra que vuelve después de tantos años. Intento una disculpa pero ella se pone muy firme, casi podría decir que es la condición para que yo pueda leer el manuscrito.

Por qué el destino me ha llevado hasta ahí

para que morosamente lea el relato ante aquella mujer que comienza a impacientarse. Nunca lo habrá leído, o repetirá esta ceremonia con cada visitante y en cada voz el relato le parecerá diferente. Sé que he peregrinado hasta allí para leerle a esa mujer ese viejo manuscrito, sé también que será éste el acontecimiento más importante de mi vida. Comienzo a leer:

Junio 16

Ya nunca podré regresar a la isla de las esmeraldas. Es un presentimiento. Mi último intento resultó vano. Por eso tal vez estos recuerdos que hoy me acosan. Livianos, tan livianos como los pétalos que atraviesan el aire.

La ciudad entera adornada de flores. Y como todos los años algunos pocos amigos asistieron a celebrar un nuevo aniversario. Aunque mi corazón ya está débil para festejos. Tal vez la pesadilla de la historia esté por concluir.

Pero hoy todo es liviano, muy liviano. Así me desperté del sueño. Era como un baile, sí, como un baile. Sin embargo, las imágenes se mezclaban. También había una piscina. En ella había hombres nadando. Creo que era una competencia. Siempre hemos sido una familia de nadadores. Adónde habrán ido a parar esos trofeos, esas copas familiares. Una infancia junto al mar. El cielo de la bahía. La fina arena era el camino hacia la torre. Un río que atravesó la vida. El hermano idiota, sin embargo, había escrito bellos versos:

Su lechoso seno, tan lleno de pena
se alza bajo una caída de encaje.

Había una representación, un auto de fe, un autosacramental. Sólo sé que sacrificaban cristianos. También había actores, todos ellos de segunda categoría. Alguien observaba la competencia. Seguía la carrera con gestos de actor. Un hombre de traje blanco y de sombrero de paja estaba sentado al borde de la piscina. Uno de esos dueños de plantaciones de cacao en algún país tropical. Yo lo miraba y veía en sus rasgos la cara de mi padre. No se parecía en nada a lo que en vida fue mi padre. Como si hubiera adivinado mis pensamientos, el hombre me hablaba: "No soy yo el que se parece a su padre, tampoco su hermano, es usted".

Recuerdo los pétalos livianos que volaban por el aire, como las velas de los yates en los que solía navegar mi padre. Había ganado dos regatas importantes. Cada vez que lo contaba le agregaba un detalle. El arte irlandés, el espejo roto. Sólo esa pesadilla pudo romperlo. Todos los que lo contaban agregaban algo nuevo, los que escuchaban también.

Me fatigó subir las calles en cuesta, no sé por qué hoy quise llegar hasta el puerto. Como queriendo recorrer la ciudad entera. El día de las flores. Ahora sí, 16 de junio, en Bloomsday comen riñón de carnero asado, celebran en las tabernas. A él le hubiera gustado saberlo. Para mí nada ha cambiado. Festín irlandés. Mucho Dios

y vino corriendo juntos. Nunca fueron mis preocupaciones. Hace mucho que terminé con eso. No acudirán a mis labios los versos del arrepentimiento: "Cuando termine la noche y termine mi día, y el pálido símbolo de la muerte enfríe mi rostro, cuando el corazón y la mano respondan. Oh Jesús, Oh salvador, contempla mi situación".

No será hoy mi último día. Mi corazón debe responder para que responda mi mano. Debo concluir ese Sitio de Sebastopol. *Soy yo el que está de regreso. Debo llegar hasta el final. No detenerme en esos cuentos, en ese camino de nieve. En ese burócrata de Ivan Ilich, esa versión rusa de Bartleby. Y ese sacerdote sacrificando su mano, siempre me ha parecido un horror. Hay que volver a Sebastopol. No hay que impedir que una mano detenga a la otra en el momento de escribir. Si hay un agujero en tus ropas creo que lo conservarás. Un joven entre ustedes tomando notas, cree que las publicará. ¿Por qué Burns ahora? A esta edad, demasiado patético.*

El último día, *recuerdo ahora esa película que pasaron en la National Gallery. Las piedras caían sobre los cuerpos de los pecadores arrepentidos. Justos y Pecadores. Didáctica cristiana. Comenzó en Aristóteles y siguió con los jesuitas, artilugio de la Contrarreforma. Las ovejas deben retornar al redil. A cada escena volvíamos la cara en medio de la oscuridad y eran ojos de fuego los que aguardaban. Los de la señora Con-*

way que él supo llamar señora Riordan. Y esa línea imperceptible que separaba los elegidos de los réprobos.

Extraña historia la de la señora Riordan. El amor le impidió tomar los hábitos. Si no hubiera recibido cierto dinero de una herencia nunca hubiera llegado al matrimonio. Su marido desempeñaba un alto cargo en el Banco de Irlanda. Rezaba en medio de la noche mientras comía huevos crudos, nunca supe a qué se debía esa costumbre. Después de unos años, tal vez hastiado de esa carne de Cristo reformada decidió marcharse a Sudamérica. Se fugó con el dinero de su esposa a Buenos Aires. Al principio hubo cartas. Una disputa por dinero y el honor irlandés fue el pretexto para poner fin a esa correspondencia.

Ella murió del corazón que no era de papel, esa seda plateada con que solía envolver los paquetes para las navidades. Su corazón fue creciendo con la gordura de su carne hasta que estalló. No como un rayo, sino lentamente. Un corazón cristiano que la acompañó toda la vida.

Mi corazón también está enfermo. La señora Vance murió del corazón igual que la señora Riordan. Un río de corazones.

Vuelvo a El sitio de Sebastopol. *Breves apuntes. Después de tantos años es como si estuviera a punto de descubrir algo importante. Sin duda, dormir era una obsesión para los personajes de Tolstoi.*

También para mí se ha transformado en una

obsesión. Los días transcurren lentos y estoy pendiente de este corazón débil.

Los personajes de Tolstoi nunca encuentran el sueño. Marchan extraviados de un lugar a otro sin hallar el reposo. Este siempre se ve interrumpido. Una orden, una descarga de artillería, cascos de caballos hundiendo la nieve en medio de la noche. La única preocupación es poder dormir.

Están los ensueños, pero son distintos de la necesidad vital de dormir. Los ensueños encierran gloria y ambición.

Desde la bahía llegan la bruma y el frío, no hay nieve. Repentinamente la bruma se extiende sobre el mar.

La ensoñación puede llevar a la muerte. Por la ciudad los hombres caminan sumidos en ella. El amor, el honor, cubre los ojos de medallas doradas, de dragones bíblicos. Condecoraciones para corazones femeninos impacientes.

Dormir tampoco es privilegio de los amos, tampoco ellos pueden encontrar el sueño. La noche se llena de rezos fervientes.

Alguien escribe a su padre una carta de despedida.

El límite de esos ensueños es el horror a la muerte. No importa tanto el valor por sí mismo, cuanto el valor ante los demás. Por eso marchan con la mirada perdida en quimeras, sumergidos en monólogos interminables.

A partir de ese momento cualquier hecho se transforma en un presagio. La predicción de

una gitana, una canción oída en la víspera. Una deuda impaga que se puede arrastrar hasta la tumba. Las cintas lilas de una cofia de mujer. No haberse vengado de cierto caballero que durante un baile realizó un acto injurioso.

Un personaje monologa frente a una amazona. Un tapiz raído. Pero todavía no es la voz de la conciencia la que hace doblegar las rodillas hasta el rezo. Sin embargo, una voz susurra en los oídos de los personajes. Los sorprende en cualquier parte. En la estepa, en la cantina, pero aún es la fe la que hace inclinar esa sombra en la oscuridad de la noche.

Dos hermanos se encuentran, uno de ellos está dormido. Es necesario despertarlo para proseguir el camino. Esa voz los impulsa a partir, mueve esos caballos congelados, hace caminar esos hielos humanos en la oscuridad.

Tropiezan con cuerpos dormidos tirados en el suelo. Se espera una queja o un insulto de quienes han sido arrancados del sueño. Nada de eso, vuelven a sumergirse en el sopor. Están desesperados por dormir. Nadie puede hacerlo, hay que marchar de un lugar a otro.

La inquietud envuelve el alma de los personajes. Especialmente de Volodia, porque es joven y posee una imaginación tumultuosa.

¿Por qué la muerte puede ser peor que el miedo o el pecado?

Volodia encuentra la paz en una plegaria de la infancia. Es necesario repetirla una y otra vez para que Dios acuda a infundirle valor. Después

tendido sobre el catre recuerda la voluptuosidad de los juegos infantiles. Quisiera volver a estar oculto en un armario entre las faldas y la respiración de su madre.

Ese monólogo interior interrumpe una y otra vez el pensamiento de los personajes. ¿Será la voz de aquel ciego narrador de cuentos llamado Lev Stepanich que por las noches con su voz mantenía en vilo el alma del pequeño Tolstoi?

Esa voz que se oía en la habitación de su abuela. Las carnes blancas podían encontrar la desnudez delante del ciego. Mientras tanto Lev Stepanich cenaba. ¿Entonces podía ver con la boca? Nunca iba a saber si su abuela se desnudó a la luz de la lámpara o al brillo santo de los iconos dorados ya que cuando volvió a ver su cuerpo estaba cubierto por un camisón blanco y recostada sobre la cama esperaba a que el ciego prosiguiera el relato.

Y él ni escuchaba ni comprendía. Hasta tal punto lo impresionaba el aspecto de su abuela vestida de blanco, la sombra vacilante de Lev Stepanich proyectada en la pared. No podía verlo pero sabía que permanecía inmóvil en el alféizar de la ventana leyendo con voz morosa. Y sin embargo, las palabras sonaban extrañas y solemnes en la penumbra de la habitación. Después llegaba el sueño.

En Sebastopol, todos encuentran la muerte. Dicen que ella es un largo viaje. Temo que no he avanzado nada. Estoy cerca del enigma pero cuando estoy por alcanzarlo algo me aleja de él.

En qué piensan los personajes de Tolstoi antes de dormir es fácil de responder: en el pecado, en el coraje, en la ambición y en la fe. Pero ¿qué es lo que les impide dormir?

Tal vez en La ventisca *esté la respuesta.*

También ahí se encuentran desolados por el sueño. Perdidos en la nieve, guiados únicamente por las campanadas del coche correo. Marchan por la estepa de un lugar a otro, confiados en que el paso de los caballos los lleve otra vez al punto de partida.

Debo volver a leer Amo y criado. *Recuerdo vagamente que ambos encuentran la muerte en medio de la nieve. No, el que muere es el amo. Durante el sueño. Ella se presenta como una voz helada. Amo y criado envueltos cuerpo a cuerpo en la misma bolsa de piel. Lo cierto es que se salva el que se despierta del sueño. Esto me hace llegar a dos conclusiones: a) No duermen porque temen encontrar la muerte en el sueño. Creencia bastante arraigada universalmente. b) Los que logran pasar la noche y despiertan del sueño logran salvarse.*

Las dos conclusiones están en relación y una es consecuencia de la otra.

Debo investigar.

También hay un cuento de Tolstoi que se llama El sueño. *Lo he visto en la bibliografía, quizás esté ahí la solución del enigma.*

Buscarlo en la biblioteca.

¿Pedirlo a Dublin?

Después de tantos años semejante idea no re-

sulta solamente estúpida sino también inútil.

Todos muertos.

Sí, La ventisca.

Anotar lo del pañuelo. El cochero que guía los caballos lleva uno que le cubre las orejas. También cuando el personaje sueña ve a una anciana que se encamina a un estanque y lleva un pañuelo que le cubre la cabeza.

Demasiadas coincidencias.

El mismo personaje cuando está junto al estanque se cubre la cara con un pañuelo para librarse de las moscas.

El sueño lo lleva de la estepa al sol resplandeciente.

Sueña que no puede dormir.

Los bañistas se arrojan al estanque y una rama que se incrusta en el cuerpo le impide dormir.

Al borde del estanque otra mujer con un pañuelo en la cabeza.

Nuevamente el valor. Ahí aparece la voz interior: "Arrójate al agua y todos te admirarán".

Mi padre era un buen nadador. Se arrojó dos veces al Liffey y salvó a dos personas de ahogarse. Lo contó toda su vida. Era lo único que contaba una y otra vez cuando estaba bebido.

No darle tanta importancia a la escena del estanque, recuerdo aquel verso:

Siete hermosas hermanas

Sobre el espejo de un estanque inclinadas.

No guiarse ni por los recuerdos ni por las emociones. La escena del estanque es una más en

el relato. Es verdad que es ahí donde aparece la voz interior, pero ya aparecía en El sitio de Sebastopol *torturando a los personajes. Aunque ahí es menos clara todavía y está mezclada con los ensueños de las ambiciones y el coraje.*

Tampoco puedo dejarme llevar por fáciles analogías porque también aparece una casa de baños, y lavanderas que hablan de una orilla del río a la otra.

El recuerdo borra entonces la voz de la conciencia. Un tono poético para describir a la anciana vestida de seda que se cubre graciosamente con una sombrilla lila y le habla con palabras dulces.

Tono lírico para los recuerdos de infancia.

Un gavilán vuela sobre el estanque amenazando la vida de los patos. Ciertos golpes sobre el agua se transforman en los sonidos de las campanadas del trineo. Los sonidos permiten fundir las dos escenas. Ya no sueña, duerme. De nuevo la nieve. En seguida de conciliar el sueño lo despiertan.

Abre los ojos a la nieve. Los mismos cocheros, los mismos caballos. ¿Dónde está?

Recuerdo una casa rodeada de nieve en la que parecía poder meter los dedos y un Ganimedes —sólo la cabeza y un hombro de Ganimedes y un ala de águila de bronce— que me producía una sensación de vacío en el estómago. El sueño, la nieve, el vacío en el estómago, demasiadas coincidencias.

En medio de la nieve pasa un convoy silencio-

so y fantasmal. Sólo se les ocurre que en esos trineos se puede dormir mientras se viaja. En la noche se escucha el grito de los cocheros. El personaje anota: "Durante un cuarto de hora permanecí despierto".

Y más adelante vuelve a repetir: "Tenía unas horribles ganas de dormir".

El temor a dormirse en medio de la nieve y quedar helado. Por esa razón nunca duermen. Encontrar en el sueño la muerte.

Dormité un segundo.

No puedo dar ya ninguna ventaja, ni siquiera a la muerte.

En medio de la oscuridad de la nieve se oye la voz de un narrador de fábulas. ¿Otra versión de Lev Stepanich? La escena del estanque reaparece en el sueño. La anciana ahora está provista de un botiquín homeopático. Los brazos de un campesino lo buscan. Entonces ya es una pesadilla. Despertar y volver a dormir por ese camino de nieve.

La noche blanca. Se duerme profundamente pero se oye incesante el sonido de la campana del trineo. Un instrumento de tortura lo arranca del sueño.

Lo de la pesadilla es diferente.

En la luminosidad de la nieve los cuerpos comienzan a adquirir la rigidez del mármol. Tampoco el compañero puede quedarse dormido, es necesario sacudirlo con violencia. ¿Por temor a que se congele? Lo cierto es que nunca pueden permanecer dormidos mucho tiempo.

Cuando el personaje logra dormir profundamente y despierta es ya la mañana siguiente. Entonces concluye el relato. Concluye el viaje que coincide con el relato, pero ambos coinciden con el sueño. Mejor dicho con las horas que ha durado el sueño.

No se veía huella alguna de trineo, ni pisada de hombre ni de bestia. Doce horas en la noche peregrinando perdidos en la nieve.

¿Por qué ese vagar sin rumbo de un lado a otro? El cochero, quizá dormido, parecía haberse extraviado el mismo en la estepa. Si bien la nieve se ha tornado tan blanca y deslumbrante que duele mirarla, ya no es inquietante. Ha llegado la mañana.

No habría que descuidar el aspecto supersticioso del asunto. La leyenda de que la muerte acude por la noche en el sueño. También él tenía sus razones. Ese conde Tolstoi escribiendo esas historias de aparecidos. Serían los relatos de los antepasados los que impedirían dormir a los personajes de Tolstoi, quizá a él mismo.

Lo cierto es que con la mañana y con el sueño llegará la quietud.

¿Por qué ceder a la tentación, al pecado, a la voluptuosidad? He ahí lo que el Diario póstumo de Fiodor Kuzmich *quiere testimoniar.*

Ahí reaparece la figura de la abuela sentada ante su tocador de oro, envuelta en su peinador blanco, rodeada de doncellas. Esa abuela que huele mal a pesar de su cuerpo perfumado. El hombre que la acompaña, ha recibido alguna de

esas condecoraciones que se dan en Rusia. Una cicatriz desde la boca a la oreja le otorga al cariacuchillado la medida de su valor.

¿Por qué habrá elegido Tolstoi la forma del diario?

Es como si morosamente el personaje fuera anotando su relación con el tiempo y la posibilidad de dormir.

Abandona de pronto ese tono realista para dar lugar a un estilo poético: "Mi vida desde el día en que nací hasta mi muerte me recuerda un lugar cubierto de una densa niebla".

Todo está velado y aparecen aquí y allá algunas luminosidades que permiten ver personas y objetos rodeados de un velo impenetrable. Tales son los recuerdos de infancia.

Esperar la muerte en medio de esas luminosidades. La necesidad imprescindible de describir la vida. Tres días sin escribir es entonces un tiempo precioso, y aunque no me opongo a la muerte soy incapaz de acercarme a ella. Es ése el estado de un espíritu dormido. Es preciso esperar tranquilamente.

Anota el 13 de diciembre: "He dormido poco y he soñado cosas malas, una mujer débil y desagradable se aprieta contra mí, pero no le tengo miedo, ni temo al pecado, sino sólo que me vea mi mujer. En realidad, uno puede engañarse, pero los sueños dan una apreciación exacta del grado moral que uno ha alcanzado".

Es extraño que ese asceta en que se ha transformado Fiodor Kuzmich anote deliberadamente

en medio de sus reflexiones espirituales y morales las horas en que puede o no dormir: "Descansé apaciblemente. Sin embargo, como siempre, me desperté cinco veces".

Con qué naturalidad lo escribe.

Otra vez el sueño. Esta vez la muerte está cerca. Lo presiente. El mar verdoso y las mujeres de nuevo en la orilla. La fortaleza del cuerpo impide que la debilidad moral lo lleve a la tumba.

Una historia simple. Un desconocido que muere bajo el suplicio del azote. Un príncipe arrastrado por la lujuria que desea cambiar de vida. Ambos se parecen. Al personaje real se le ocurre la sustitución. Finge morir. Y el cuerpo enfermo del reo ocupa su lugar en el ataúd.

El príncipe voluptuoso encuentra el arrepentimiento. Para pagar sus pecados se aleja del mundo, escribe un diario, se recluye para servir a Dios. La tentación de San Antonio, *sólo que al revés.*

Cuando el príncipe ve azotar al hombre que se le parece de manera tan increíble experimenta una extraña voluptuosidad. Ese castigo le recuerda el cadáver de su amante, extremadamente sensual, y los cuerpos azotados y el cadáver se funden en una sensación inquietante.

Queda hechizado. El ruido del látigo y del tambor lo acompaña hasta el palacio.

Mientras el príncipe duerme, suceden dos hechos importantes. Se aproxima un complot para derrocarlo y es después de despertarse cuando

se produce su conversión religiosa. Hay una fuerza extraña que lo impulsa a despertarse.

Sin duda en Tolstoi esta voz interior es religiosa. Tal vez me dejo influir por ese falso sentimiento de intimidad que sugiere cualquier diario íntimo por más que sepa que se trata de mera ficción. Pero ésta es la voz de la conciencia.

¿No se leen acaso en el diario de Fiodor Kuzmich estas extrañas palabras: "Pero Dios no me había abandonado por completo y la voz de la conciencia, que no estaba del todo dormida, me atormentaba sin cesar"?

El sueño era para Tolstoi una categoría moral. Su fervor religioso lo llevó a ese perpetuo monólogo interior. El dormir, ese instante previo a precipitarse en el mundo del pecado y de la tentación. Esos iconos que acompañaron su infancia, esas fábulas alegóricas narradas por Lev Stepanich.

En fin, él, como yo, tenía su Dante. Su Día del Juicio.

Quizá abandonar las creencias religiosas me haya transformado en un escritor sin vida interior.

Es verdad, ninguna culpa me atormenta.

Se diría que aguardo el final de manera natural.

Las luminosidades pueden ser también los relámpagos de Dante. Aparecía la luz en el cielo y había que persignarse: "Jesús Nazareno, Rey de los Judíos, líbranos de una muerte súbita y repentina, Oh, Señor".

Sí Señor, líbrame, quiero tener conciencia de mi propia muerte.

Quizá por fin he encontrado la clave. Mi Vigésima noche, *ha encontrado su lugar.*

La religión y la embriaguez, la parábola de las Bodas de Canaan. Sin duda, ahí está el secreto de una vida equivocada. La mujer impulsando al judío a hacer un milagro al que éste se negaba.

Escribió el asceta poco antes de morir:

"Soñé que nadaba en el mar y las aguas eran de un color verdoso."

Recuerdo ahora esa casa en el número 8 de Royal Terrace. El mar, la bruma del verano, el resplandor silencioso de la mañana tenían un silencio que aún perdura en mi memoria.

Es demasiado tarde. Este 16 de junio he escrito excesivamente. Pero creo que es el final del enigma.

¿Debo despertar a Nelly para contarle? No sé, tal vez lo haga. O quizá lo deje para mañana. Es demasiado tarde.

EN VIDENCIA

Una mujer camina hacia una iglesia para hacer un mal. Camina por una calle rodeada de árboles, el suelo está cubierto de pétalos blancos. No son de adorno sino que hieren a aquel que los pisa, pero no por hirientes sino porque están fríos, muy fríos.

A la mujer que marcha, no como pecadora sino como santa, lo que se percibe en cómo deposita sus pies sobre los pétalos helados, no se le ve el rostro ya que en su caminar nunca se ha vuelto. Por su manera de vestir podría ser española. Por el leve rumor que se oye a la distancia, se diría que sus palabras murmuran en sus labios lo que puede ser una videncia; sin embargo, podría ser el murmullo de pétalos marchitos que, al no ser sellados por sus pasos y arrastrados por el viento, provocan un rumor oscuro.

Cuando la mujer inicia su peregrinar, un remise negro se pone en movimiento y lentamente, muy lentamente, marcha tras sus pasos. Las ruedas del coche se cubren de silencio durante la marcha debido a que una multitud de pétalos se adhieren fatalmente a ellas hasta convertirlas

en círculos blancos que, sigilosos, se deslizan por el camino.

Animales oscuros cruzan fugazmente de uno a otro lado de la calle que, poco a poco, se transforma en una extensa avenida que bordeando el río, conduce hacia los arrabales. Y es tal el blanco del camino que si una bestia fuera allí ultimada, las manchas mortales de su sangre brillarían con tanto esplendor que servirían para iluminar las huellas de unos pasos que, en ese día de junio, aparecen como diminutos. Atraviesa la ciudad, se dirige hacia el río.

BLOOMBSDAY: EL ESTALLIDO

Nunca he deseado una muerte pública. Cierto pudor sólo lo da la intimidad. Recuerdo aquel hombre que tenía el corazón marcado por un círculo rojo, la señal de que por ahí le había entrado el cobalto. Los parientes se acercaban al enfermo que pedía que le cubriesen el pecho desnudo. Se irguió en el lecho y en su mirada apagada brilló cierta altivez. Murmuró que se retiraran, para que los encargados manipularan su cuerpo a solas.

Nada se puede adivinar de la propia muerte. Mi padre siempre pensaba que cuando estuviese enfermo, cuando supiese que la muerte era para él más que una amenaza, partiría a un lugar desconocido para morir como los elefantes. El hecho es que ni siquiera pudo dejar un marfil, sólo un poco de oro empeñado. La enfermedad lo sorprendió y no le dio tiempo a nada, lo vapuleó, lo hundió en la cama y se lo llevó en un mes.

A cierta edad, uno comienza a darse cuenta de que la muerte está más próxima, incluso no se puede hablar de ella impunemente. Ya no volveré a escribir otro relato donde los donguis devo-

ren mujeres. Un día podrían salir de sus madrigueras y volver por mí.

Cuando las bocas del infierno se abren para tragarnos uno se aferra desesperadamente, hasta tal punto que si nos dejaran nos llevaríamos algún vivo con nosotros. Por eso el algodón en el cajón; sería mejor atar las manos del moribundo o del cadáver.

Por qué hoy me arrastran estos pensamientos. Tal vez por la obra en curso, el velorio de Finnegan, esa corriente de palabras que arrastra los cuerpos. O por este malestar que ha comenzado a aquejar mi corazón. De nada me ha servido acercarme a la biblioteca para consultar libros sobre la especialidad. Aunque quizás esas lecturas me brindan cierto sosiego. Me he rodeado de ellos. Podría hablar de una cardiopatía, de los dolores que preceden a un infarto.

A los libros he confiado la memoria de mi cuerpo. Esa traducción, ese río que corre, será mi testamento. No es poco, dirán algunos, sin embargo ya no hay lugar para el engaño. A cierta edad uno ya sabe lo que no podrá escribir.

A pesar de lo fantástico, *Los donguis* siguen siendo mi relato preferido. Hoy lo he recordado varias veces. Recitaba largos párrafos; los recitaba o los musitaba porque era como un rezo.

Pero por qué tantos ríos recorren mi memoria. Esta novela río que comienza su curso en un monte que se confunde con mi apellido: Wiclock. El color del río va tomando los matices de los lugares por los que pasa. Y las voces de

esas lavanderas que en sus orillas sacan los trapos al sol. Y hacen así, así con cada una de las prendas de ese hombre. Hacen así con sus camisas, hacen así hasta con las palomas de sus calzoncillos. Dios quiera no estar nunca en la boca de ninguna mujer.

El corazón ha alcanzado el sonido del trueno, el río, la forma de la peste. Recuerdo el relato. Comienzo a resucitarlo de memoria, en voz baja, muy baja: "Cuando nos fuimos la nieve emplumaba los vidrios del coche y la humedad me penetró las botas. A veces pasábamos al lado del río y a veces los veíamos en el fondo de un precipicio.

—A los que se caen, el agua los arrastra lejísimos y cuando los encuentran están desnudos y pelados.

—¿Por qué?

—Porque el agua los golpea contra las piedras.

—Siete metros por segundo dispara el agua. Hace un día cayó un capataz. Una mujer espera en Mendoza el cuerpo y no podemos encontrarlo."

Creo que de esa manera sucedieron las cosas. Con los años olvidé los nombres. Con los años uno va perdiendo lo que escribe. Tal vez debería escribir a Buenos Aires para que me enviaran ese cuento. Quisiera leerlo una vez más.

Pero entonces el cuerpo debía atravesar el río de un extremo a otro para llegar hasta la mujer. Ahí estaba la cordillera, ahí estaba la nieve, y ese río oscuro que atravesaba los arrabales.

Y era como un rayo azul que en su estruendo se transformaba en trueno cuando atravesaba la montaña.

Punta de Vacas no era entonces el lugar elegido por Silo como refugio mítico, sino un lugar de veraneo donde se pretendía planear una urbanización especial. Quizá este mal repentino no sea otra cosa que la maldición de Silo que me alcanza a la distancia. Los donguis nunca representaron ninguna alegoría de Silo, o de algún ídolo bestial que ellos pudieran llegar a adorar.

Y fue ahí al caer sobre una acequia congelada donde probé por primera vez el sabor de la nieve. Y fue ahí en un viaje que transcurrió como en un sueño donde la mujer que me acompañaba enloquecía lentamente. En ese hotel de turismo en medio de la montaña sólo eran posibles las cartas y los paseos. Una mañana salimos del sueño y un ómnibus de excursión nos esperaba en la puerta. Luego de un trecho nos dimos cuenta con terror de que estábamos rodeados de caras desconocidas. Simplemente nos habíamos equivocado de ómnibus. Ningún Wilcock figuraba en la lista de pasajeros. Pero qué hacer en medio de ese Cristo de nieve al que comenzamos a ascender, inclinando las manos para rezar porque la muerte estaba ahí en cada curva, en cada precipicio.

El lugar se llamaba Uspallata, cajón de la muerte. Un lugar de cuarteles, poco había para hacer. Salvo visitar algún santuario o algún recuerdo histórico. Ríos sin historia que van ad-

quiriendo el nombre por sus colores naturales. Blanco, colorado, negro. El invierno y la nieve podían dejarme sin mujeres. Es que la que tenía comenzaba a sumirse en la locura y pensé en arrojarla a los donguis.

Fue en ese lugar donde los ingenieros por primera vez, me hablaron de los túneles. Que tenían vida propia, que había que luchar contra ellos, que a cada instante el suelo cedía y todo iba a ser tragado por la tierra.

Recuerdo esas conversaciones confusas en medio de explosiones de dinamita o de partidas de cartas.

Y los subterráneos, esos lugares oscuros, esas tumbas iluminadas en medio de la ciudad donde cada descenso parece definitivo, me parecieron el lugar urbano donde los donguis podían refugiarse. Hoy, como los recuerdos, quizás vengan a buscarme.

Sin duda en ellos había puesto mucho de mí. Hasta hoy no lo había comprendido. Estaba el río, estaba el parque, aunque sin nieve. Y ninguna imagen tan exótica como ésa en la que la mujer que me acompañaba llevaba puesta una pollera estampada con grandes macetas de crisantemos. Tal vez en esos peregrinajes interminables por el parque para dejar el revólver se me ocurió lo de los donguis. A Virginia, la recuerdo dulcemente, pero Colette, me parece tan irreal, tan literaria. Y adorné el parque con palmeras polvorientas y abandoné sus estatuas cantando una canción. Y a un raro conjuro tem-

blaban las hojas. Y por qué ese extraño movimiento epiléptico con que los donguis masticaban a sus víctimas.

Después una muerte tras otra. Por eso quizás me produjo cierto estremecimiento esa voz monótona hablando de cada una de sus muertas. Y esa última con nombre de flor a la que también tuve que matar. Como un familiar de ella sabía mi nombre, tuve miedo de que me descubrieran y me marché a la montaña. Las manchas de sangre en la nieve delatando en qué lugar la bestia había sido ultimada.

Alguna vez pensé que si ese familiar me seguía lo arrojaría al río de las tormentas, al río de las matanzas.

Era un viaje a la nada. Pero yo no era Urien. Hacía tiempo que había olvidado mi vocación poética. Y si hubiera llegado hasta el final del camino atravesando la caja de cristal helado, el cadáver congelado hubiera estado esperándome con un papel blanco en la mano. Hubiera sido yo el desesperado. Un océano glacial que el joven poeta había atravesado con desesperación. Porque ese papel lo llevaba hasta el lecho de muerte de su madre. Ella pretendía dejar escritas sus últimas palabras. Pero sus manos sólo alcanzaron a arrugar la sábana, esas manos sin talento para el piano que, desde entonces, serían el eco de aquellas otras que apretaban las teclas de la máquina, en esa, su desesperación por escribir, por poner algo a salvo de la muerte. Pero ése era otro viaje. Y los pájaros asesina-

dos, y la sangre de las gaviotas que cubrían la nieve eran un contraste de símbolos poéticos. Esa estatua de hielo, que esperaba al joven Urien, no era menos temible que ese velo negro que para Walter se transformaba en fina arena cayendo de los dedos.

Y volví a implorar aquel relato como si cada una de sus palabras fuera un rezo ferviente: "Esa mañana vi glaciares inexplicablemente sucios y encontré en los rodados de arriba flores negras, la primera vez que las veo. Como no había tierra sino piedras sueltas y filosas me interesó ver las raíces, la flor medía cinco centímetros más o menos pero apartando las piedras desenterré unos dos metros de tallo blando que se perdía entre los cascotes como un cordón negro y liso y pensé que seguiría así unos cien metros más y me dio un poco de asco".

Entonces la muerte puede ser una flor negra o aquellas palabras de mi abuela que ahora atraviesan el río y me envuelven en un sueño.

El asesinato en el parque helado, un asunto oscuro como estos años, como estas páginas pasadas una tras otra en busca de la palabra exacta. Una búsqueda inútil, una vanidad del artificio, una ilusión del traductor. Una flor marchita arrastrada por la corriente. De cualquier río de cualquier nombre. Pero el final seguramente no puede ser tan apacible. Plácidamente leyendo libros sobre afecciones cardíacas y sumiéndome lentamente en un sopor desconocido pero agradable. Y el rayo que atraviesa el pecho, el que

fulmina. El rayo solitario y terrenal, el quedo santo, pronto va a llegar. Pero estoy tranquilo, he revisado la traducción una vez más y la lengua de Dante no ha sido ajena para mí, ni tampoco cruel.

Esta edición de 4.000 ejemplares, fue compuesta y armada en Linotell, Elía 755, Capital, e impresa y terminada en Talleres Gráficos Carollo, Díaz Vélez 3461, Capital, en mayo de 1983.

En el corazón de junio el hombre de los gansos ha recibido el corazón de otro. El enigma de esa donación lo lleva a extraviarse en un laberinto de averiguaciones hasta recluirse en la lectura de ciertas novelas. El corazón adquiere ahí distintas versiones: *Débil, Sencillo, de las Tinieblas.* En su peregrinaje se cruza con J. R. Wilcock, ese rioplatense que, exiliado de su lengua, muere rodeado de libros sobre el corazón: había terminado de traducir el *Finnegans Wake.*

En el corazón de junio porque un 16 de junio comienza el *Ulises*, porque hubo otro 16 de junio de 1955 en Plaza de Mayo y porque ese mismo día muere Stanislaus Joyce del corazón.

El autor retoma ciertos "mitos personales" –espiritismo, iconografías sagradas y profanas, ceras, vísceras, damas autómatas– con el modo de relato de su primer libro: *El frasquito.*

La minucia de la trama estalla, sin embargo, en el lugar de la narración. ¿Quién cuenta la historia? ¿El hombre de los gansos? ¿Wilcock? ¿O esa mujer que *en videncia* atraviesa la ciudad atraída por las voces que llegan desde el fondo del río?

Tapa: Ilustración de Gervasio Gallardo